



# El nudo materno

Jane Lazarre

Nos estremeceremos de frío al saludarnos y comentaremos algo acerca del tiempo o del bebé, pero sobre nuestros maridos no diremos absolutamente nada, ellos, que hasta que caiga la noche, no regresarán a casa para ayudar con los niños empapados, helados o malhumorados; y de nosotras, hablaremos menos todavía. Para los hijos, para los hombres ausentes y para nosotras mismas, solo somos madres.

Prólogo de Carolina del Olmo

las afueras

Jane Lazarre

# EL NUDO MATERNO

Traducción de  
Elena Vilallonga

Prólogo de  
Carolina del Olmo

las afueras

## Índice

PORTADA

CRÉDITOS

DEL YO AL NOSOTRAS

PREFACIO DE LA AUTORA

PRIMERA PARTE. NACIMIENTO

1

2

3

4

5

SEGUNDA PARTE. MADRES Y PADRES

6

7

8

9

TERCERA PARTE. NIÑOS

10

11

CUARTA PARTE. LA DAMA OSCURA

12

AGRADECIMIENTOS

Título original: *The Mother Knot*, 1960

© 1976, Jane Lazarre 1996, Duke University Press edition

© de esta edición, Editorial las afueras, 2018

Av. Diagonal, 534, 2º 2ª

08006 Barcelona

© de la traducción, Elena Vilallonga

La traducción del capítulo «Madres y padres» ha sido cedida por Alba Editorial.

© del prólogo, Carolina del Olmo

ISBN: 9788494733758

Depósito Legal: B 1990-2018

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer

Imagen de la cubierta: retrato de la autora con su hijo

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

*a Douglas Hughes White*

## DEL YO AL NOSOTRAS

Carolina del Olmo

Hace unos meses, el escritor Alberto Olmos publicó un artículo lamentando el exceso de la autoficción en nuestros días: en su afán por diferenciarse encontrando una novedad formal, algunos autores habrían dado con un nuevo recurso, basado en saltarse las convenciones del pacto narrativo y el pacto autobiográfico, mezclando elementos reales de sus vidas en obras eminentemente ficticias. Una situación que la ruptura reciente de la frontera entre ficción y ensayo vendría a complicar aún más. Olmos denunciaba, con razón, el alcance sideral de los niveles de narcisismo de muchos autores, y el hartazgo que, como lector, experimentaba por tener que enterarse de cómo la novia del autor lo echaba de menos en su viaje a aquel remoto país al que acudió para documentarse para su libro.

Como autora de un libro de ensayo con abundante información personal, sentí una ligera punzada al leer el artículo: quizá había caído en la trampa y, pensando que encontraba el formato que mejor convenía a lo que quería contar, me había limitado a seguir una moda que ya resultaba cansina.

Sin embargo, después me paré a pensar en los libros importantes sobre maternidad que he ido leyendo a lo largo de los años, ocho ya, que han pasado desde que nació mi primer hijo. En todos ellos, esa mezcla de géneros estaba ahí. Algunos eran más autobiográficos, en otros la reflexión ensayística ganaba al peso al desvelamiento de información personal, en otros destacaba la ficción, pero en todos había una mezcla que era, en primer lugar, enormemente sugerente y, en segundo lugar, muy «auténtica» —si es que todavía se puede usar esta palabra—: una forma tan adecuada al contenido que resulta imposible pensar el uno sin la otra, un tipo de literatura ajena a toda forma de ironía o metaliteratura, inmune a la pugna por lograr una novedad formal con la que destacar en el sobrepoblado panorama literario-ensayístico.

No es mi intención, con estas líneas, incluirme en ese elenco de autoras: a lo mejor yo sí caí en la trampa. Pero sí quiero romper una lanza por este género híbrido que, en mi opinión, alcanza su apogeo cuando se trata de mujeres hablando de maternidad (o de nomaternidad como ha demostrado Silvia Nanclares con su espléndido *Quién quiere ser madre*). A esta pila de libros híbridos pertenece, y en lugar muy destacado, *El nudo materno* de Jane Lazarre.

Sin lugar a dudas, es un diario. Pero es también literatura universal: como el propio Olmos señalaba, lo que permite diferenciar la cansina moda de la autoficción protagonizada por un yo en constante campaña de autopromoción de esa otra autoficción en la que brilla un yo literario, es que en la primera el autor te lo cuenta porque le ha pasado a él, mientras que en la segunda te lo cuenta porque (también) te ha pasado a ti: el clásico *de te fabula narratur*. Y es también un ensayo político: como nos ha enseñado una y mil veces el feminismo, lo personal es político. Muy especialmente cuando se trata de sacar a la luz algo personal que ha sido ninguneado, o incluso pisoteado en todos los ámbitos que han gozado de visibilidad a lo largo de la historia. Si algo me llama la atención al acercarme hoy —con mis ojos de madre— a la historia de la filosofía, es la clamorosa ausencia de una experiencia tan fundamental para el género humano como la maternidad. Como se pregunta una y otra vez la escritora Laura Freixas, ¿dónde están las madres? Ciñéndonos a la producción libresca, habría que contestar que no, desde luego, en la filosofía. Pero tampoco, hasta muy recientemente, en la economía, en la sociología o en la psicología, que han construido su edificio obviando esta faceta de la realidad —a pesar de que, muchas veces, esto ha significado negar sus propios cimientos—. Y ni siquiera en el pensamiento feminista buena parte del cual se ha regodeado en su voluntaria ceguera frente a la experiencia maternal. Afortunadamente, lo que la inmensa mayor parte del pensamiento académico nos ha hurtado, lo hemos podido encontrar en algunas novelas, en alguna corriente más o menos minoritaria del pensamiento feminista y, muy especialmente, en estos textos híbridos que habitan en los márgenes —no podía ser más acertado el nombre de la editorial que acoge en castellano el libro de Lazarre: «Las afueras»—, y que no encajan en casi ningún sitio. Y es que no podrán encajar hasta que

consigamos entre todas—y entre todos, porque esto no va «solo» de mujeres — construir un mundo en el que la vulnerabilidad que nos constituye como animales humanos y los cuidados que esta requiere ocupen un lugar central, un mundo en el que podamos superar las constricciones de esa individualidad adulta y supuestamente autónoma que a todos nos pesa y en el que podamos dedicarnos a ensayar formas de interdependencia que no entrañen relaciones de opresión.

Si algo destaca en estos relatos universales, en los que la primera persona está ahí por estricta obligación, es la aparición constante de la palabra «ambivalencia». Jane Lazarre muestra con extraordinaria precisión la angustia, pero también la potencia, de esta ambigüedad que preside la experiencia maternal y que impide plantear las cosas en términos de sí o no. Cuando por fin encuentra una amiga con la que poder compartir sus incertidumbres, el enorme dolor y la inmensa felicidad que le produce su hijo, nos cuenta cómo se desarrollan sus conversaciones:

—Yo daría la vida por él [...], prefiero morirme a perderlo. Supongo que esto es amor —dije estremeciéndome, y después nos echamos a reír—, pero ha destrozado mi vida y solo vivo pensando en cómo recuperarla —dije para terminar, porque sin la segunda parte de la frase, la primera era una pérfida mentira, una mentira que juramos desterrar para siempre.

—Estoy deseando que llegue mañana para que te ocupes tú de los niños —me confesó—, pero me da terror dejarlos.

Asumimos que las frases tendrían siempre dos partes: la segunda contradecía aparentemente la primera, pero su unidad estaba siempre sujeta a nuestra capacidad cada vez mayor de tolerar esta ambivalencia, pues el amor maternal trata precisamente de esto.

Hoy día somos testigos de numerosos intentos de romper el mito de la maternidad como circunstancia idílica: bienvenidas sean esas grietas en una ideología que ha hecho mucho daño. Pero, lamentablemente, el nuevo relato que se está construyendo oscila a menudo entre la banalización —esas «malas madres», que parecen superar el exquisito sufrimiento maternal reconociendo que se les olvidó la fecha del cumpleaños de su hijo o que odian hornear bizcochos— y la erección de un nuevo mito: el que se construye a base de «madres arrepentidas» o «no-madres» convencidas, en el



que la maternidad aparece como una trampa desagradable, y que tiene el efecto secundario de arrinconarnos a las demás en un mundo de supuestas «buenas madres» en el que no habría lugar para el arrepentimiento o para el sufrimiento.

Frente a estas visiones más o menos simplistas, *El nudo materno* nos enseña que ser madre es lo mejor del mundo y es también lo peor; que ser madre es tener un poder omnímodo sobre otro y es también ser esclava de ese otro; que ser madre es una identidad que te devora hasta el punto de no poder ser otra cosa y es también (dolorosamente) compatible con seguir siendo hija y otras muchas cosas más.

Si las circunstancias nos dejan vivir con intensidad la experiencia de la maternidad y si encontramos las palabras necesarias para pensarla —algo que antaño las mujeres solían obtener de sus comunidades y hoy, cada vez más, le debemos a las páginas de libros como este—, podemos aprender algunas cosas importantes. Este saber maternal no solo nos puede ayudar a reconciliarnos con nuestra ambivalencia, sino que nos ofrece un esquema de pensamiento capaz de ir más allá de dicotomías estériles —dependiente/independiente, naturaleza/cultura y tantas otras— y de salir del ámbito que lo vio nacer para circular fructíferamente por terrenos como la filosofía, las ciencias sociales o la política.

## PREFACIO DE LA AUTORA

Tanto en el ámbito de la literatura como en el de la sociología, hay muy pocos libros sobre maternidad escritos por las propias madres. Al contrario, la mayor parte de los que conocemos sobre el tema son descripciones de las madres desde la perspectiva de los niños, niños ya mayores, que hoy son psicólogos, antropólogos o escritores, en un sentido existencial y en relación con las personas que describen, pero niños no obstante. Por ello, como suele ocurrir en el ámbito del «conocimiento científico», los deseos inconscientes y las necesidades se entrelazan irremediabilmente con lo que aparenta ser una exposición puramente analítica. Siempre que las mujeres profesionales, entre las que se incluyen las madres, han tratado de contribuir al conocimiento de esta experiencia tan compleja, en el terreno del psicoanálisis por ejemplo, se han visto excesivamente influenciadas por el extendido mito occidental de la maternidad como un estado plácido y gratificante, idea corroborada por sus profesores y mentores masculinos, de modo que ellas, al igual que sus homólogos hombres, nos han revelado solamente una parte de la historia. Y el círculo vicioso se cierra: el mito determina el contenido de nuestro supuesto conocimiento objetivo y nuestro conocimiento sirve entonces para reforzar el mito. Y el mito, que ejerce su influencia sobre todas las madres que conozco, es un arma destructora precisamente porque no es del todo erróneo, sino que omite media parte de la historia.

Pese a que las mujeres se distinguen unas de otras igual que los hombres, pese a que hemos desarrollado personalidades diferentes a través de nuestras innumerables y diversas experiencias, pese a que hemos nacido cada una con un temperamento propio, sigue predominando la imagen de la «buena madre», una imagen imperante en nuestra cultura. En su peor faceta, la imagen de esta madre es una reina tirana poseedora de un amor prodigioso y un masoquismo asesino que ni una sola de nosotras emula ni pretendería emular. Pero incluso en su mejor faceta, la madre es una persona normal con sus limitaciones y no la contenedora del vasto tesoro de potencial humano

que origina y alimenta este mito cultural. Es fuerte y discreta, generosa y desinteresada, poco exigente, poco ambiciosa; es receptiva y tiene una inteligencia media y práctica; tiene un carácter tranquilo y sabe controlar perfectamente sus emociones. Ama a sus hijos completamente y sin fisuras.

La mayoría de nosotras no somos como ella. Por mucho que lo intentamos, cuando nos acosan las dudas mientras estamos a solas con nuestros hijos, nuestros auténticos yos vuelven una y otra vez, nos acechan. Aun así, queremos tener hijos. Y los amamos desmedida e intensamente como esta «buena madre», si es que existe. Como nuestra experiencia no está descrita, tenemos que empezar desde el principio, y explicar en detalle cómo es en realidad. Solo así podríamos alterar los términos y las teorías que se ciernen sobre nuestra experiencia y que nos exigen que sacrifiquemos nuestro conocimiento propio ante la verdad establecida.

Recientemente, tanto los hombres como las feministas que han asumido una responsabilidad total hacia sus hijos pequeños, han escrito extensamente acerca de los terribles detalles que confinan las vidas de las madres, acerca de la extraña y paradójica manera en que nuestro amor infinito hacia los hijos queda atrapado en una rutina sorda y enervante, especialmente cuando nuestra vida queda totalmente relegada solo a esa función. Escapar a este patrón es particularmente difícil para la mujer.

Al contrario, abandonarlo todo por nuestros hijos, esos seres con los que hemos convivido en el mismo cuerpo, es lo más fácil. Porque la separación nunca es absoluta. Cada año, antes del cumpleaños de mi hijo, siento unas ligeras contracciones y un hormigueo en mis pechos, como si la leche me fluyera por dentro. Nos resulta muy difícil superar esta relación de enorme dimensión que a menudo amenaza con rebasar nuestros límites habituales de identificación con ellos.

Pero tengo la sensación de que gran parte de lo que ha sido tildado de «neurótico» en una mujer o «patógeno» en el niño por la literatura psicológica es, al contrario, un aspecto normal de la experiencia maternal, probablemente para toda la vida, pero sobre todo durante los primeros años y concretamente con la llegada del primer hijo. A mi entender, lo único eterno

y natural en la maternidad es la ambivalencia y su manifestación durante los ciclos de separación y unión con nuestros hijos que se suceden continuamente.

Esta es la historia de la primera crisis de maternidad que experimenta una mujer. Se trata de un caso individual y atípico: es una artista, tiene un temperamento intenso y es de clase media desde un punto de vista cultural. No tiene dinero para contratar asistentas, ni canguros a tiempo completo, ni dispone de un despacho o habitación donde aislarse. Pero es una mujer típica porque es un ser humano, una mujer y una madre, y en este sentido sus experiencias reflejan las de otras mujeres, incluso ayudan a demoler una serie de patrones insostenibles que nos oprimen a todas: la mística de la maternidad.

# Primera parte

## NACIMIENTO

Este ojo  
no es para llorar  
lo que ve  
debe aclararse  
aun cuando las lágrimas cubren mi rostro

su propósito es la claridad  
nada debe  
olvidar.

Adrienne Rich, «Desde la prisión»

Estaba aterrada. Llevaba dos meses aterrada. Cuando parí por primera vez, hace cuatro años, yo era inocente y aplacaba mis miedos con la idea de que el nacimiento era un proceso natural. Esta vez he sido más sabia. Los eufemismos, fueran clínicos o místicos, ya no me pesaban como una losa. Mi única esperanza, a diferencia de las veinticuatro horas de parto que padecí con mi primer hijo, era esperar que fuese más corto.

La enfermera no dejó entrar a James para que me acompañara. En ese instante se multiplicaron mis miedos. Los dolores seguían siendo soportables, la contracción fuerte llegaba cada veinte minutos aproximadamente. Pero, en los intervalos, la ansiedad me provocaba retortijones y mi estómago estaba cada vez más tenso, señal de que en dos minutos me trasladarían al paritorio. «Relájate y te dolerá menos», me dijeron, insinuándome que no había nada que temer, como si el origen del dolor estuviera en mi imaginación y no en mi propio útero. Pero decidí que lo mejor era afrontar la noche con un realismo inquebrantable. Antes de que mi marido volviera a atravesar el umbral de mi habitación, yo caminaba llorando de un lado al otro, no de dolor, sino de miedo.

Hace siete años, cuando acabábamos de conocernos, él me había dicho que odiaba los conflictos con todas sus fuerzas. Provenía de una familia extremadamente sensible y emocional que solo sabía comunicarse a gritos. Pasaban la vida intentando entenderse entre ellos y a ellos mismos, todos menos él, el único que supo mantenerse al margen ya desde muy pequeño. Se encerraba en su habitación huyendo de aquella atmósfera sofocante repleta de sentimientos. O salía de su casa y corría hasta el prado que había detrás de la casa para tumbarse en la hierba y despejar la mente royendo los tallos de los juncos sin pensar en nada. La intensidad de los sentimientos era un lastre para él. Si alguna vez manifestaba los suyos, lo hacía en el campo de fútbol o en sus apasionados encuentros sexuales de adolescencia, pero nunca en las conversaciones, ni siquiera cuando recordaba sus sueños. Probablemente, en

algún momento del pasado, decidieron por unanimidad que el niño James era la expresión misma del silencio, virtud de la que carecía el resto de la familia. Era el niño que corría en una dirección inequívoca hacia su objetivo mientras todos los demás se metían en distintos jardines.

Encendían la radio, el televisor y el tocadiscos al mismo tiempo en tres habitaciones de la casa. Mientras, en la cocina, se desarrollaba un debate muy enérgico y todos aguardaban con ansia la súplica de James de que desenchufaran algo, lo que fuese. Cada miembro de esta prolija familia compartía todos y cada uno de los detalles de sus vidas privadas con el fin de consolarse y economizar fuerzas, sin obviar un solo matiz, mientras que James preservaba una intimidad cada vez más estricta; aquello no era asunto suyo, solía decir, y no podía evitar sumergirse en la lectura de una revista cada vez que volvían las constantes discusiones emocionales.

James adoraba a su familia; tanto era así que, al casarse, escogió a alguien mucho más parecido a ellos que a él mismo. Quizá se debió a ese deseo tan expansivo de compartirlo absolutamente todo para no perder el contacto con su propio entorno. Tal vez, de pequeño, se adjudicó el papel de niño reservado para contrarrestar la intensidad del otro. En cualquier caso, no escogió a una mujer de talante sereno capaz de mantener sus sentimientos más profundos bien plegaditos y ocultos: se casó conmigo.

Finalmente, la enfermera le dejó entrar en aquella sórdida habitación de paredes desconchadas y un aparato de aire acondicionado que emitía el runrún de una manada de caballos galopando sobre charcos. La atmósfera ideal para concentrarse en respirar, jadear y resoplar. Cuando superé la primera fase de respiraciones, ya empecé a descontrolarme. El método Lamaze.<sup>1</sup> Me había jurado a mí misma no confiar más en sus insidiosas promesas. James sonrió al ver cómo me sentaba con aire solemne en mi cama de hospital tratando de jadear al ritmo de *Cinco lobitos tiene la loba...* Le sonreí en señal de respuesta y dije: «Mierda». Esa había sido nuestra actitud durante las últimas seis semanas. Siempre que practicábamos los ejercicios, ya fuera a solas o con los amigos que también esperaban su segundo hijo, a los diez minutos acabábamos riéndonos y desistíamos. Después de nuestro primer hijo, nos enteramos de que la secta a favor del parto natural no era otra cosa que un burdo mecanismo de defensa contra el dolor. Existe una isla en el



Pacífico donde las mujeres se autofustigan con un palo afilado durante el parto, un ejercicio físico tal vez más divertido que respirar como un perro acalorado. De todas formas, en ambos casos el supuesto es el mismo: cuanto más logras pensar en otra cosa, mejor soportas el pánico que atenaza tu útero.

Pero yo no soy de las que aguantan. Insatisfecha con la imagen revolucionaria que heredé de los sueños de mi padre, solo en mis fantasías puedo soportar las torturas fascistas y negarme en rotundo a delatar a mis compañeros. Lo cierto es que temo que ante la mera amenaza del dolor, lo cante todo.

Esas películas, tan populares entre la gente de mi generación, en las que someten a los protagonistas a todo tipo de torturas físicas me dejan machacada durante días, de noche me acosan como las sombras y contribuyen a mi insomnio. No es que me guste ser así. Quiero ser valiente, como las Amazonas y, si el reto es tolerar el dolor psíquico, soy la primera en apuntarme. Pero me siento débil. Solo el hecho de seguir con vida ya me parece milagroso.

Cuando James me sonrió, se me escapó el final de la frase del espejismo Lamaze. «Espera igualmente a que llegue el dolor —me dije—. Es posible que mañana siga viva.» Al recordar el breve intervalo de quince minutos durante el trabajo de parto de mi primer hijo (ese lapso terrorífico en el que sientes que una barra de acero te parte por dentro), sentí que podría aguantar.

Durante las tres horas siguientes seguí tumbada y sufriendo progresivamente a cada contracción, fingiendo que respiraba de manera rítmica a fin de ahorrarme la pelea con el obstetra. Al menos no arrojaba sin parar un vómito verdoso sobre los brazos de James como la vez anterior. Dejé que me rasuraran el pubis, acoplado prácticamente contra la palma de la mano de la enfermera, traté de sacudirme el miedo al dolor y a la muerte, y me concentré en mi hijo y en mi hermana, cuya dependencia de mí siempre me ayudó a sentirme fuerte y a contenerme en los momentos difíciles. Estaba segura de que daría a luz a las cinco de la mañana. Una enfermera incluso apostó un bocadillo de atún a que iba a ser un parto como todos los segundos partos: llevadero, por no decir fácil.

En vista de ello, las dos horas y cincuenta y nueve minutos de transición me cogieron de improviso, durante las cuales no dejé de gritar rogándoles que me abrieran por dentro o que acabaran conmigo para siempre. Seguramente reventé las venas de las manos de James de tanto apretar mientras las comadronas me sujetaban las piernas y yo me esforzaba en empujar la cabeza del bebé hacia la posición correcta. Me inyectaron Pitocin para acelerar las contracciones, algo sobre lo que mis hermanas feministas ya me habían advertido: aumenta el dolor y es menos manejable. Pero qué más daba ya. Por lo menos terminarían antes y más rápido. Tenía ganas de que acabara. Tenía ganas de estar viva. Tenía ganas de que James regresara a casa con nuestro pequeño Benjamin, quien, no me cabía duda, se habría quedado traumatizado por la separación. De nuevo dejé que me suministraran Demerol, consciente de que toda posibilidad de controlar las contracciones se desvanecería en un segundo mientras entraba y salía de un duermevela vago y nauseabundo, sobresaltada solo por un fuerte dolor en el esfínter («Es muy normal sentir presión en el ano en el segundo parto, joven.») o por unos aullidos que provenían de muy lejos. Durante los dos o tres minutos de contracciones me percaté de que los aullidos eran míos, aunque escapaban de manera escalofriante a mi control.

«No chilles —me aconsejó amablemente la enfermera— o derrocharás la energía que necesitas para empujar.» Y, Dios bien lo sabe, cómo deseaba dejar de gritar, pero era incapaz. Mi boca se abría por sí sola y emitía unos alaridos desesperados.

No había vuelto a oír esos aullidos desde mi infancia. De pequeña enloquecía cuando creía oír a mi madre, que había fallecido debido a un cáncer, chillando dentro de mi cabeza, reventándome los tímpanos.

Se me nublaba la visión, pero sentía el contacto del brazo de James. Deseaba que James me viese como una persona fuerte, madura. Como él, y no como un ser confundido y exhausto, con la fuerza interior resquebrajada a causa de la presión que ejercía la maternidad.

En la mesa de parto había perdido la fe en seguir viva. Temía tocarme la vulva o el ano y ver cómo mi mano chorreaba mi preciosa sangre. «Hemorragia en la mesa de parto», oí como decía el doctor al salir de la habitación. Unas abrazaderas de hierro me cubrieron los antebrazos. De mis

muslos colgaban unas mallas verdes. Tenía el pecho cubierto por una bata blanca de hospital y una máscara de cuero espantosa apretaba mi rostro. Solo mi vulva quedó al descubierto.

¿Me quieres así, Jamie?

—Empuja —dijo el doctor, y lo interpreté como si quisiera matarme. Tenía el culo abierto en dos y derramaba sangre sin cesar. Voy a inundar el suelo del hospital, pensé. Oí gritar a otra mujer a lo lejos, parecía estar desmayándose entre gemidos de angustia—. Cierra la puerta, mejor no oír eso —dijo el doctor.

—Empuja —dijo James. Obedecí, mientras pensaba: «Adiós cariño, no te das cuenta de que me muero, pero así es, y nunca más estaremos juntos, el pozo negro del dolor me está engullendo, esta vez no hay salida, ya no podré cuidar de Benjamin, mi pequeñín, solo sé que quiero morirme, no me importa, excepto por ti», y entonces nació mi segundo hijo.

Era absurdo seguir preguntándome, tumbada en la sala de rehabilitación y mecida por el vaivén de un sueño ligero (el último vestigio de la química que ayudó finalmente a tumbarme sobre la mesa de parto), cómo había osado otra vez, después de haber jurado y perjurado cuatro años antes en otro hospital que nunca más lo volvería a hacer. Lo único que pude recordar fue el momento en que deseé de manera desesperada otro hijo, plenamente consciente de la gran dificultad que presentaba la maternidad. Quería embarazarme de nuevo, volver a dar a luz, quería otro recién nacido.

Al fin desperté y enseguida pregunté por mi bebé. Cuando me lo trajeron, abrió los ojos, dos ojos muy oscuros, y con su boca empezó a buscar mi pezón húmedo. Me fijé en su mentón afilado, muy parecido al de mi primer bebé en sus primeras semanas de vida. El olor a sangre y a sudor se disipaba a medida que el aroma a recién nacido me iba embriagando. Mis lágrimas goteaban sobre su carita mientras recordaba el dolor que había sufrido pocas horas antes y, milagrosamente, supe que lo quería, a pesar de todo.

A los tres días volví a casa. En un espacio limpio y ordenado, que James había procurado para mi regreso, pude descansar durante una hora y disfrutar del silencio que procuraba la ausencia de Benjamin, que todavía no había

regresado de la guardería.

«Sea un “bebé bueno” o no lo sea —me dije—, yo ahora soy otra persona, me encuentro más cómoda en mi papel de madre, y ya sé que tarde o temprano llegará el día en que él también saldrá de casa con la fiambra en la mochila y se negará a que le dé un beso cuando a mí se me antoje.»

Tan pronto como la depresión postparto descrita por los médicos empezó a tomar forma en mi propio ser y personalidad, sentí que era una experiencia idéntica a la anterior: solo quería estar echada y en silencio, a media luz, dentro de una habitación que simple y llanamente estuviera impecable. Necesitaba que alguien lo hiciera todo excepto alimentar a mi bebé. Cuando no daba de mamar, quería a James solo para mí. Cualquier otro sonido parecido a la voz humana me aterraba.

Con todo, a pesar de revivir mi primera experiencia exactamente como la anterior, me sentía una persona muy distinta. Todo iba a ser distinto esta vez.

Cuando Benjamin regresó a casa de la guardería yo tenía tantas ganas de abrazarlo que me sudaban las manos mientras esperaba a que se abrieran las puertas del ascensor. A medida que se acercaba a mí recordé el día, veintisiete años antes, en el que trajeron a mi hermanita a casa. Alcé la vista para mirar a mis padres, dos gigantes desde mi altura, ignorando cuánto iba a cambiar mi vida, pero convencida de que ya nada iba a ser lo mismo.

Benjamin pasó de puntillas delante de mí, rodeando a esta mujer que por un pavoroso instante se había convertido en la madre de otro, y se dirigió hacia el cochecito a mirar de cerca a su hermano. Durante las siguientes semanas me detestó por haberle traído aquello que él había pedido con tanta insistencia, el bebé que había gestado en mi vientre durante nueve agotadores meses, todo para que mi querido niño tuviera su ansiado hermanito. Una vez superada la fase inicial de rabia, su mirada cobró una luz nueva.

En aquellos tiempos, la maternidad seguía siendo un mito. Así que, por segunda vez, traté de cumplir con todas las expectativas y dar la imagen de la mujer ideal envuelta en un bata de terciopelo dorado. Las antiguas fantasías de Benjamin, los bellos recuerdos de la infancia de James y los míos propios,

el rostro satisfecho de mi bebé cuando mamaba y los miles de retratos de madres etéreas se fundieron en la imagen de una amazona dulce y poderosa cuyo cuerpo podría habitar con dignidad.

*Madre, diosa del amor, a quien todos acudimos en busca de protección y de amor incondicional, el ser humano perfecto en quien todos creemos, pues así hemos sido educados, a quien los poetas han comparado incluso con la misma tierra, que se arrodilla con los brazos extendidos presta a envolvernos y a protegernos de las lluvias, a quien ni uno solo de nosotros hemos conocido, pero que se nos aparece y nos persigue despiadadamente; Madre, no puedo encontrarte, y mucho menos ser como tú.*

Y la heroína que yo esperaba que cada mañana saliera de mi cama, encarnada en mi antiguo ser, pero envuelta en la mágica aura de la maternidad, no apareció. Al margen de lo que cualquiera pudiera pensar o amar, de manera consciente o inconsciente, a viva voz o en secreto, yo no era esa persona. Solo necesitaba a mi madre.

Mi madre murió cuando yo tenía siete años. Durante muchos años viví con la única obsesión de encontrarla: veía a cualquier mujer y enseguida fantaseaba con ella. La imaginaba escondida detrás de las paredes, al otro lado de los espejos, en la fotografías favoritas que conservaba de ella. Pero nunca acababa de creer que hubiera regresado. Durante un tiempo, a escondidas, trataba de ser ella. Pero eso no hacía más que aumentar mi confusión. En mi adolescencia me agarraba a la realidad como a un clavo ardiendo, dudando si quería seguir siendo ella, y de esta manera acabé por perderme o por ser yo misma pero sin ella.

Al cumplir los veinte, decidí ser solo yo. Ya no pensaba en ella a cada momento. Retiré su fotografía de mi cartera.

Durante unos cinco años viví liberada. Después me quedé embarazada y ella regresó a mí, pero de otra manera. Cuando Benjamin era todavía un renacuajo en mi vientre, ella se me aparecía en sueños. A veces en forma de sacerdotisa sabia, brindándome su apoyo y su amor. Sí, era ella, pero con una fuerza insólita y nueva para mí en los últimos dieciocho años de mi vida. Plantó su rostro ante mis ojos, y me miró en la oscuridad, tal y como hacía mientras estaba viva. Volví a ver sus rasgos en detalle, rasgos que había borrado de mi memoria, sus prendas de vestir o la textura de su pelo. Una noche se presentó en forma de bruja. Quería advertirme de algo. Algo que ella sabía y que yo ignoraba.

Me desperté del sueño y desplacé mi enorme cuerpo para entrar en contacto con el de James, apretando mi vientre contra su espalda. Sabía que pasaría la mañana durmiendo y esperaba no echar la tarde a perder eludiendo mis obligaciones entregándome a alguna novela policíaca, una película o un helado con chocolate caliente.

Me sometí a la prueba de embarazo casi como un divertimento. Mi amiga Carla conocía a una especialista del laboratorio del Hospital Yale de New Haven, y como nunca lo había hecho antes, decidí probar. Sin embargo,

yo creía que la regla se había retrasado dos meses porque no tomaba la píldora desde hacía poco y había vuelto al diafragma, ese artilugio viscoso que me acompañaba en mis años adolescentes y que, al menos, evitaba una muerte prematura. El doctor me había dicho que mi retraso era normal en esos casos.

Nunca había pensado en tener un hijo. A James le acababan de admitir en la prestigiosa universidad de la ciudad. Un chico provinciano de Carolina del Norte a quien las cosas le iban de fábula. Yo deseaba dejar Nueva York por un tiempo, dados los estupendos planes de futuro que tenía a la vista.

Dejaba atrás cinco años de empleos a tiempo completo en una ciudad que vivía a un ritmo frenético. Al terminar la universidad pasé un año trabajando para los servicios sociales y ahí descubrí que mi aportación era totalmente inútil, arruinando para siempre la idea romántica de la pobreza que siempre había tenido. Me enfrentaba a diario con una miseria humana tan descomunal que mi impotencia crecía día a día, al igual que mis miedos, que cada vez eran mayores cuando atravesaba aquellas calles pobladas de hombres boquiabiertos y burlones que me lanzaban exabruptos y propuestas sexuales repulsivas. Los días en que debía visitar a las personas que me habían asignado, en lugar de cumplir con mi obligación, volvía a mi casa. Al llegar, escribía en mi diario o en mis «cuadernos de notas», como solía llamarlos. Escribía para no perder la pista del camino de mi vida, por así decirlo. Pero en ese gesto se ocultaba algo más.

La magnitud con que sentía las cosas me confundía mucho, y me sucedía con frecuencia. A veces los sentimientos se despertaban de una manera brutal, y la emoción que de pronto me sobrecogía contradecía en un instante la que acababa de experimentar un segundo antes. Si intentaba aclararme, buscando serenidad y silencio, me hundía en un pantanal de pensamientos oscuros, con los ojos febriles, el cuerpo sudoroso y un dolor de cabeza tremendo. La única manera de combatir esos síntomas y encontrar la paz era ponerme a escribir en mi cuaderno de notas.

A medida que escribía, los pensamientos acudían a mí como una maraña, totalmente irreconocibles y agobiantes. Era incapaz de retenerlos durante el tiempo necesario para prestarles atención. Pero, si continuaba escribiendo, comprobaba cómo se ponía en marcha un proceso, una especie

de traducción de la tensión en palabras; y poco a poco reparaba en que las palabras despejaban paulatinamente el camino hacia la claridad. «Sigue escribiendo», aprendí a decirme. Pronto empezó a aparecer la puntuación, las frases se hacían más breves. Todo se iba esclareciendo. De repente puse el foco en el objetivo que había permanecido oculto, eclipsado por todo lo demás. Cuando al final el objetivo salió a la luz, por un momento me sentí aliviada. Fue como ordenar un montón enorme de escombros o despejar un armario repleto hasta los topes. Solo más tarde, unas horas o tal vez incluso días, me di cuenta de que los escombros eran lo más valioso del proceso. El elemento central, lo que yo llamaba «objetivo», era algo que siempre había sabido y que podía haber expresado desde el primer momento si mi estado de ánimo hubiera sido distinto. Pero, en sí mismo, el objetivo era insuficiente, insustancial y absurdo. Los escombros fueron y son siempre el verdadero tesoro, pues enlazan el objetivo final con todo lo demás.

Vivir sin escribir ni dejar constancia de las cosas siempre me ha resultado desconcertante. Nunca acabo de creer que he entendido algo hasta que no lo describo una y otra vez con todo detalle. Unos meses o años más tarde, cuando queda atrás esa época de tristeza o felicidad, de miedo o de placer, me siento tranquilamente a solas, releo lo que he escrito y me digo: «Ajá, esto es lo que pasó». Entonces comprendo cómo me sentía en aquel momento.

Cuando empecé a trabajar para los servicios sociales me embarqué en la escritura de un nuevo libro. Cada apunte cumplía religiosamente su función, y esas notas claras y ordenadas se fueron convirtiendo en los recipientes de toda la disciplina que no había en mi vida. Escribí sobre mis *casos*, sobre una mujer que conocí cuyos hijos me miraban, eso creía yo, desde los portales de las casas. Escribí sobre el viejo señor Fields, con quien pasaba un día a la semana hablando, bien de su hija, que vivía en una casa de acogida, o bien de su esposa alcohólica o de su pierna tullida. Escribí sobre los niños que temporalmente vivían con familias de acogida, dibujando sus rostros, exorcizándolos durante un minuto liberador, hasta que de manera inevitable volvía el dolor y ya no alcanzaba a separar su sentido de abandono del mío propio.



Al poco tiempo, el hecho de desatender a mis casos, por irrelevantes que fueran mis visitas, empezó a quitarme el sueño hasta que decidí dejar el trabajo. Durante el año que siguió me contrataron en una biblioteca silenciosa para un trabajo bastante flexible. Etiquetaba volúmenes, archivaba tarjetas, colocaba libros en las estanterías y podía reservar energía para mis noches, en las que sacaba mi cuaderno de notas y registraba mis sueños, mi infancia, algunas peticiones retóricas de justicia política, otras descripciones minuciosas de algunas experiencias sexuales apasionadas o mis propias miserias de las que me avergonzaba.

Los días empezaron a ser cada vez más aburridos, de modo que decidí dar clases de inglés en un instituto del barrio. Al principio tenía terror a aquellos infames adolescentes que me esperaban en sus aulas alborotadas, pero me animaba la perspectiva de regresar al mundo «real». Durante un tiempo aprendí a dirigirme a los alumnos, incluso a cómo enseñar. Toda mi energía se concentró en aquellos ciento sesenta rostros, bastante más jóvenes que yo, que cada día me miraban fijamente esperando algo de mí. Había momentos en que regresaba a casa realmente emocionada. El día en que un estudiante escribía una redacción contando que había descubierto la belleza de la poesía gracias a su profesora de inglés; cuando un niño se explayaba conmigo sobre las dificultades del amor, iguales a las mías. Otros días andaba ciega de desesperación. El aula entera se había mofado de mi soporífera lección del día o de mi piel blanca. La chica que escribía los versos más preciosos se había pasado la hora entera cabeceando, mostrando los inequívocos síntomas de su primera experiencia con drogas. Un chico al que consideraba brillante resultó ser el camello más rico de la clase. Este mundo, completamente nuevo para mí y más complejo de lo que jamás hubiera imaginado, me absorbió por completo. No tenía tiempo para nada más. Solo escribía mis cosas en los fines de semana y las vacaciones; tenía una idea para mi primera novela, pero el tiempo solo me alcanzaba para esbozar un mero resumen.

En esa época me casé con James. Poco después lo aceptaron en la facultad de Derecho. Decidí dejar de dar clases y acompañarlo a New Haven, no solo porque quería estar con él, sino porque deseaba locamente escribir mi novela. Encontré un trabajo muy farragoso, esta vez de secretaria, y reservé

toda mi energía para escribir. Me afanaba en terminar mis tareas de oficinista en el tiempo asignado y pasaba el resto del día escribiendo en una flamante máquina eléctrica IBM.

En cierto modo, tanto mis libros de notas como mis sueños o mis experiencias formaban parte del libro que había estado escribiendo durante cinco años. Ahora se trataba únicamente de poner las palabras sobre el papel. Hacia mediados de año terminé el primer borrador. Pero para la fase de reescritura necesitaba el consejo de los escritores más avezados que conocía, y por las noches quería tener a mis amigos en mi casa. También necesitaba más dinero. Nada de todo ello estaba a mi alcance en New Haven. Solo conocía a los compañeros de clase de James. Incluso James andaba sumergido en las tareas del primer semestre por las noches, con lo que a duras penas me saludaba. Así que decidí mudarme a Nueva York. James y yo acordamos vernos los fines de semana, en los que yo me desplazaría a New Haven, y ese plan fue el más sensato que se nos ocurrió por el momento. Aunque iba a echarlo de menos, decidí volver a Nueva York con gran entusiasmo.

Entonces llegó mi segunda falta, y acordé la cita para la prueba de embarazo, convencida de que daría negativa.

«Si realmente estoy embarazada —pensé mientras entregaba la botella de zumo de naranja Tropicana rellena de orina a la encargada del laboratorio—, ¡qué lugar tan fantástico para esta maravillosa experiencia!» Hacer realidad ambas partes de mi naturaleza a la vez: tener un hijo y escribir un libro, pues tenía muy claro que, si por aquellas cosas de la vida iba a tener un hijo, no me separaría de James.

La mujer de bata blanca me miró con los ojos como platos cuando le entregué el recipiente repleto hasta los topes. No me dio vergüenza, hasta que Carla, que también estaba ansiosa por su falta de regla, le dio un refinado bote de pastillas con unas gotitas de pipí.

«Quieres estar segura, ¿verdad?», me dijo sonriendo con suficiencia antes de analizar la orina. Nunca me había encontrado en aquella coyuntura en toda mi vida. Creía que era necesaria mucha orina para inyectar a la coneja, convencida de que utilizaría ese método.<sup>2</sup>

En su lugar colocó dos papelitos de tornasol junto a los botes.

«Si el control da negativo, puede haber un error —continuó—, pero si da positivo, será sin duda positivo.»

A mi amiga, que estaba nerviosísima, y al borde del divorcio, le espetó la palabra mágica: «Negativo».

Después regresó e introdujo el papelito en la mía. Al cabo de un minuto, me miró por encima del hombro y me dijo: «Estás embarazada».

Me volví hacia ella, y me miró como si yo fuera una marciana que hubiera tenido la suerte de ser adoptada por una familia terrícola.

«Joder», dije, con los ojos desorbitados.

La mujer del laboratorio me miró de arriba a abajo. «Deberías sentirte afortunada», dijo.

A decir verdad, no me sentí decepcionada. Pensando en retrospectiva, estoy segura de que llevaba meses deseando quedarme embarazada sin siquiera saberlo. Había sido descuidada con el diafragma, sí, yo, que siempre había contado las ocho horas, minuto a minuto, antes de desencajar el disco de goma de mi útero; yo, que solía embadurnarlo con cantidades ingentes de crema y acababa desprendiendo masas viscosas que manchaban el suelo junto a la cama; yo, que lo sostenía frente a la luz y lo examinaba atentamente cada noche, tal y como me había enseñado el doctor a mis dieciséis años, para detectar el dichoso agujerito que pudiera traicionarme; yo, que nunca tuve que hacer esos viajes sórdidos a Puerto Rico o a Canadá mientras mis amigas iban de aborto en aborto; yo, inocente, que me había librado de las sanguinolentas mesas de parto, del riesgo de hemorragia y de derrochar quinientos dólares en una tarde. En esta ocasión, mi diafragma no estaba bien colocado. A veces lo llevaba puesto durante días y también había dejado de contrastarlo a la luz de la lámpara.

Al fin y al cabo, estaba casada con el hombre al que amaba. Sabía que algún día iba a desear un hijo, entonces, ¿por qué no ahora? Imaginaba a mi bebé, amarrado a mi espalda mientras escribía, mientras comía en buenos restaurantes o subía montañas; imaginaba a mi hijo o a mi hija durmiendo mientras yo trabajaba y, cada cuatro horas más o menos, interrumpiría mi tarea para amamantarlo, cosa que mi madre, una exitosa mujer de negocios,

no tuvo el tiempo de hacer. Tampoco contaría con las criadas de las que ella dispuso. Yo me ocuparía de mi propio hijo y seguiría llevando mi propia vida.

No. Cuando mi orina dio positivo no fue una desilusión para mí. Solo que no conocía a nadie con hijos, excepto a mi padre, mis tías, mis tíos y sus amigos. Los únicos que eran padres eran los mayores, y yo seguía siendo hija. En ese instante, mi sentido de identidad dio un vuelco. Casi me caigo al suelo al dirigirme hacia el ascensor, y no era cosa de las hormonas, esas que de pronto se revolucionan como por arte de magia.

Imaginé a James, orgulloso y contento. Recordé la voz feliz de mi padre y la de los padres de James cuando hablaron de nietos el día de nuestra boda. Después pensé en los abuelos de mi bebé y sentí que a mi hijo le aguardaba un mundo complicado. Mi padre sueña con un hombre judío intelectual, heredero de las generaciones de la cultura del Viejo Mundo y del socialismo del Nuevo Mundo, un miembro del ejército que luchará por la justicia social, un servidor del pueblo, un viajante que seguirá las huellas de su abuelo. Por otro lado, mi suegro piensa en un guerrero negro, más ágil que James y con mayor rendimiento académico. Alguien que sabrá cómo manejar su vida en un mundo injusto y cruel. En un mar de fracasos, triunfará y, además, será rico.

Volví a caer en la cuenta de que James y yo no éramos todo eso, sino simplemente una pareja madura que paseaba de la mano por Central Park atenuando el disgusto de la noche anterior, que a veces se decepcionaba mutuamente, pero que intentaba satisfacerse al máximo. Éramos una entidad política: un hombre negro casado con una mujer blanca.

Una cosa era entender el racismo y detestarlo después de haber comprobado cómo afectaba a la gente, a personas que yo quería. Otra bien distinta era imaginar a mi propio hijo luchando contra el mundo de una forma para mí desconocida hasta bien cumplidos los veinte años. El amor que me proporcionaba mi hijo se mezclaba con una rabia nueva contra un mundo en el que yo misma me había sentido forastera, en el que vivía únicamente gracias a un enorme esfuerzo. Toda mi vida me sentí un poco al margen, y por eso la búsqueda de aceptación social no sería necesariamente una amenaza para la identidad racial de mi hijo. En realidad, siempre me había

sentido moralmente superior frente a la lucha de otros blancos casados con negros. El hecho de que les costara adaptarse a la comunidad negra dentro del mundo blanco no me causaba ninguna lástima. Era una ceremonia de purificación que, al menos, les ayudaría a mejorar su carácter. Si se casaban con negros influidos por la neurosis a la que alude Cleaver,<sup>3</sup> esa ceremonia representaba su funeral psíquico. A los blancos racistas sin contradicciones no los tenía en cuenta, puesto que como hija de judíos comunistas aprendí que no pertenecía ni había pertenecido nunca, al «club americano». El rechazo a los negros era algo más difícil de gobernar. Quizá los negros tenían derecho a ser racistas. A pesar de que nunca había sentido la más remota conexión con los blancos del Sur del siglo XVIII, en algún sentido existencial, tal vez era descendiente de negreros.

Cuando Carla y yo volvíamos hacia la universidad, yo tenía la sensación de que el bebé crecía dentro de mí y, de repente, me sentí como una auténtica negra. Mi amiga, que era negra, se burló de mi ingenuidad. Sin duda su bagaje y el saber particular que éste le confería de pronto no tenían nada que ver conmigo. James y yo diferíamos en lo mismo, procedíamos de dos tradiciones totalmente distintas. Pero en aquel preciso instante, bajando por una calle repleta de personas que ignoraban asombrosamente el cambio que se producía dentro de mí, con una mano sobre mi vientre, yo era una negra como cualquier otra.

Luego pensé en cómo reaccionarían los estudiantes negros de la facultad cuando se enteraran de que gestaba un niño negro. Me toleraban por respeto a James. En cambio, la mujer negra que convivía con un hombre blanco no gozaba de la misma generosidad. En cualquier caso, la mujer siempre era la reprochable. ¿Tal vez este embarazo les provocaría un sentimiento de rechazo hacia el hombre negro que estaba claro que «se había acostado con una blanca»? ¿Cómo iba a reaccionar el propio James ante la posibilidad de tener un niño totalmente blanco?

Caminando por los pasillos oscuros de la antigua facultad de Derecho sentí el primer pinchazo de pérdida de identidad, un sentimiento que creció hasta alcanzar enormes proporciones durante los siguientes cuatro años. Pero, de entrada, pensé que era el peso del secreto que acarreaba dentro. James me vio desde el fondo del pasillo e inmediatamente adivinó lo que ocurría. Pero

otro estudiante negro, el marido de Carla, se acercó a nosotras, deseoso de que su vida continuase sin interrupciones. Para él, el inapropiado color de mi piel había levantado siempre una barrera entre nosotros. No podía entender cómo James, un hombre negro, digno, fuerte y de sentimientos profundos, se había casado con una «hippie judía» en lugar de con una reina negra. Nunca se tomó la molestia de pensar por qué James y yo encajábamos como pareja, ni cuánto nos llegábamos a parecer de indescriptibles maneras. De hecho, conociendo los entresijos del racismo, muy pocos sabían ver en nosotros lo que nosotros veíamos claramente.

James y yo bromeábamos a menudo y nos autodenominábamos «la pareja interracial». Como cualquier pareja longeva cuyas almas conviven dentro de una comodidad total, nos relajábamos tranquilamente en el salón y, de pronto, observaba sus rizos negros, su nariz ancha, su tez oscura y le decía: «Oye, eres un *negrata*». O él se fijaba en mi pelo lacio, mi piel clara, mi nariz afilada y me decía, como sorprendido y burlón: «Y tú, mujer, blanca, ¿eh?». Es cierto. Cuando lo ves de muy cerca es obvio. Yo me fijaba en el pelo rizado de James porque así era su pelo, no porque fuera negro.

Pero, cuando vi a Ronald en la facultad andando hacia a mí, me ruboricé al presentir su rechazo y no dudé por un momento del color de mi piel. ¿Y si pasaba de largo? ¿Y si me soltaba un improperio? ¿Y si me escupía? Una vez delante de nosotras su mujer le anunció: «Está embarazada». Él se mostró dubitativo y ella le ordenó: «Dale un beso». Avergonzado y confuso, me plantó un beso desgano en mi blanca mejilla. Pensé que le había provocado náuseas.

Recé para no experimentar el mismo malestar el día en que los padres y los hermanos de James me besaran. O cuando mi propio padre se enterara de que sería el abuelo de un niño de tez morena. Ambas familias nos apoyaban, nos querían, aprobaban nuestra unión. Pero ahora TODO se iba a concretar en una persona de carne y hueso.

James se acercó por el pasillo y me cogió de la mano. No sabíamos qué decir ni qué pasaría. Descarté el plan de mudarme a Nueva York. Pero, de entrada, no me preocupó especialmente el cambio radical que se avecinaba. Podría incluso reescribir mi libro, enseguida pensé, sin voces interiores que albergaran dudas. Dejaría mi trabajo, viviríamos de becas y de préstamos, y

podría volcarme en la escritura y descansar, pasear, hacer ejercicio, todas esas cosas que intuía que eran ideales para un embarazo. Hundí el rostro entre los pliegues del grueso abrigo marrón de James, escondiendo la cabeza entre sus brazos. Ambos sonreímos.

Me resultaba extraño no temer constantemente quedarme embarazada. Es más, abandonarme sexualmente me producía una sensación liberadora hasta entonces del todo desconocida. Pero, por desgracia, teníamos unos espejos del tamaño de la pared delante de nuestra cama. Quienquiera que hubiera diseñado esas puertas con espejos tenía que ser más flexible que el cuerpo que veía reflejado en ellas.

Toda mi vida me había esforzado en apreciar mi cuerpo y su belleza, aunque mis enormes pechos no fueran tan elegantes como esos tan proporcionados y andróginos que abundaban en el dominical del *New York Times*. Además, yo nunca compraba en las *boutiques* de ropa más selectas. Sus hermosos vestidos solo eran para mujeres de senos discretos y bonitos. Comprarme un bañador era una experiencia deprimente, pues la mayoría eran de copa tamaño A o B, y a las dependientas, aunque amables, no les gustaba vender tallas superiores a la B a mujeres jóvenes.

No había comprado una talla B desde los doce años. Pero me quedó claro que los pechos grandes no solo habían desaparecido de las revistas de moda, sino también de la conciencia colectiva.

Con todo, en el pasado había luchado por quererme a mí misma, concentrándome con todas mis fuerzas en Sofía Loren cada vez que veía bailar a Audrey Hepburn con su gracia especial. Ahora, sin embargo, mirando el espejo a los pies de la cama y viendo mi cuerpo desnudo junto al de James, descubrí que mi conducto vaginal parecía un estropajo olvidado debajo de la pila. No daba crédito a esa visión, a mi barrigón, a mis pechos, más voluminosos que nunca y con unos pezones que habían doblado su tamaño. Nadie me había explicado que iba a ser así. Estaba escandalizada.

Pero educada como todos en la hipocresía sexual, me apliqué para que James no se percatara de que lo último que yo deseaba era su dulce mano o su pene erecto. Disimulaba mi mirada tristona y fingía unos fuertes gemidos de pasión. Evidentemente, no era la primera vez que participaba de esa farsa y me sabía el papel de memoria. Resoplaba y jadeaba para complacerlo, hasta

que de pronto me tiré un pedo, y él soltó una carcajada. Esa risa, que antes podía haber sido un signo maravilloso de intimidad, ahora me sonó como algo humillante, exasperante, confirmando irrevocablemente la repugnancia que sentía hacia mí misma. Me aparté de él y empecé a llorar desconsoladamente, presa de uno de esos ataques típicos de las embarazadas. Empiezas a llorar por un incidente nimio o por lo menos concreto y acabas sollozando por cualquier cosa de la vida, pasada o presente, conocida o desconocida, personal o universal. El hombre se incorpora y te mira sobresaltado mientras transcurren las horas, y tú sigues llorando. Al final te dice que, sin duda, es el embarazo lo que causa tamaña reacción, insinuándote que tu rabia o tu tristeza no tienen importancia. Y eso fue exactamente lo que dijo James después de que llorara durante una hora empapándole el pecho con mis lágrimas, reemplazando con ellas el sudor sexual, evaporado desde hacía rato. Entonces, de un fogonazo, mi tristeza se tornó en furia.

Pasaron meses antes de volver a hacer el amor con alegría y placer. Incluso entonces, incapaz de sentirme físicamente deseable (con los ojos completamente cerrados a la realidad) me imaginaba como la mujer esbelta en la que siempre había soñado poder convertirme si hubiera sido capaz de hacer un régimen estricto y prolongado. Tendría unos senos pequeños después de practicar abdominales cada día, el estómago como una tabla después de recorrer kilómetros en bicicleta y unos pómulos hundidos y angulosos.

James insistía en que yo estaba muy guapa y me preguntaba por qué yo no me veía así. Mi sarcasmo no me dejaba creerle. Pensaba que él sabía muy bien cómo me sentía yo y que me lo decía solo por ser amable. Fueron precisos cinco años, cientos de días ejerciendo de madre que me revelaran la gran diferencia que existe entre padres y madres, para aceptar finalmente que ni James ni cualquier otro hombre entendería nunca lo que es una gestación. Era una verdad muy obvia que nuestras abuelas conocían desde el principio.

«Hay muchas cosas que los hombres no entienden», nos habían susurrado en la cocina, lejos de los oídos de los hombres.

Pero nosotras, las nuevas feministas de finales de los sesenta, todavía lo negábamos. Al fin y al cabo, nuestra intención era compartirlo todo.



Poco a poco fui abandonando el deseo sexual, solo estaba a gusto acurrucada en la oscuridad del rincón de mi cama, y James se quedó tan confundido y desorientado como yo. Nadie nos lo había advertido. Creía que me estaba volviendo frígida. Estaba segura de que James saldría en busca de una mujer a quien poder expresar su pasión frustrada. Y, probablemente, escogería a una reina negra.

Durante los meses que siguieron, ignorando que todavía existía otro mundo fuera de mi vientre, no era capaz de empezar a revisar mi novela. La tarea exigía disciplina y atención, dos facultades que con los días fueron a parar al reino de los recuerdos. Solo lograba escribir caóticamente. Fueron muchas las semanas en que las frases emergían de mi cabeza como cargas explosivas, como un géiser desgarrando la tierra. Nunca llegaba a conseguir un párrafo decente, con la extensión y coherencia necesarias. Hasta los pronombres huían de mí.

«Sensación fuerte de perder la cabeza.

Cinco días sentada en casa leyendo. Incapaz de mirar una sola página impresa más.

Nada de lo que hago tiene sentido. Vuelve la neurosis con toda su fuerza.

New Haven es un retrete con la cadena rota. Nada que hacer aquí. Nadie con quien hablar.

Tentada a pasar el resto de mi vida mirando las nubes. Picos de tensión y ansiedad. Debe de ser horrible para el bebé.

Se abre un mundo de fantasía, y consume todo lo demás. He soñado con un actor de TV de *Misión imposible*. Me hacía el amor. Luego, de día, una fantasía de masturbación con él. No he podido dejar de pensar en él. Un hombre que no conozco. Una persona que solo he visto en blanco y negro.

Tiene que haber algo más que New Haven. Este aislamiento. ¿Por qué me siento tan sola? ¿Qué ha detonado este ciclo depresivo? No entiendo nada. Tengo la mirada fija.»

Entonces, un día, escribí:

«La alegría ha resurgido. Mi bebé se mueve, lo noto. Creo que será Benjamin o Rachel. Esto es lo más maravilloso que he hecho nunca.»

Otras veces, de pequeña, todo me hacía sentir insegura. Pero, en aquel entonces, se debía a que mis sentimientos eran demasiado impredecibles y desconcertantes para aceptarlos, cualquier tipo de amor o aversión me aterraba.

Ahora esa inseguridad había vuelto. Pero, en lugar de quedar atrapada en un embrollo de pensamientos, me tambaleaba en un vaivén de contradicciones, esas que a menudo me persiguen. Tan pronto me topaba de bruces con mi cuerpo asqueroso y pensaba: «Tenía que haber abortado, me siento desgraciada, síntoma manifiesto de una madre inepta e incapaz», como me inclinaba hacia todo lo contrario, me aferraba conscientemente al amor por la vida, me daba pavor refugiarme en la fantasía o el sueño.

Ignorando quién era yo en realidad, si madre o hija, me aferraba con frenesí a los detalles que daban sentido a la realidad. Coleccionaba prendas de bebé. Pintaba cunas y tronas. Hablaba del embarazo al primero que encontraba. Yo siempre había sido una persona muy atenta a los sentimientos de los demás, buscaba la aprobación de todo el mundo, pero ahora no me importaba que mis interlocutores disimularan sus bostezos mientras escuchaban mis peroratas sobre las náuseas, las noches de insomnio o mi ombligo saltón. Hablaba sin contención, respaldada por una voz que insistía en que yo era una persona normal y corriente, y luego regresaba a la confortabilidad de mi almohada, confiada y llena de amor por mi bebé.

Lloraba con facilidad. Me encantaba ver cómo se movía mi enorme barriga mientras la acariciaba suavemente, impresionada por sus ondulaciones, convencida de que mi bebé percibía mis manos, tratando de añadir esta dulce experiencia al amargo remolino de sensaciones y de ansiedad que me abrumaba. Lloraba de alegría y exprimía mis pezones para que la leche saliera a borbotones. Algo inusitado, sí: todavía no conocía a ese ser al que iba a querer tanto como a mi hermana, a mi padre y a James.

En el séptimo y octavo mes de embarazo fuimos a pasar el verano a Nueva York y nos instalamos en casa de mi padre. Había algo bonito y prometedor en volver a mi antigua casa. Sin embargo, siempre que me sentaba en el sillón donde mi madre me había gestado con paciencia, mi padre me miraba y se ponía a llorar. Me explicaba cosas de cuando yo era bebé, y luego niña, y me repetía cuánto le recordaba a mi madre. La verdad es

que me resultaba cargante. En realidad, ese reconocimiento me aterrizzaba, y yo evitaba su mirada remarcándole que la que estaba ante sus ojos era yo, y solo yo. De modo que, perdida entre los ciclos del tiempo, decidí no sentarme más en el gran sillón azul.

Ahora lo entiendo. Mi padre, cuando contemplaba mi rostro y mi barriga, veía su propia vida a través de una ventana y rememoraba los días y las noches de su juventud. Si entonces yo hubiera sido más sabia, me habría sentado buenamente en el sillón azul durante horas dejándole que me contemplara. Pero yo todavía no era madre, y mi padre seguía siendo solo *mi padre*. Tuve que experimentar el largo y doloroso rito de convertirme en madre, que poco a poco me hizo adulta, para entender que mi padre era simplemente un hombre que, entre otras experiencias, había criado dos hijas.

Un día, varios años después, miraba yo a Benjamin desde la misma perspectiva, y el niño, incómodo y enfadado, me dijo: «Mami, ¿puedes dejar de mirarme así?». Treinta años de recuerdos pesaban demasiado sobre las espaldas de mi padre. Benjamin se dio media vuelta y siguió jugando, exactamente igual que yo el día que me levanté del sillón azul rehuendo la mirada de mi padre.

Uno de los placeres de aquel verano en Nueva York fue asistir a un curso de posgrado de antropología. Los últimos cinco meses había sido incapaz de trabajar en la novela, y el miedo desenfrenado a no ser nada más que una embarazada me apremió a tomar otra decisión. Ahora, sumergida de lleno en mis clases, obligada a concentrarme en algo más que en mi propio cuerpo, sentí que había acertado. En aquel momento no me importaba, consciente de que me conformaba con algo que, en realidad, nunca había querido. Tenía una misión. Me sentía viva, pertenecía a las calles de la ciudad como cualquier otro habitante. Ya no erraba por la ciudad, sabía a dónde iba. Ya no me importaba entretenerme por las tiendas. Me sentía segura. Todos percibían que estaba ocupada. Por fin se desvaneció la imagen de la clásica mujer embarazada que renuncia a sus pasiones y archiva sus sueños de un carpetazo para recuperarlos con los hijos ya mayores.

Además, ¿no esperaban de mí que fuese doctora? Mi padre, el profesor de escuela que más me estimuló, y tantos otros ¿no me colmaron de enhorabuenas en forma de sobresalientes y de besos por mi alta inteligencia?

«Esta es mi hija», decía mi padre cuando llegaba a casa con un diez.

«Mucho potencial», decía mi profesor con una sonrisa.

Incluso James parecía quererme más y anunciaba a familiares y amigos con orgullo que algún día tendrían que llamarme «doctora». ¿Existía una manera mejor de ganar confianza que dedicarme a lo que yo sabía hacer tan bien, presentarme a exámenes y escribir artículos? Confieso que el material era interesante. Dejé de creer en la idea de que las clases y los libros que tenía por leer no me dejarían tiempo para la novela. Tomaba notas sobre mi embarazo en el cuaderno y, alejada ya del pensamiento de ser una simple mamá y ama de casa que insiste en ser escritora aunque no la publiquen, empecé a sentirme como una «académica», con una identidad sólida, esa que un artista nunca podrá tener. Después de dar a luz decidí tomar cursos de literatura. A los tres meses me reincorporé a las clases. Todo estaba bien diseñado y, en el último trimestre, me sentí mucho mejor que en los seis meses anteriores.

A pesar de mi enorme vientre y de la poca movilidad de mi cuerpo, mi deseo sexual despertó de nuevo. Cuando hacíamos el amor en mi vieja habitación lloraba sobrecogida por el sentimiento que experimentaba hacia James, que ahora se había convertido en un amor nuevo y profundo. Estaba segura de que podría hacer lo que se me antojara después de dar a luz, estudiar, ser madre, e incluso volver a escribir. Cuando James me llamaba guapa yo le creía.

Unas semanas antes de salir de cuentas regresamos a New Haven. En verano se interrumpían las clases. Visitaba al médico una vez a la semana y, conforme pasaban los días, en nuestras sesiones del método Lamaze veía a las mujeres caminando como auténticos patos. Yo intentaba estudiar cada día en la biblioteca, pero en realidad solo calculaba las contracciones parto Braxton-Hicks. Cuanto más se acercaba la fecha, menos creía que iba a tener un bebé. Cuantas más patadas y empujones recibía en mi vientre, más irreal me parecía todo.

Durante cuatro semanas me dediqué básicamente a esperar. No podía hacer nada más. Contaba tres contracciones entre intervalos de veinte minutos; después desaparecían. Esperaba la cita con el médico con la misma

emoción que una niña en Nochebuena. Me tumbaba impaciente sobre la mesa camilla del consultorio esperando a que el doctor me dijera: «Ya has dilatado cinco centímetros».

Pero en su lugar, me decía:

—Te queda todavía una semana. —Y yo lo presionaba:

—Pero puedo dilatar ocho centímetros en una noche, ¿verdad? —le decía en forma de ruego.

—Podrías, pero lo dudo.

Yo sabía que él no se equivocaba nunca. Los cinco días que siguieron, mientras esperaba a que se abrieran las compuertas de mi prisión, acalorada y sudorosa, el doctor debió de sacar cinco o seis renacuajos viscosos y grisáceos de unos enormes agujeros rojos misteriosamente conectados con los rostros sufrientes al otro lado de la montaña. Este doctor era un hombre mayor, un gran médico. ¡Cuántos enormes agujeros rojos y rostros agotados tenía que combinar en su memoria! Sin embargo, yo deseaba con fervor que mi agujero y mi renacuajo significaran algo especial para él. Negándome a ver quién era él en realidad, un médico con mucho oficio, acudía a cada revisión semanal con la misma agitación y esperanza que había reservado antaño para mi análisis de orina. Pero, esta vez, el supuesto receptor de todas mis pasiones apenas recordó mi nombre.

Pese a todo, seguí imaginando en secreto que el doctor se dedicaba exclusivamente a mí. Cuando demostraba mi fuerza y mi destreza física en la sala de dilatación, manejando las contracciones como una jabata, simulando la facilidad con la que iba a parir, lo imaginaba contemplándome con admiración. Me vi obligada a vincularme a él de alguna manera.

Muchos de mis amigos me convencieron de que tendría un parto suave. Yo era una mujer muy maternal, una verdadera Madre Tierra, estaba en mi naturaleza tener hijos, me decían todos ellos, y yo les creía. No nos quitábamos de la cabeza la mentira despiadada de que si una mujer es *realmente* una mujer, sabe dar a luz con gracia; si es básicamente femenina, se las ingenia como puede para ser una buena madre. Incluso después de los nueve meses de embarazo que revelaron que el mito no era cierto o que yo era un fracaso descomunal, seguí creyéndome esa mentira.

Una noche los dolores no remitían. A las dos de la mañana se me repetían una y otra vez las palabras del profesor Lamaze: «Si te pones de parto de noche, deja dormir a tu marido. Lo necesitará. Calcula la frecuencia de las contracciones y despiértalo en el momento oportuno».

Desperté a James inmediatamente. Cuando los dolores empezaron a ser muy intensos decidí que no podía moverse de mi lado. Temía dar a luz en el suelo del baño. Tenía el vientre muy rígido, y ya no sabía qué hacer. Cogí mi bolsa con el chupete, las toallitas (herramientas del método Lamaze), un ejemplar del Dr. Spock<sup>4</sup> y llamé al médico. Estaba lista. Me pregunté si existía alguien más preparada que yo. Cuando subimos al coche, agradecí que me acompañara el don de la razón. Iba a dominarlo.

De camino al hospital empecé a respirar. Una ligera parte de mí seguía ajena a todo, se reía y decía: «Tú, tan loca, ¿no sabes que eres la menos indicada para estas tonterías? Nunca conseguirás concentrarte en otra cosa». Mientras, la otra parte de mí mantenía el ritmo de las respiraciones. Estaba convencida de haber dilatado nueve centímetros.

Quince horas más tarde, tumbada en la sala de dilatación, con el suero en vena, había dilatado solo tres centímetros. Lloré, vomité, tratando de convencer a mi pobre cuerpo de que entregara de una vez por todas el bebé. Nada funcionaba. La sensación de estar unida a mi cuerpo se diluyó. De pronto nos separaba una pared de cemento. Pero, a pesar del brebaje que me suministraron para sedarme, ese yo humilde no volvió a aparecer más, y me quedé atrapada en un presente abrasador.

Pensé en los amigos que me habían dicho que sería fácil. Pero para mí nunca nada fue fácil y, durante aquel día entero de dolor, habría preferido dejar mi lucidez para otro momento.

Los dolores eran tan agudos que no podía ni siquiera pensar en algo parecido a ponerme a empujar. Luego, todo cambió. La nebulosa química en la que había estado flotando durante horas se difuminó por completo cuando sentí que algo se partía dentro de mí. Solté un grito agónico. Estaba convencida de que no saldría con vida.

«Llama a mi marido», grité al recuperar el aliento. James se había ido a casa a descansar y ahora me llevaban a toda prisa al paritorio. Por lo visto, en tan solo diez minutos había empezado a dilatar y ya estaba de seis

centímetros.

Pero al ver llegar a James y colocarse detrás de mí mientras me ponían unas correas en las muñecas, el imprevisible y a menudo incontrolable instinto maternal se volatilizó por completo. Me cubrieron con una bata verde y prepararon una máscara de oxígeno.

Había desterrado la imagen de la madre atrapada en mi cuerpo sufriente, cuando de pronto regresó para reírse de mí antes de volver a desaparecer entre carcajadas.

Alguien puso un espejo delante de mí para que pudiera ver cómo nacía el bebé. Eché un vistazo al enorme agujero rojo entre mis piernas y cerré los ojos para el resto del parto.

Pero era mi primer bebé e hice un gran esfuerzo para combatir el miedo. Todo iba a salir bien, pensé, imaginando a todas las mujeres de este mundo que habían dado a luz antes que yo. Reprimí el «ansia de empujar», tal y como el doctor me había indicado, y cada vez que el terror se apoderaba de mí, sentía el aliento de unas voces veladas detrás de las máscaras. Estaba claro que, si tenía que morir, nadie gritaría desaforadamente SE ESTÁ MURIENDO. Al contrario, esas voces prudentes y armoniosas seguían alentándome. En cualquier caso, me calmé con sus sonidos articulados.

Por fin el doctor me dijo que apretara hacia abajo y que empujara con fuerza, y yo empecé a gritar, presa de un dolor monstruoso e inimaginable.

—No grites— me ordenó—. Eso no ayuda.

—¡A mí sí! —grité yo con fuerza, con unos alaridos que sin duda él consideró síntomas de la psicosis que suelen mostrar las mujeres en la fase de expulsión.

Pero nunca había estado tan cuerda. Mi misión solo era sobrevivir. Apreté con fuerza solo porque no había otra manera de sacarme a ese cabrón de dentro y porque empujar no es un *ansia*; es una *exigencia* respaldada por la violencia que habita en tu cuerpo, convertido de golpe en tu enemigo.

En algún rincón de mi mente surgió el recuerdo de una voz de mujer grabada en las sesiones del método Lamaze. Suspiraba eufórica al oír que había tenido un niño. Yo sabía que a mí no me iba a ocurrir. Al empujar con todas mis fuerzas, por un momento sentí lo mismo que con mi segundo hijo: creí sin ninguna duda que me moría.

Entonces nació Benjamin. El dolor desapareció súbitamente y recuperé mi ser social.

«Es un niño», dijo el doctor.

Suspiré eufórica ante mi audiencia como último homenaje a mis ilusiones rotas, y solo pensaba: «Gracias a Dios ya salió, gracias a Dios ya salió».

Más tarde, cuando mis espectadores vestidos de blanco atendían a otra mujer que agonizaba en su pesadilla particular, yo me hallaba reposando en la sala de rehabilitación. Cogí al bebé en mis brazos, le miré a los ojos. Me quedé de pie junto a la ventana un rato largo, contemplando la noche, todavía derramando sangre entre las piernas. Abrumada por mi propia fuerza y resistencia, lloraba y reía. Sentí que nunca había deseado otra cosa en la vida que ser madre y juré que nunca más tendría otro hijo.



Los ocho primeros días en casa, Benjamin no hacía más que comer y dormir. Al caer la tarde, si lloraba un poco, Marie, mi suegra, lo paseaba por la habitación, apaciguando nuestra ansiedad con su desenvoltura. Había venido de Carolina del Norte para ayudarnos durante las dos primeras semanas. A media noche, cuando Benjamin se despertaba para mamar, me calmaba la idea de que, si no se dormía de inmediato tras darle el pecho durante media hora, podría entregárselo a Marie. Abatida por el parto y todavía con pérdidas, decidí pasar prácticamente el día entero en cama. Imaginaba a las mujeres de la antigua China recorriendo el campo después de haber enterrado sus placentas y me sentía culpable por estar inactiva; entonces, escuchaba con atención las palabras de Marie cuando me contaba que, después de sus partos, necesitaba pasar nueve días en cama. Con todo, nunca nadie la acusó de ser una consentida ni una burguesa.

Ella tuvo su primer hijo a los dieciséis, y los demás, en los cinco años siguientes. Cuando tenía mi edad, el menor de sus cuatro hijos cumplía cinco años. Entonces recordé el lavadero comunitario del complejo de estudiantes donde vivíamos. A los cuatro días de nacer Benjamin, la ropa que acumulaba nos daba para tres lavadoras; no podía creerlo. Pero cuando Marie cumplió veinticinco años, y sus cuatro hijos correteaban por su pequeño piso de una urbanización municipal del Sur, ni siquiera soñaban con lavadoras.

«Mamá era la lavadora», le oí decir a mi cuñado.

Recuerdo vagamente a mi abuela restregando ropa vieja sobre una pila antes de que instalaran la lavadora en el sótano de la casa. Ahora veía a Marie, usando la misma pila, con cuatro montones de ropa esperando. Yo me limitaba a doblar la ropa seca del bebé y a ordenarla en los cajones, mientras que ella la planchaba toda, hasta las camisillas. Para ella significaba un signo de limpieza, atención y amor a los hijos. De lo contrario, todo el vecindario habría hablado de nosotras por vestir al niño con la ropa arrugada.

Cuando la oía hablar de la infancia de sus hijos mientras cuidaba de su nieto, deseé mil veces haberla tenido de madre. ¿Qué me importaba a mí toda esa pobreza, ese racismo, ese aburrimiento de provincias del que tanto se lamentaba mi marido? ¿Acaso no tuvieron una madre? ¿Acaso no vivieron con ella desde que nacieron hasta que alcanzaron, victoriosos, la edad de ir a la universidad? ¿Acaso no les preparó succulentos banquetes y pasteles con cualquier pretexto? ¿Acaso no tuvieron todo lo que yo siempre había querido tener? Me traía sin cuidado que Marie hubiera pasado su juventud trabajando hasta la extenuación y sin cobrar un céntimo. Qué más me daba, pensaba yo cuando ella me confesaba que lloraba por las noches de puro cansancio. Yo la quería para mí y, como esto era imposible, cuando la veía meciendo a mi hijo mientras recorría el salón de un lado al otro calmando sus cólicos entre sus corpulentos brazos, me propuse ser una madre como ella. Sus hijos, mi marido y sus hermanos, probablemente creían que yo lo había tenido todo, esa seguridad económica, intelectual y cultural que proporciona una infancia burguesa. Solo ellos podían atribuir semejante milagro a un simple hecho de la vida, sin más. En aquel entonces yo no me veía capaz de ahondar en las complejidades de la vida de Marie. Ella encarnaba el mito materno, superando incluso la sabiduría del Dr. Spock. Sí. Yo sería como ella.

Unos días antes de su partida empecé a sudar. Aunque hiciera mucho frío, me derretía de calor. Marie tapaba constantemente a Benjamin con mantas, y yo estaba segura de que lo estaba asfixiando. Y, aunque todos creían, como Marie, que hacía frío, yo seguía convencida de que el termómetro mentía con sus quince grados. Mientras las gotas de sudor resbalaban sobre mi frente, yo insistía en que, como mínimo, estábamos a treinta y dos.

La víspera de la marcha de Marie, Benjamin lloraba sin cesar. Su abuela lo movía de un lado para otro, acunándolo y acariciándolo durante horas, pero no logró dormirlo. Cuando James regresó de sus clases, quiso ayudar a su madre y cogió a Benjamin en brazos mientras ella preparaba el almuerzo. Contuve mis lágrimas, tragándome las palabras que querían salir de mi boca como dardos. Odiaba a Marie y al mismo James por dedicar toda su atención al puñetero niño, cuando en realidad era yo quien necesitaba abrazos,

achuchones y cariño. Entonces llegó la hora de amamantarlo y, considerando que no me había alejado ni un metro de la casa desde que había llegado del hospital, me largué de un portazo.

Ahora Marie se enteraría de la fiera con la que se había casado su marido, pensé. Nuestro afecto corría peligro después de imponerme a ella por primera vez. Salí corriendo del complejo de casitas donde las jóvenes familias de estudiantes de Yale se protegían del mundo real, la «comunidad», un conjunto de edificios que se agolpaban a nuestro alrededor en la falda de la montaña. Me daba igual si al correr perdía más sangre. Mejor desangrarse hasta la muerte que enloquecer en el salón de mi casa.

Corrí hasta quedarme sin aliento. Me detuve frente al edificio de Biología, que se alzaba en medio de un prado extenso y hermoso. Nada ni nadie interrumpía la armonía arquitectónica y la majestuosidad del paisaje. Las columnas rojas y austeras se erigían simétricas, tenaces. Los balcones de piedra y la simetría de los arcos contrastaban claramente con los robles centenarios y las torres góticas a lo lejos. Me tranquilicé. Esa piedra roja y gris solo podía responder a la extraña creación de algún planeta remoto. En este lugar todo era sencillo, sin ornamentos ni florituras, y traté de olvidarme del salón de casa atiborrado de artilugios de bebé y de mantas sucias. Era libre de tumbarme sobre el camino de piedra y dormir un buen rato sin que nadie me interrumpiera. Mi vida, durante diez días, se había dividido en episodios de tres horas. Dormir y comer. Dormir y comer. Dormir y comer.

Siempre he necesitado muchas horas de sueño. «Producto de una fuerte ansiedad», decían los artículos sobre neurosis. Gracias a que anotaba todos mis sueños, había aprendido a domesticar la rabia, pues yo era muy impetuosa y tenía la mente siempre llena de demonios. Ahora, de pronto, no era capaz de recordarlos, ni de darles fin.

Pensé que nunca debería haber tenido un hijo. Si al menos alguien me hubiera dicho en qué consistía, me lo habría ahorrado y ahora estaría a salvo. ¿De dónde había salido ese ser sin igual de una fuerza titánica, que bramaba incomprensiblemente y sorbía de mi pecho hasta consumirme? ¿Quién era él en realidad y con qué autoridad se había ganado el derecho a dominar mi vida? Yo nunca podría ser una buena madre. ¿Acaso no era yo misma, con mi ansiedad traicionera, la que había creado un niño propenso a los cólicos?

«Los expertos tenían razón», pensé. Todos los bebés nacen siendo criaturas plácidas y felices. Normalmente es la madre la que lo hace mal, trata de reprimir su injusto resentimiento y coge al bebé o con excesiva tensión o demasiada laxitud; o bien lo coge constantemente o no lo coge casi nunca; o bien lo deja llorar o lo arranca de la cuna antes de que empiece a llorar; o bien lo sobrealimenta o lo deja con hambre; o bien lo asfixia de tanto amor o lo abandona con frecuencia. En definitiva, la mala madre es la única culpable.

Y me preguntaba: «¿He culpado yo a mis padres alguna vez?».

Me ajusté el jersey. Mi vientre ya no era un obstáculo. Aunque todavía me sobraban diez kilos, me sentía sumamente flaca. Agradecía tanto no estar embarazada que me reía y acariciaba mi cuerpo, un cuerpo que ahora solo me pertenecía a mí y a nadie más. Podría ponerme a régimen sin someterme a dietas de embarazadas; podría hacer ejercicios hasta desfallecer; solo tendría al cansancio por enemigo. De pronto sentí que una leche blanca y dulce humedecía mi camisa. Había llegado la hora de dar de mamar a Benjamin. Corrí a casa deseosa de sentir su suave carita contra mis pechos.

Su boca, vulnerable e inocente otras veces, atrapó mi pezón y lo succionó con una ferocidad y pericia impresionantes, en un acto sublime de pureza. Nunca había estado en contacto con un instinto de determinación como aquel. En tan solo unos días de vida, los dos sentí que el pecho era suyo. Mientras sorbía mi leche, mi yo interior se arremolinaba formando un pequeño nudo, acumulando intensidad, protegido por un caparazón, alejándose cada vez más de los cambios que me había traído este niño que estaba separado de mí y a la vez formaba parte de mí. Temerosa de que invadiera mi vida por completo, trataba desesperadamente de poner límites. Sin embargo lo apretaba contra mi cuerpo, acariciaba su piel suave, imaginando que todavía éramos la misma persona.

Observé con atención ese yo interior, a la niña-mujer que en el pasado había conformado toda mi identidad, contra la que había luchado para entenderla, amarla, liberarla; ahora la miré de cerca y la desterré. Protegida en su caparazón y amarrada a su nudo, se retiraba cuatro, cinco, seis veces al día, cada vez que Benjamin quería mamar. Poco después, aunque me empeñase en encontrarla, ella no volvía fácilmente, y poco a poco se fue

alejando, a veces sin regresar durante días enteros. Si se presentaba cuando el niño me necesitaba, yo me esforzaba en apartarla y la dejaba hambrienta. Ella, que había sido mi vida, a quien tenía que alimentar a diario para ser yo alimentada, se ocultó durante semanas, salvaguardando su poder, privándome de sus regalos y dejándome con las manos vacías.

Tenía a mi bebé en brazos. Después de saciar su hambre, a veces se quedaba dormido. Permanecía impasible durante horas, mirándolo fijamente, comparando sus deditos de los pies con los míos, reconociendo a mi hermana en la comisura de sus labios, adivinando en la forma de su torso el cuerpo de su padre. Cada rasgo de su rostro, como en una antigua fotografía borrosa, me remitía a los míos. Buscaba constantemente parecidos familiares, como el que busca un tesoro.

En otras ocasiones, durante o después de la lactancia, el bebé lloraba y gritaba. Lo mecía por la casa, arriba y abajo, sumándome a sus llantos por mi propia ineptitud, excusándome por mi carácter ansioso y agitado, exactamente lo opuesto a lo que haría una buena madre. A veces lo odiaba porque me rechazaba rotundamente; «¡Cállate! ¡Si no te callas, me pego un tiro!», gritaba. Entonces, introducía mi pezón en su boca a empujones, y él se apartaba con una expresión de dolor en el rostro.

Lo dejé en el cochecito para no dañarlo más con mis tentáculos venenosos y me acurruqué en el sofá después de cerrar la puerta inútilmente para ahogar sus gritos, tapándome los oídos, gimiendo sin saber qué más hacer. Mientras, en el rincón de mi escritorio, mi máquina de escribir y mis cuadernos de notas, cubiertos de capas de polvo, se burlaban de mí.

Cuando hubo llorado lo suficiente para apaciguar mi rabia, lo cogí y lo mecí hasta que se tranquilizó. Comprobé que respiraba, le besé en los labios, en los ojos, contuve mis impulsos psicóticos y, como por un acto milagroso, el bebé empezó a mamar. Lo acerqué a mí y, en el momento en que nuestros ojos oscuros conectaron, le susurré: «Mama, cariño mío, tóname, aliméntate de mí. Vive, Vida Mía, y quíereme, ámame, mientras intento amarte desesperadamente».

Aquella tarde inevitable en que Marie se subió al autobús de regreso a su casa, James y yo volvimos a nuestro apartamento mofándonos de nuestros miedos. Pero a la mañana siguiente nuestras sonrisas se congelaron. James retomó sus clases y, por primera vez en sus dos semanas de vida, Benjamin y yo pasamos toda la mañana solos. Traté de recordar los consejos de Marie; llevármelo al hombro cuando se disgustaba. Pero, a falta de las historias y los recuerdos de Marie que habían colmado mis días sedentarios, mi desconocimiento crecía con los días, y entré de cabeza en una vida del todo solitaria.

Lo cierto era que no vivía en soledad, no estaba exactamente sola. Más bien estaba aislada, sí, solitaria, como lo estuve tantos años, mucho antes de que empezara a escribir. En aquel entonces, cada vez que quería compañía, encendía la radio con la esperanza de mitigar mi desasosiego o corría al teléfono como una loca a llamar a alguien. Desde que había empezado a escribir, buscaba tiempo para mí. Ese mismo yo que había intentado evitar, que se cernía sobre mí como un dragón de garras afiladas amenazando con usurpar mi cuerpo, ese yo temible y peligroso fue precisamente el que había aprendido a apreciar, el que por fin empecé a entender.

Quizá ese era el problema. No había hecho más que empezar. Aún cabía la posibilidad de que ese yo intimidatorio me acechara desde el exterior y se convirtiera de nuevo en un dragón presto a invadirme. Para domesticarlo tenía que escribir, de manera constante y coherente, y, para escribir, tenía que estar sola.

Ahora, de pronto, estaba siempre con Benjamin. Me dolía el cuerpo desde el parto. Hacía equilibrios con las emociones y los deseos. Solo cuando el bebé dormía, sentía esa soledad de ataño, y, como en donde mejor dormía Benjamin era en la calle, salíamos constantemente.

Prospect era una calle arbolada, la que cualquier neoyorquino mitifica. Empujaba el cochecito descendiendo la ladera asfaltada entre los colores dorados y anaranjados de un New Haven otoñal, mientras contemplaba los árboles con estupor, con el mismo asombro que detectaba en los rostros de los turistas de Nueva York. Los mismos que subían por Broadway Avenue desde la calle noventa y seis, horrorizados ante el espectáculo de los discapacitados mentales y físicos que flanqueaban las aceras inclinándose a mendigar una moneda desde sus sillas de ruedas, con las palmas de las manos sucias y huesudas, o de los que cabeceaban en una nube de narcóticos en plena calzada desafiando a los coches a aplastar sus cuerpos torturados, en un último intento de socorro. Los turistas caminan callados, pero en sus ojos se lee: «¿Esto es real?».

Soy neoyorquina; estoy más acostumbrada a los indigentes y a los yonquis que a la impresionante hojarasca que cubre el asfalto como un tapiz y se confunde con el horizonte al final de la calle.

En nuestros paseos se despertaba la niña-mujer que llevaba dentro. Empecé a llevar conmigo el cuaderno y, a cada rato, me detenía a registrar una emoción en lugar de dejarla escapar al viento. En los espacios de silencio que creábamos juntos, descubrí el amor profundo, exuberante y totalmente inamovible que le prodigaba a mi hijo.

Después de repetir durante semanas la misma ruta con sus mismos árboles, el reclamo de la ciudad amortiguaba el crujir cautivador de las hojas bajo mis pies. Seguí mi camino hasta que llegué al centro y me planté en medio de la universidad. Allí vi a los nativos de un mundo que de golpe yo había perdido, comprometidos con sus proyectos, implicados en sus asuntos, atareados, incluso apresurados. Mientras, yo tenía todo el tiempo del mundo.

Me dirigí hacia la facultad de Derecho, deseando que algún adulto me reconociera y me sonriera, o quienquiera que fuese, alguien con más de tres semanas de vida. Movía acompasadamente el cochecito de Benjamin, aunque estuviera profundamente dormido, mientras esperaba a mi marido. James, que ya no era un mero amante y amigo, ahora se había convertido en eso que suena tan convencional entre adultos: mi marido. Y yo, que me había mudado a New Haven por sus estudios, y que no conocía a nadie más que a sus

colegas y amigos, cuya vida, además, había dado un giro de ciento ochenta grados desde que la mía había cambiado para siempre, seguía siendo «la mujer de James». Así me conocían y así me llamaban. Incluso a la cara.

«Ah, ¿así que tú eres la mujer de James?», había oído muchas veces. Cosa nada ofensiva si los cimientos de tu identidad no se tambalean. Por otro lado, mi autoestima empantanada asomaba la cabeza entre arenas movedizas y me estaba llevando al borde de la histeria.

Siempre que alguna mujer de los estudiantes de Derecho se me acercaba y me reconocía, me sentía reconfortada. A veces incluso me preguntaban cuándo estaría lista para unirme al grupo de liberación de la mujer que acababan de organizar para sustituir a la Asociación de Esposas, el clásico apéndice de cualquier universitario. Este nuevo grupo acogía a las mujeres vinculadas a la facultad de Derecho, estudiantes, esposas de estudiantes, secretarias y profesores. Como la única profesora de la facultad de Derecho no se presentó, y tampoco las secretarias mostraron interés, el grupo se compuso de estudiantes y mujeres de estudiantes. No me gustaba formar parte de la última categoría, a pesar de que yo fuera estudiante de una universidad de Nueva York. Mi categoría estaba determinada por mi relación con Yale. Y, para Yale, yo era y sería siempre la «esposa de un estudiante».

Con todo, contemplé la idea de adherirme. Tenía claro que quería sustituir la Asociación de Esposas por algo más significativo.

Un año antes, recién llegados a New Haven, había recibido una llamada de la Asociación de Esposas de la facultad de Derecho.

—Hola —dijo una voz amable al teléfono con acento del Medio Oeste. Me juré a mí misma no sonar como una esnob de la Costa Este; intenté olvidar a la judía morenita y a mi marido todavía más moreno, en fin, negro. Aquella mujer llamaba para convocarme a una reunión.

—¿Y a qué os dedicáis? — le dije, con el encanto de una flor primaveral. Pensé que podría llegar ser mi amiga, una mujer inteligente que tal vez me convenía, ¿por qué no?

—Hemos formado unos grupos.

—¿Grupos? —susurré discretamente.

—Sí —dijo ella a punto de ir al grano.



—Grupos de actividades diversas. Costura, cocina, cata de vinos, pero a veces acaban convirtiéndose en asuntos legales universitarios un tanto peliagudos porque nuestros maridos nunca dicen nada —dijo entre risitas.

Yo respondí con un gruñido animalesco.

—¿Y a ti qué te interesa? —preguntó con dulzura.

—Yo sobre todo leo y escribo. Política —dije abruptamente.

—Oh, aquí no somos muy de política, pero tenemos un club literario —repuso permaneciendo a la espera.

Y yo, que dudaba entre mostrarme bruta e intolerante, o bien falsa, algo tal vez contraproducente, preferí guardar silencio.

—Y además es una manera fantástica de hacer amigos —dijo en tono seductor.

—Pues, no sé, tal vez mejor nos vemos en otra parte... —respondí con un tono condescendiente y provocador, a propósito.

—Ya te mandaremos nuestro folleto, pues...

¿Por qué insistió tanto? ¿Qué quería de mí? ¿Por qué no acusó de alguna manera mi falta de interés? Tal vez aquellos balbuceos sobre liberación, esas palabras que de tan ciertas sonaban repetitivas, invadían el ambiente de su casa tanto como el de la mía. O quizá acababa de descubrir que, en cierto modo, en un solo año, aquella Asociación de Esposas que había aglutinado a cientos de mujeres jóvenes, que de lo contrario habrían derrochado tres años de su vida, aisladas y en soledad mientras sus maridos estudiaban, y les había dado la posibilidad de, al menos, comunicarse con otras personas, ahora corría el riesgo de salir de la lista de actividades de la pizarra de la universidad y de ser reemplazada no con un «encantada de conocerte», sino por una «Asociación de Mujeres», una inyección para la conciencia de un grupo cada vez más comprometido con la liberación de la mujer que se reunía cada domingo por la noche en la sala de una organización radical de provincias.

Varias semanas después de aquella llamada, cuando oí decir que por fin se formaría el grupo de liberación de la mujer, fui corriendo a la primera reunión. «Por fin —pensé— podré convertir mis valores políticos en una acción más concreta.» Deseaba que llegara el encuentro del domingo por la noche con el mismo entusiasmo que había esperado las citas nocturnas de los

sábados cuando era una jovencita. En la primera reunión acordamos que nuestra cita del domingo sería prioritaria. Si salíamos de fin de semana, estábamos obligadas a llegar a la hora pactada. No aceptaríamos compromisos sociales ni citas con hombres. Este tipo de orden nos estimulaba mucho porque no solo no aceptaba, sino que pretendía corregir un aspecto emocional de la realidad: en el pasado, las mujeres habían renunciado a compromisos con otras mujeres si la necesidad de un hombre se interponía. La heterosexualidad, o su promesa, era siempre una prioridad incuestionable, una prioridad que ahora intentábamos revocar, y lo conseguimos. Muy pocas mujeres faltaron a una sola reunión. Hablábamos por turnos, seguíamos el orden del círculo para evitar que la más elocuente se hiciera con todo el control, como solía ocurrir.

Compartir era la base de nuestra felicidad, compartir historias y sentimientos con otras mujeres. Nos propusimos acabar con el aislamiento. Nuestro objetivo era defender el valor comunal en todos los terrenos de la vida. Ninguna era diferente a las demás: este fue el gran logro. Nuestras relaciones, nuestros miedos, nuestros orgasmos, todo tenía el mismo valor, todo era igual de maravilloso. Dejamos de maquillarnos y recurrimos a los pantalones de peto y a las camisetas, en busca del anonimato. Sustituimos las elegantes bailarinas por unos cómodos zapatos deportivos.

En el instituto, en la primera época del movimiento de los derechos civiles, caminaba por la calle con orgullo vestida para la ocasión. Las medias negras y las bambas sucias eran signo de mi adhesión a la igualdad. La raya en medio y el pelo sujeto detrás de las orejas mostraban mi compromiso con la integración, y mi chaquetón azul marino delataba el rojo flamante de mis ideales políticos. Sí. El uniforme era importante.

Ahora nuestro atuendo estaba íntimamente ligado a nuestros valores, incluso más que antes si cabe. Y antes de ser degradado, primero por los presentadores de programas televisivos, después por la vulnerable naturaleza de nuestra sociedad con su moda dictatorial, nuestro nuevo uniforme se convirtió en nuestro traje de liberación. Siempre apreciaré la belleza del austero uniforme gris de los chinos, utilizado tanto por hombres como por

mujeres. En los períodos de transición de la historia, se sacrifica felizmente la rimbombancia estética con el fin de despojar a la sexualidad de estereotipos y ostentaciones, y justamente de eso se encarga la atractiva uniformidad.

Habíamos dejado atrás la época en que embutíamos los pies como butifarras en nuestros zapatitos, en que calzábamos bailarinas de ballet en plena lluvia porque eran más elegantes que las botas, en que nos sentábamos con las piernas cruzadas, en que tirábamos de las minifaldas para ocultar las bragas. Ahora me sentía libre y esplendorosa dentro de mis holgados pantalones de peto y mi camiseta de algodón, sorprendida y también aliviada de no atraer nunca más las miradas de los hombres por la calle.

Tuve que librar mis batallas con James pero, antes de que llegaran nuestros hijos, la justicia que las feministas reivindicaban era obvia para él. Como hijo de padres negros, le habían inculcado la idea de que el exceso de debilidad podía ser letal. Siempre le atraieron las mujeres fuertes y supo captar la importancia de los matices de la política de liberación. Éramos camaradas; nuestra visión de futuro era andrógina. Fue entonces cuando me quedé embarazada.

Hacia el último mes de gestación tuve que dejar las reuniones y me alejé de mis amigas, perdiendo ese sentido de parentesco tan enriquecedor para mí. Mientras que otras mujeres se sentaban con las piernas muy separadas sin problema, volví a caer en la manía de cubrirme las piernas cada vez que alguien me miraba, pues mi barrigón no encajaba en el pantalón de peto. Pese a que detestaba las prendas premamá atiborradas de lazos y pajaritos acurrucados en sus nidos, cada mañana, impulsada por la necesidad de sentirme cómoda, acababa vistiéndome con esas antiguallas estampadas. Era julio, me empapaba el sudor, quería llevar las piernas al aire.

Yo era la única madre del grupo de mujeres. Al comienzo del embarazo, me molestaba mucho depender de James para cualquier cosa. Si el amor se agotaba, no nos resultaba fácil hacer cada uno su vida. Así que cada noche esperaba con impaciencia a que James entrara por la puerta, sabiendo que cuidaría de mi pequeño una noche más, amparada en una relativa seguridad.

Sin embargo, para las mujeres que nunca habían estado embarazadas, este sentido de dependencia era incomprensible. Mientras ellas hablaban de política y de sus trabajos, el miedo me paralizaba y se me atragantaban las

palabras. Quería gritar: a lo mejor no vuelvo a trabajar nunca más.

Por primera vez en la vida no podía expresar mis sentimientos. Me preguntaba si alguna vez pensaría en otra cosa que no fuera en mi hijo. Mis amigas me recomendaban las mochilas portabebés y me prometían cuidar del niño mientras yo trabajara; pero sospechaba que no iba a ser así. No entendía, ni tampoco me atrevía a explicarles, que no era el miedo a no ser capaz de volver a trabajar tanto como el deseo de no volver a trabajar nunca más.

Cuando mi madre salía a trabajar por las mañanas, la criada cuidaba de mí. Antes de que se fuera, yo me sentaba en el suelo y sacaba todo el contenido del bolso rojo que había llevado el día anterior a juego con el vestido negro y lo metía en la bolsa náutica que combinaba con su traje de marinera. Entonces, ella me dejaba escoger una flor, una bufanda o cualquier accesorio para que lo luciera con el abrigo. Mi madre era muy guapa, así lo afirmaban todos. Así la recordaba yo. También recordaba sus prendas de ropa. Me contaron que la enterraron con su mejor vestido, uno que lucía unos ribetes de terciopelo azul en el cuello y en las mangas, al que yo añadía una rosa cada mañana. Ese vestido ahora no era más que un montón de polvo. Y yo, que siempre confundí su desaparición definitiva con cada vez que me abandonaba envuelta en aquel abrigo de terciopelo azul, con cada vez que le pedía que no se marchara, juré que nunca dejaría a mi bebé al cuidado de un extraño.

Me estaba convirtiendo en la madre que yo misma había buscado durante veinte años. Mis antiguas ambiciones parecían ahora irrisorias. Dejé de acudir a las reuniones donde la única madre del grupo era yo.

Ahora, yendo y viniendo constantemente de la facultad de Derecho, mi deseo de volver al grupo de mujeres crecía de nuevo. Pensaba que tal vez podría apaciguar el dolor de ese nuevo ser dividido en dos que habitaba en mí. Seguía considerándome feminista, pero la maternidad me ocupaba la vida entera. En los últimos tiempos mantenía largas conversaciones con otras madres del complejo de estudiantes donde vivíamos. La mayoría provenía del Medio Oeste y nunca había hablado con un hombre negro ni una mujer judía. Les aterraba pedir a sus maridos que colaborasen en el cuidado de los hijos.

No podía comentarles los temas que me interesaban, incluso me avergonzaba decirles que estudiaba en la universidad por miedo a parecer pedante. Estas mujeres habían dejado de estudiar varios años antes para criar a sus hijos.

Pero eran madres. Hablábamos de los maravillosos pañales nuevos frente a los antiguos paños de tela, de cómo empezar con la alimentación sólida, de cómo calmar los cólicos, cómo espaciar la lactancia, cómo detectar los sentimientos ocultos en las inexplicables rabietas de Benjamin. Escuchaba atentamente sus consejos sabiendo perfectamente que yo nunca sería como ellas. Tal y como había aprendido de pequeña, ahora manejaba mi soledad deleitándome en ella, atrapándola con mis garras con la esperanza de que, si solo contaba con eso en la vida, al menos la dominaría amándola. Sentirme sola significaba, como mínimo, sentir algo. Dejé de ir al patio del complejo y me dediqué a pasear y a comprar en los colmados. Me sentaba y miraba a Benjamin. Dormía con la intensidad de los sepultados. Me escondí.

A un kilómetro de distancia de la calle, se hallaban Bobby Seale y Ericka Huggins<sup>5</sup> encarcelados en sus celdas.

Un día James llegó a casa con una octavilla que anunciaba una manifestación multitudinaria en New Haven Green exigiendo la liberación de Seale y Huggins.

Los periódicos advertían por todas partes que la violencia había aumentado gravemente. En el pueblo, los comerciantes empezaron a atrancar las ventanas. Los estudiantes de Yale se llevaron sus aparatos de música a casa por precaución. Todo el mundo temía grandes revueltas. Las familias de nuestra urbanización, aterrorizadas, enviaron a sus hijos con los abuelos mientras el abuelo de Benjamin, mi padre, planeaba venir a New Haven y participar en la manifestación. Hacía diez años que ya no ejercía de revolucionario a jornada completa, pero en esa época cogía trenes para Harlem dispuesto a participar en las rebeliones de los guetos o se desplazaba hasta Newark cada vez que se organizaban tumultos en la ciudad. Probablemente no se había perdido una sola manifestación ni de Boston ni de Filadelfia desde que empezaron los movimientos de protesta contra la guerra del Vietnam. Ahora estaba decidido a venir a New Haven.

Hasta el momento, nos habíamos topado con el racismo solo de manera casual, y en su peor forma, por indiscreción. En el hospital donde nació Benjamin, las enfermeras negras y algunas blancas nos trataron con una amargura contenida y fueron amables en lo posible. Pero la mayoría de las enfermeras blancas estaban asustadas; cuando cogían a Benjamin en los brazos, yo percibía el miedo latente en la expresión de sus rostros, el mismo que había detectado en otras caras blancas, en la ciudad, en las tiendas, en nuestra urbanización, en cuanto salía a relucir el nombre de Bobby Seale. Todos sabían que estaba preso y se sentían a salvo; pero, en cierto modo, ya había invadido su mundo, había hecho zozobrar de manera vacilante pero definitiva su seguridad. ¿Qué pasaría si se organizaba una manifestación?

Ante la presencia de Benjamin, una criatura tan minúscula cuyo nombre no cabía en su cuerpo y a quien todavía llamábamos «el bebé», la gente se sentía igualmente amenazada. Los negros eran aceptados por los demócratas de Nueva Inglaterra, en su propio mundo o cuando irrumpían alguna vez en el mundo de los blancos. Los blancos trabajaban con enfermeras negras, e incluso al servicio de médicos negros. *Negros*. Si bien no eran del todo comprendidos, al menos eran reconocidos. Pero aquí, de carne y hueso, irrefutablemente delante de sus ojos, sostenida por unos brazos sabios, acechaba sigilosamente esta criatura negra que encarna la pesadilla blanca de toda la historia americana, a veces fruto de un amor vital; otras, de un retorcido deseo, una criatura que amenaza los confines delimitados por nosotros mismos: el mulato.

Sin embargo, como todo recién nacido, Benjamin defecaba meconio negro, y las enfermeras, expertas en su oficio, dejaban a un lado su odio o su asombro, fuera lo que fuere aquello que tensaba su rostro cuando entraban en mi habitación y apaciguaban mi ansiedad, asegurándome que el niño no se estaba desangrando por dentro. Le cambiaban los pañales de tela mientras yo me quedaba sentada, temerosa del poder letal del imperdible que sujetaba aquellos paños. Cuando el bebé gritaba como una bestia y yo creía que se hallaba en el umbral de la muerte, ellas se reían y lo felicitaban por su capacidad pulmonar. Lo llamaban la «Panterita negra», clasificándolo sin

reparos en una categoría, susurrando a esa carita tostada de ojos azulados: «Eres negro». Entonces, me miraban de soslayo, y yo les sonreía condescendiente.

Al cabo de unos días, en el patio de nuestra urbanización, una mujer me sugirió que no tenía que proteger al niño del sol, pues era «negro». Otra vecina insistía con una seguridad prodigiosa en haber visto a James en el centro de la ciudad cuando yo sabía que había pasado el día entero estudiando. Pero claro, era un hombre negro y no le cabía en la cabeza que no fuera James. Un día me atracaron en el camino de entrada al patio y, mientras James corría en mi busca al oír mis gritos desde el salón, la Policía, que llegaba al complejo con la sirena encendida, estuvo a punto de arrestarlo.

El miedo a los negros era cerval, intenso, imperturbable. Las mujeres se aglomeraban para planear cómo protegerse de las hordas de hombres negros, convencidas de que treparían por nuestra colina como enjambres, dispuestos a violarnos y a raptarnos. Finalmente asignaron a sus maridos la función de guardas durante la semana de la manifestación.

La idea de asistir a la manifestación me tranquilizaba. Sería la primera vez desde el nacimiento de Benjamin que saldría de mi casa por una causa distinta a mis labores maternas o domésticas. Además, desde mi más tierna infancia, mi pasión por las manifestaciones nunca había remitido.

Mientras que muchos en la izquierda, desanimados por su derrota, empezaron a quedarse en casa y dejaron de participar en las marchas anuales por la paz de los años sesenta, cada primavera yo esperaba impaciente nuestro encuentro antes del amanecer en Union Square para subirnos al autobús hacia Washington. Había desfilado en varias ocasiones con mi padre y otros veteranos de la guerra civil española. Todos juntos nos reíamos de buen grado cuando los camaradas más longevos bromeaban sobre sus canas, azuzados por los nietos, sujetando con sus dedos enjutos los mástiles de unas banderas deshilachadas anunciando con orgullo a los Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln. Mientras las masas se aglutinaban entre gritos y aplausos formando colas por las curvas, nosotros vociferábamos rindiendo homenaje y respeto a un momento glorioso del pasado. Yo avanzaba felizmente protegida bajo la capa de identidad de mi padre.

Nuestra generación nunca envió una brigada de voluntarios a Vietnam del Norte. De haber sido así, estoy segura de que yo no hubiera ido. ¿Será que atravesamos una época distinta o es por falta de amor? ¿Será que, condenada inexorablemente a preguntarme si el futuro nos traerá compasión o masacre, ya no tengo nada por lo que morir? ¿O acaso es que la guerra, territorio de hombres, hizo que mi padre y yo finalmente nos separáramos, el hombre con quien siempre me identifiqué? Solo me quedó la certeza de que debía ser testigo de ello y de que, al menos, mis gritos podrían servir de algo.

Así que cuando Benjamin cumplió un mes, James y yo lo llevamos a su primera manifestación, y el rótulo de que Bobby y Ericka tenían que ser liberados quedó desde entonces adherido a su cochecito.

«Tal vez no debimos haberlo traído», le dije a James, recordando los vaticinios de violencia que inundaron los periódicos durante semanas. Las fuerzas gubernamentales estaban listas para la guerra en tanto que los organizadores de la manifestación insistían en que iba a ser pacífica. Mi padre silbaba discretamente y todos avanzábamos ante los *jeeps* y los camiones del ejército que abarrotaban las calles conforme nos acercábamos al masificado parque. Los soldados, solemnes y erguidos, formaban filas con los rifles prestos sobre los hombros. Estaba horrorizada. No sabía si correr o reír. Nunca había estado tan cerca de armas ni de hombres jóvenes que creyeran en la posibilidad real de utilizarlas.

En repetidas ocasiones durante el último año, mientras las verdades del movimiento feminista surcaban mi mente con sus firmes y sabias certezas, las cuales nunca más serían suavizadas con simples muestras de urbanidad, llegué a la conclusión de que este era realmente un mundo masculino.

«Nunca me ha asustado encontrarme con una mujer en un callejón oscuro», oí decir a Kate Millet en una conferencia y, entonces, me di cuenta de que, si no fuese por los hombres, yo recorrería el mundo sintiéndome libre, sin miedo a ser agredida violentamente.

Un año antes, al observar a esos jóvenes armados con la mirada fija desfilando ante nosotros, solo hubiera visto soldados; me habría sentido cerca de todos los que vinieron a New Haven, encendidos de pasión y con sus folletos en mano, para hacer frente a las armas. Y, sin duda, me habría unido enteramente a James, a mi padre y a mi hijo. Ahora, aunque desfilábamos



juntos, aun a sabiendas de que experimentábamos cosas parecidas, yo me sentía alejada. De alguna manera, extraña y sutil, ellos estaban más cerca de los soldados que yo. Formaban parte del juego. Yo era la esposa, la hija que quedaría atrás cuando partieran a la guerra, la que lloraría al ver sus cadáveres hechos añicos saltando por los aires. Tal vez un día tendrían que verse obligados a luchar encarnizadamente contra el enemigo en el campo de batalla, pero yo estaba al otro lado de la línea de combate. Ellos eran hombres y yo formaba parte del grupo de las mujeres y los niños. El mundo, con todo su horror y su prodigio, pertenecía más a mi pequeño, dormido en su cochecito, que a mí misma. No me gustaba, como así me constaba de otras mujeres, ver a las jovencitas alineadas frente a los chicos de verde militar que desviaban la mirada del objetivo de sus armas al comprobar que apuntaban a rostros humanos. Y, aun así, como una invitada en el planeta, me atenía a las leyes dictaminadas para mi sexo, deseando no cumplirlas, pero sintiendo que no había nada más deseable en un mundo salvaje habitado por hombres. Mi padre y James habían venido a desfilan por la paz. Pese a ello percibía una aceptación de la violencia que ellos mismos aborrecían, una especie de bienestar frente a su existencia. Me preguntaba si sería capaz de proteger a mi hijo de la fascinación que ejercía la realidad masculina.

Ahora nos hallábamos entre miles de personas, pero yo solo veía rostros femeninos entre la multitud. Los hombres habían perdido su individualidad y se mezclaban entre dos masas de color: el verde militar de los soldados y el azul tejano de los manifestantes. Determinada, miraba a James a la cara, deseando quedarme atrapada en sus ojos; solo veía su dulzura. Miraba fijamente los ojos azules de mi padre, recordando su rostro el día de mi graduación, o bien la noche que pasé en vela junto a él con sarampión tratando de no rascarme, o bien el día que le entregué a su nieto en los brazos por primera vez. Me incliné para besar a Benjamin en los ojos, ahora oscuros y protegidos por unas pestañas negras y pobladas, y después deslicé los labios para besar su finísima piel.

Cuando iniciaron los discursos me alejé unos metros de la multitud y me refugié en mí misma. James y yo ya nos habíamos peleado porque tenía que compartir la responsabilidad del cuidado de nuestro bebé. En ese momento entendí que aquello iba a ser mucho más complicado que redactar una simple

lista de tareas y no me extrañó que gritaran «LIBERTAD PARA BOBBY» al final de cada discurso sin oír ni una sola vez el nombre de Ericka Huggins, que también estaba presa.

Decidí comprometerme otra vez con el feminismo. Otras mujeres habían sido madres sin tener que sacrificar sus ambiciones e ideales políticos, ¿por qué no yo? Decidí volver a la siguiente reunión de liberación de la mujer en la facultad de Derecho, donde habría otras madres en la sala. De vuelta de la manifestación, esperando la sacudida nocturna de las armas, sentí mi primer respiro tras un largo período de soledad, ese alivio que alimenta el sentido de parentesco, por transitorio o falso que resultara. En algún punto de los márgenes de la revolución de los hombres se abría un espacio llamado movimiento feminista. Allí podría volver a serenarme y encontrar alguna manera de cambiar el mundo, allí podría evitar por un rato que mi amada soledad se transformara en aislamiento. A través del feminismo buscaba el activismo social. Tal vez seguiría cargando con mi niño a la espalda, pero mis hermanas me ayudarían a cuidarlo, y se disolvería la terrible duda que me atosigaba en mitad de la noche, saturada de lucidez, de si sacrificarme o contratar niñeras desconocidas. Llegaría a las reuniones henchida de orgullo, donde ya era conocida como una feminista local: al igual que mi padre en el pasado, yo sería una activista.

Durante varios días, antes de empezar la reunión, lidiaba con mis problemas personales con eficiencia y madurez. Era una buena madre. De manera episódica, leía y escribía en mi cuaderno. La máscara de «la mujer de James» empezaba a evaporarse.

Metía pañuelitos entre mi pecho y el sostén para que las gotas de leche no mojaran mi camisa. Aunque yo no era la única madre de la Asociación de Mujeres, me avergonzaba ese lado tan prosaico de la maternidad. Evidentemente, las mujeres de la facultad que sabían del nacimiento de mi hijo me esperaban para felicitarme. Había tardado más de cinco minutos en preparar una lista detallada de instrucciones para James: qué hacer si Benjamin se despertaba o se hacía pipí, si se atragantaba, dónde encontrarme si rechazaba el biberón, y pese a todo ello, cuando mi amiga tocó el claxon desde su coche y yo me volví hacia ella, contenta de saber que me libraría de

los llantos de Benjamin, fingí no tener hijos desde el instante en que cerré la puerta. En el minuto que tardé en bajar la escalera hasta el coche, la niña-mujer se apoderó de mí hasta quitarme el aliento.

Aquella noche fue distinta a las anteriores, sin aquel bulto entre los brazos, sin el cochecito rodando ante mí como dueño y señor, el más exigente y poderoso. Hasta las estrellas eran diferentes, pues ahora las miraba como solía hacer en el pasado, podía contemplarlas en lugar de desviar la mirada para comprobar si Benjamin dormía plácidamente. Me quedé de pie junto al coche, empapándome de la soledad, aspirándola hasta los pulmones, y así, durante un segundo inigualable desconecté de mi cuerpo, que no dejaba de recordarme mi nuevo estatus. Por un instante logré recuperar ese yo tan querido que todavía no había perdido por completo.

Me senté dentro del coche y de pronto noté un tirón en la cicatriz de la episiotomía, de modo que desplacé el trasero cuidadosamente para no ejercer más presión sobre mis hemorroides. El pecho, atestado de leche, me pesaba muchísimo y se me crispó la cara de dolor al inclinarme hacia mi amiga para que me felicitara con un beso. Respondí con parquedad a todas sus preguntas sobre la experiencia del parto, porque no era fácil salir repentinamente de la quietud de la oscuridad y del silencio aterciopelado que acababa de experimentar en soledad.

Quince minutos después, al entrar en la facultad, pensé en las estudiantes y en las esposas de los estudiantes que se conocerían esa noche. Me preguntaba cómo dos grupos de mujeres tan dispares podrían llegar a congeniar. Las estudiantes de Derecho eran, según la convención, las más competentes de su generación. La mayoría se habían formado en las universidades femeninas más prestigiosas del país, pertenecientes a la Ivy League. Habían resistido, hasta ahora, a la tentación del matrimonio, por no hablar de la maternidad. No solo se preparaban para ser abogadas, una profesión tradicionalmente «masculina», sino que habían sido aceptadas en la mejor escuela de leyes del país antes de que las mujeres empezaran a ejercer presión en los comités de admisión. Por consiguiente, en cuanto mujeres que habían superado individualmente el prejuicio nada baladí que reinaba en ese

mundo de formación profesional y universitaria, ellas, al igual que las nueve o diez mujeres negras que llegaron ese otoño, se contaban probablemente entre las más inteligentes y cualificadas de toda la clase.

Estas, las más ambiciosas, seguras de sí mismas y competentes, tendrían que ser unas mujeres muy diferentes a las que eran esposas, pensé, mientras avanzábamos en la penumbra por los pasillos entarimados. Las esposas eran mujeres que se habían enamorado muy pronto, y algunas ya tenían más de un hijo. Otras trabajaban contribuyendo a la formación universitaria de sus maridos. Un año antes, habían sido miembros de la Asociación de Esposas y, mientras fingían mostrar interés por las actividades, trataban de ir más allá de los temas literarios y del intercambio de recetas con el fin de llegar al corazón de las otras esposas, de desembarazarse por un rato del lastre de la mujer cocinera, de la mujer de la limpieza, de la mujer confesora, la secretaria, la amante, la madre o hija de sus maridos, y conversar con franqueza con otras mujeres. De hecho, la mayoría de esposas de estudiantes había decidido seguir en la todavía vigente Asociación de Esposas. Solo las más valientes, unas pocas, se unieron al grupo de liberación de la mujer no sin temor a enfrentarse a sus hermanas, las más jóvenes y más competentes que habían sido elegidas para integrar el nuevo movimiento feminista. Yo era una de esas mujeres esposas. Pero no me sentía tan vinculada a ellas como a las estudiantes. Una vez más, pensé con ironía, bien por comodidad o por temperamento, me sentía como una nadadora que, en medio del mar, a la misma distancia de la barca que de la orilla, intenta avanzar a trompicones después de sufrir un calambre. Finalmente, me senté en el sofá donde se agrupaban todas las esposas.

Alguna sugirió que empezáramos la sesión. Las estudiantes se inclinaron ligeramente hacia adelante, y las esposas se recostaron hacia atrás; ahora, desde su clara y cómoda posición de superioridad, les tocaba a las estudiantes insistir en que todas éramos hermanas.

Algunas se tumbaron plácidamente sobre el entarimado cubierto por una alfombra oriental. Una estudiante se apoltronó en un gran asiento de cuero rojo sin siquiera descalzarse. Otra mujer posó los pies a sus anchas sobre una mesa baja que costaba, no pude evitar calcularlo, por lo menos cien dólares. En cambio, yo, muy tensa, me senté en un lujoso diván como si su

almohadón fuera a catapultarme de un cañonazo hasta la clase alta. De paso, ponía a salvo mis hemorroides. Doblé los brazos torpemente sobre mi pecho, que rebosaba leche y humedecía mi camisa, la misma que una hora antes me había hecho sentir delgada y atractiva, cual jovencita sin hijos.

Tan liberada como un león enjaulado, solo me tranquilizaba pensar que lo que me diferenciaba de las otras mujeres frente a las estudiantes era estar casada con un hombre negro. Por lo visto, encerrada entre aquellas paredes combadas por el peso de la historia y atiborradas de retratos de tonos oscuros de algún ilustre miembro del jurado, yo era, incluso a mis propios ojos, la «esposa de Jim». ¡Cuánto me reconfortaba la idea, qué afortunada era de que su negritud me salvara del impulso venenoso que, de otro modo, me habría inoculado el mediocre convencionalismo de la clase media! Y qué alivio pensar en la condición racial de mi hijo, que confería un toque exótico, si bien falso, a la experiencia de la maternidad, práctica que a lo largo de la historia ha sido considerada del todo banal, por la respuesta puramente mecánica, instintiva y biológica que lleva implícita.

Yo sabía que, para las mujeres inteligentes y autónomas que tenía enfrente, lo único interesante era el acto de dar a luz. Pero cuando el momento dramático de la creación concluía, la maternidad las remitía de nuevo al color grisáceo de los pañales o al mantel a cuadros rojos y blancos; imaginaban a las amas de casa con atuendos antiestéticos, su caos doméstico, sus carreras interrumpidas, su actividad sexual mermada, arrojando su desgracia en una especie de amor ciego, sentimental e irritante. Imaginaban unas vidas muy aburridas, convencionales. Exactamente igual que yo.

Envidiaba sus maletines de cuero tirados de cualquier manera por el suelo, su cabello desaliñado que desde la mañana no habían vuelto a cepillar por andar siempre ocupadas en asuntos cruciales, su natural indiferencia al contemplar ese entorno sumamente caro, una indiferencia que solo podía provenir de años y años de familiaridad con él. Y envidiaba la desenvoltura que cada una de ellas desplegaba hacia sí misma. Eran mujeres jóvenes, estudiantes que acababan de graduarse en escuelas de élite y que ahora eran alumnas de una facultad de Derecho puntera. Mi deseo no era tanto pertenecer a esa aristocracia intelectual, por mucho que me sedujera la idea, como poseer esa seguridad que tenían en sí mismas, al menos aparentemente,

que se traducía en un «S  . Sí qu  n soy. No necesito ahondar en mi alma cada noche y preguntarle al mundo en qué me he convertido. No necesito mirar mis apuntes de Derecho como mir  is a vuestros hijos, ni sentir el vértigo de no saber qué nos deparará el mañana. Si voy acompañada de hombres famosos o si alzo el brazo para pedir turno en clase, no temo que detecten la incompetencia en el brillo de mis ojos, pues son como esas velas trucadas que no se extinguen por muy fuerte que soples con tu ira; siempre volverán a encenderse. Cualquiera que sea mi ineptitud ahora s   cómo ocultarla, enmascararla, con gran eficiencia y eficacia, respaldada por mi lista de logros académicos reflejados en mi expediente, archivados en una oficina, y que cualquiera puede consultar. De modo que si vosotras, mujeres esposas, cre  is que sois más guapas y más femeninas, y os sent  is más realizadas que nosotras, tal vez sea cierto. Pero nosotras somos las camaradas de los hombres. Somos sus iguales. Somos las fuertes, las atrevidas, las dinámicas. Vosotras sois madres y esposas».

Estos fueron los pensamientos de mis hermanas que asaltaron mi mente cuando contemplaba a aquellas mujeres con sus elegantes figuras repantingadas sobre la alfombra. Porque ellas representaban para mí lo que siempre había soñado.

  Era imaginación mía o acaso las otras esposas compartían conmigo las mismas aversiones, los mismos miedos?   Acaso no iban impecablemente peinadas y maquilladas, lo que indicaba, y era cierto, que pasaron la noche preparándose para la reunión, tomaron su baño, escogieron su atuendo y esperaron ansiosas el momento de salir y dejar a sus maridos e hijos en casa? Mientras que las estudiantes, a juzgar por sus prendas desali  nadas y su aspecto cansado, habían llegado corriendo a la reunión directamente desde otra cita tras un día agotador. Probablemente la mayoría de ellas no había ni comido. Después de la reunión, yo volvería a casa cansada, con ganas de meterme en la cama para que la lactancia de las dos de la madrugada no me pillara en pleno sueño, mientras que ellas saldrían a cenar o a tomar una copa y, después, volverían a casa seguramente para acostarse con hombres que nunca habían tocado sus cuerpos, hombres cuyas lenguas ansiaban la humedad de sus sexos palpitantes, mientras que yo no había disfrutado de un solo momento de excitación sexual desde el nacimiento de mi hijo.

Durante aquellas semanas de indiferencia sexual, cuando de pronto dejé de estar embarazada, de una manera extraña y escalofriante algo en mi interior hizo que la imagen que tenía de mí se transformara, la imagen que según decían yo proyectaba sobre los demás. Yo era una «Madre Tierra», me repetían, rebosaba receptividad, algo que, hasta cierto punto, debía de ser verdad. Pero había otra cosa incluso más verdadera, algo relacionado con una parte de mí misma que me causaba una impotencia tremenda por haberlo ocultado, pese a mis intentos conscientes de expresarlo. Permanecía escondido porque estaba asustada, me asustaba su fuerza. Igual que los colores fuertes que al mezclarse con litros de pintura blanca alteran su blancura en un instante, con una simple gota. Al añadir más de una gota, la mezcla se estropea, y ya no surge ese rosa pastel, beige o azul lavanda ideal que has previsto para decorar tu habitación, sino un rojo o morado oscuro, muy chillón; demasiado dramático.

El embarazo y el parto habían sacado esa fuerza a la luz y ahora nunca más podría volver a negarla. Ahí estaba: había creado una criatura. La intensidad emocional que sentí durante el embarazo y que en condiciones normales se consideraba excesiva, ahora me estaba permitida. De golpe tenía derecho a exagerar. De súbito mi tendencia al control se resquebrajó y afloraron otras partes de mí, extrañas y nuevas para los demás.

Después del nacimiento de Benjamin siempre intentaba ocultar mi fatiga, mis dolores y mi creciente locura, guisando o pasando el aspirador, tratando de abandonarme a las tareas cotidianas. Tendía a minimizar mi experiencia, me negaba a respetarla. En esas ocasiones me refugiaba en la cama, regalándome tres horas seguidas de sueño, repletas de imágenes y fantasías, un encuentro demasiado íntimo con las profundidades de mi ser. Deambulando durante aquellos días solitarios y de aparente inactividad, en realidad me dedicaba a convocar y a aceptar la gran verdad que había tratado de negar.

¿Sería capaz de compartir con las otras madres del grupo de mujeres esa verdad que finalmente había comprendido? Me lo preguntaba mientras escrutaba sus rostros, buscando alguno cuya mirada o personalidad me brindase la posibilidad de crear un vínculo. ¿Podría alguna estudiante entender mi transformación, mi reciente descubrimiento?

Era el dolor, el dolor insoportable y agonizante de la última fase de parto lo que trataba de capturar cada vez que cerraba los ojos, me moría por rescatarlo. Y no por un simple o perverso deseo de sufrir, sino por su magnitud, la magnitud era lo que realmente me atraía; había creado una criatura. Vivía presa del misterio inasequible de ese acto, concretado de una manera brutal en quince segundos. Estaba obsesionada por el momento atroz del nacimiento, incivilizado, poderoso, enmarcado como un Van Gogh en una sala de partos esterilizada, blanca y verde salpicada de los rostros abatidos de las enfermeras y médicos que solo pensaban en irse a dormir. Vivía paralizada por la fascinación y el amor que me transmitía mi propio poderío, y era incapaz de reaccionar sexualmente. Solo sentía amistad por James. Despertó en mí un nuevo sentimiento de cercanía. Pero mi instinto sexual no se volcaba en los labios de Benjamin, esa no era la cuestión. Era solo el símbolo. El recuerdo vivo del momento original de nuestra unión y separación. Mi sexualidad, que goteaba sangre y abrazaba algo muy distinto al deseo, se arremolinaba sobre mí misma como una espiral enloquecida, inalcanzable.

La reunión seguía su curso a mi alrededor, pero yo no participaba, no podía hablar de esas emociones tan intensas con unas mujeres a quienes apenas conocía. Pasó bastante tiempo hasta que caí en la cuenta de que la reunión se estaba acabando y que me había enterado de muy poca cosa. Invadida por la culpa y convencida de que interpretarían mi reticencia como indiferencia, lo que sin duda era cierto, dije unas palabras hacia el final y, como ese papel que tratas de encolar en un *collage* pero al que le falta pegamento, intenté transmitirles lo que había aprendido y lo que me habían revelado las tardes apasionadas de las reuniones con mi primer grupo. Era mentira. Las estudiantes vivían en un mundo que distaba cientos de kilómetros del mío. Las otras madres habían atravesado la misma crisis que vivía yo ahora, y si su experiencia había sido tan demoledora como la mía, callaban.

Una mañana, una madre del grupo me llamó a casa. Benjamin llevaba cinco noches durmiendo muy poco. Cada tarde, nada más sentarnos a la mesa con James, Benjamin empezaba uno de sus episodios de «llanto irritante», aullando agónicamente durante tres horas. Nos turnábamos para pasearlo por



la habitación, acunándolo, cantándole, pero apenas funcionaba. Después de tres horas de desdicha, el niño, exhausto, se dormía un rato. Esos días interminables, mientras James estudiaba en la universidad, no hacía otra cosa que mecer a Benjamin de un lado al otro tratando de apaciguar su dolor.

—¿No es ser madre lo más maravilloso que has hecho nunca? —me preguntó esa mujer al teléfono aquella mañana.

—Pues no —respondí, conteniendo las lágrimas—. De hecho, me siento triste y agotada —dije tapándome la boca con la mano para detenerme antes de que fuera demasiado tarde.

—No digas eso —dijo la mujer prudentemente.

Y no dije nada más: así dejé de reunirme con el grupo. Me había convencido de que era la única madre del mundo que sentía odio hacia un niño al que amaba con una intensidad enorme, una madre que se arrepentía una y otra vez de lo que había hecho, y quien, finalmente, entendió a aquellas mujeres que había conocido en los servicios sociales, esas mujeres que habían quemado los brazos de sus hijos, que los habían abofeteado, incluso matado. Pero decidí que nunca se me ocurriría soltar una sola palabra que delatara esa crueldad. Oculté mis auténticos sentimientos para evitar las terribles miradas que decían: «Ni soy como tú, ni lo he sido jamás».

En esta época del año la madrugada llega pronto, hacia las cinco, y ya es hora de darle el pecho. En su dormitorio huele a caca lechosa y amarilla. Voy a cambiarle el pañal y beso su carita mientras se despierta, suave como ninguna. Acurrucado entre mi pecho y mi regazo se tranquiliza, pero si lo coloco sobre el plástico frío del cambiador para limpiarlo, llora enfurecido y su rostro se torna azul de rabia y desesperación, y, horrorizada por la idea de que se ahogue en su propio llanto, me apresuro para terminar cuanto antes; entonces, mi espalda se resiente de dolor, un dolor que me acompaña hoy como antaño. Un dolor que contiene una rabia inexpresable. Un dolor que me desesperaba cuando me peleaba con mi padre y que ahora vuelve desde que convivo con mi hijo. Seco y aseado, mordisquea mi cuello y busca, busca esa parte de mí que conoce tan bien, hasta que finalmente ya sentada, descanso la cabeza en el respaldo y experimento sus chupetones.

Todo esto incluso antes de mi taza de café.

A diferencia de los bebés que figuran en el libro de los doctores Spock y Gesell, Benjamin no se duerme después de comer, sino que a veces sigue despierto e inquieto hasta las diez. James se levanta a las ocho y se marcha hacia las nueve. Diez, once, doce, una, dos, tres, cuento las horas. No vuelve hasta pasadas seis horas. Baño a Benjamin para que se relaje. Se hunde en el agua de la bañera como hacía antes dentro de mi vientre. El agua está caliente. Acaricio su cuerpecito, es increíblemente maravilloso. Lo enjabono y lo aclaro amorosamente con agua una y otra vez. Ahora ya seco y tranquilo, permanecerá callado en su cochecito junto a la ventana tal vez unos veinte minutos mientras me tomo el café.

En la radio suena «Smile a Little Smile for Me», me levanto y atravieso la habitación para cogerlo de nuevo y bailar al ritmo con él; la siguiente es mi preferida, «Get Together», porque me recuerda a las canciones de protesta de mi infancia. Paso delante del espejo y veo que Benjamin todavía no ha cerrado los ojos; pongo las canciones yidis que solía cantar mi padre. No me

sé la letra pero sí la música; canto *s'nakht in droysn*, y repito *nit keyn mame* varias veces, las palabras que él tarareaba maravillosamente en forma de lamento, sentado a los pies de nuestra cama durante horas, de noche, cuando ella murió. Por enésima vez desde el nacimiento de Benjamin, lloro por ella y, ahora, ya desahogadas mis penas, lo acuesto. Lo dejo suavemente en su cochecito, casi a cámara lenta, y me voy de puntillas hacia la otra habitación.

Para entonces ya es mediodía y, a menudo, incluso más tarde. Pero lo amo tanto cuando duerme, por su energía y por su dificultad para adaptarse a la vida, por su sufrimiento, rasgos que también me caracterizan a mí. Miro sus ojos y me veo a mí y a mi madre, y lo siento como mi prolongación.

Los libros de cuidado infantil dicen que no es bueno identificarse demasiado con tu bebé. Incluso he leído en uno de los libros de Bettelheim<sup>6</sup> el caso de una madre que deja de comunicarse con su niño condenándolo al autismo, porque inconscientemente cree que su hijo es ella misma. Aterrada, me juro a mí misma dejar de mirar a mi hijo de esa manera.

De noche, cuando James regresa, me enfado con mi bebé. Porque quiero a James solo para mí, como Benjamin. Y Benjamin, como mi hermana menor, siempre gana. Lo maldigo y siento que lo he perdido todo, porque James es todo para mí. Grito a Benjamin a la cara porque no deja de llorar, y lo coloco de mala manera en su cuna. Luego lo arranco de nuevo de la cuna y lo cojo entre mis brazos, protegiéndolo de esta madre insensata que, tras su paradójica lucha encarnizada para no perder el juicio, teme volverlo loco. Sin embargo, si interpreto bien a los expertos, esta no es una conducta deleznable.

Poco antes de que James consiga dormir a Benjamin meciéndolo en su cuna y me supere en esta práctica, logro convencerlo de que soy tan inexperta como él en lo que a bebés se refiere, y de que no dispongo de la varita mágica de la maternidad o, al menos, todavía no se me ha aparecido. De modo que, cada noche, para mí es una condena ver a James cogiendo al niño, desde el fondo de la habitación, como hacía mi padre cuando yo no estaba, y me siento incompetente. Con este niño he vuelto a vivir esos momentos de soledad en que creía haber aprendido a entender, a perdonar, a olvidar. En su lugar, lloro de rabia y grito a un padre veleidoso que ahora se ha encarnado peligrosamente en James. Estaré eternamente agradecida de poder amamantar

a mi hijo, porque si no fuera por ello, ¿qué podría ofrecerle yo? Las espaldas de James son más anchas; su corazón, más templado, y él sabe cómo calmarlo más rápido, a no ser que yo me empeñe. James es bueno y cariñoso, como su madre. Mi hijo los necesita a ellos, no a mí. En el momento que alcanzo este punto en el transcurso de mis pensamientos, ella, mi propia madre muerta, terriblemente inalcanzable, irrumpe en mi mente, recordándome que me ha abandonado para siempre. Yo también me sacrificaré; y decido que dejaré a mi bebé en manos más competentes que las mías. Demostraré mi feminismo, ¿quién dijo que la madre es la mejor cuidadora del niño? Me libraré de los dolores de espalda, del cansancio y del zumbido en los oídos. Así recompensaré a James y a Benjamin por no quererme.

Una noche empiezo a hacer las maletas y les digo a gritos que me voy para demostrarles mi amor. Golpeo una y otra vez sobre la coraza bajo la que James se protege en estos momentos y le odio por su rostro tranquilo y su alma blindada. James tiene razón cuando me dice que estoy enfadada y que Benjamin me necesita. Como siempre, cuando yo grito él se calla. Me empeño una y otra vez en buscar palabras hirientes, en hacerle perder el juicio, algo que no pierde nunca porque es un hombre firme y confiado, y me olvido de cuánto los quiero.

En el momento en que cierro la maleta, James empieza a llorar y sigue llorando durante varias horas. Atónita, tomo distancia y comprendo que me quiere. Mientras lo abrazo y lo acaricio, ahora más serena y prudente, entiendo que no debo marcharme, que debería quedarme con mi hijo; mientras lloro por el daño que me inflijo exigiéndole aplomo y seguridad en un acto puramente egoísta, sonrío para mis adentros. He ganado. Tal vez era esta toda la cuestión. Pero esa noche descubro que James es un hombre dulce y vulnerable.

Sabía que lo mejor era que alguien cuidara de Benjamin, pero no encontraba una canguro ni la había buscado por miedo a dar con ella. Solo podía dejar a Benjamin con James. Por eso iba a la biblioteca una vez por semana. Ese día no estudiaba. Subía a la galería de la biblioteca de Teología y me sentaba a mirar los árboles frente a una mesita de madera junto a una ventana oval. Los tonos naranjas y rojos iban cobrando un color tostado,

extendiéndose densamente ante mis ojos con una exuberancia jamás antes imaginada. Poco a poco, los árboles se fueron despojando de sus hojas. Cada semana regresaba a mi rincón a contemplarlos. Escuchaba el silencio. Sentía los contornos de mi cuerpo y podía reconocer sus límites. A veces, cerraba los ojos y fantaseaba con antiguas aventuras y orgías sexuales, y me corría mientras los curas estudiaban la historia de la religión protestante.

Escribí paso a paso mi experiencia con Benjamin con la esperanza de que, si me esforzaba, podría llegar a entender algo. Intenté enterrar a mi madre en su tumba, como había hecho otras veces, tratando de ver a Benjamin como una persona nueva, valiosa y así aliviarlo del peso excesivo de mi compleja historia. «Al fin y al cabo —me decía para consolarme—, también es hijo de su padre.»

Dejé de leer sobre mitología, que era lo que se suponía que debía hacer. Sin embargo, aprobé los cursos de Literatura. La costumbre de estudiar y redactar artículos empezaba a diluirse de una manera lejana y borrosa como la escritura de mi novela, pues ambas andaban atascadas en una especie de masa de cemento fresco en algún sueño remoto. Me metí de lleno en el papel de la madre cuidadora para canalizar la inmensa pasión que crecía dentro de mí, desbancando a mi yo de antaño. Supe que nunca más me pertenecería solo a mí.

Me sentaba una vez a la semana a ver los árboles, dedicándome a asuntos irrelevantes del pasado. Ahora era madre.

Una mañana tiré mis libros por toda la casa y los destruí, los despedacé. Después lancé los libros de James al suelo porque lo detestaba, lo detestaba por seguir inmerso en su trabajo, por haberse convertido en un padre sin haber pasado por un embarazo y un parto, por coger al bebé con torpeza o por olvidarse cada mañana de echar los pañales sucios a la basura, por concertar una cita sabiendo perfectamente que yo iba a la biblioteca, por insinuarme que me pusiera a estudiar cuando de noche me tumbaba soñolienta frente al televisor, por ofrecerse a acompañarme en coche a la universidad para dar de mamar a Benjamin antes y después de clase, por no estar fascinado conmigo hoy como madre como lo había estado antes como escritora o estudiante, por estar cansado de estudiar y tener que alimentar al

niño a las dos de la madrugada, por no querer a Benjamin tanto como yo y por haberse convertido en padre y seguir siendo, a los ojos del mundo y a los suyos propios, una persona.

Enseguida supe que no era niebla lo que velaba la estación aquella mañana temprano mientras esperaba el tren de las ocho y cinco, camino de Nueva York, sino el sentimiento de culpa. No sentía ni dolor ni alegría, era más bien una especie de aceptación, la misma que aparece el día después de la muerte de un ser querido, la primera fase de excitación de un duelo, cuando al fin te dices: «Sí, ha muerto. Tengo que cambiar mi manera de vivir».

Dos días a la semana comencé a tomar unas clases en Nueva York. Cada semana, durante dos días y una noche, estaba separada de Benjamin. Me sentaba bien estar sola, me ilusionaba y a la vez me asustaba la emoción de volver a mi propia vida. Pero, en lo más hondo de mí, algo se despertó la tarde que regresé a los brazos de mi hijo: yo había cambiado para siempre.

Me volví para despedir a James con la mano mientras él sostenía a Benjamin en los brazos. Con el biberón sería suficiente, pues yo estaría demasiado lejos para volver; una niñera se ocuparía de alimentarlo, de cambiarlo, tal vez de besarlo. Y, sin otro deseo que el de volver corriendo y apretarlo contra mi pecho, subí al tren.

## Segunda parte

### MADRES Y PADRES

Mira, nosotros no amamos como las flores,  
siguiendo tan solo  
el ciclo del año. A nosotros, cuando amamos,  
nos sube por los brazos  
una savia inmemorial. Oh, muchacha,  
*esto*: que amemos *en* nosotros no a Uno, un ser  
que ha de venir,  
sino la innumerable germinación; no a una  
criatura sola,  
sino a los padres, que, como escombros de montañas,  
reposan en nuestro fondo; sino el cauce seco  
de las madres antiguas; sino todo el paisaje silencioso  
bajo un destino claro o sombrío:  
*esto*, muchacha, se te anticipó.  
Rainer Maria Rilke, «Elegía Tercera» de *Elegías de Duino*

Traducción de Jenaro Talens, Ediciones Hiperión



Son las nueve de la mañana. La nieve reluce sobre el paisaje montañoso y me siento en un banco. Estoy sola. No se oye nada. Benjamin, acostado en su cochecito y envuelto en varias mantas de colores, aprieta los párpados deslumbrado por el brillo de la nieve. El aire lacerante amortigua su intensidad; pronto caerá dormido. Las familias que se ocultan tras los enormes ventanales de los edificios del complejo están en silencio.

Ahora vislumbro unas luces detrás de las cortinas. Los maridos salen, uno a uno, asomando solo dos ojos enmarcados por un gorro y una bufanda, envueltos en unos abrigos que no les abandonarán en todo día; dos ojos muy abiertos, luminosos y llenos de esperanza. Algunos me saludan mientras bajan las escaleras con aire cansado de camino a las magníficas torres góticas que se divisan a lo lejos. Las mujeres y los niños se quedarán en sus casas durante una hora y media. A las diez y media, saldrán de sus rediles; los niños jugarán un rato en la nieve; en el patio resonarán gritos de peleas y alaridos de júbilo propios de los pequeños; las madres echarán de vez en cuando un vistazo desde la ventana para comprobar que todo está en orden o tal vez saldrán a refrescarse. Nos estremeceremos de frío al saludarnos y comentaremos algo acerca del tiempo o del bebé, pero sobre nuestros maridos no diremos absolutamente nada, ellos, que hasta que caiga la noche, no regresarán a casa para ayudar con los niños empapados, helados o malhumorados; y de nosotras, hablaremos menos todavía. Para los hijos, para los hombres ausentes y para nosotras mismas, solo somos madres. Soy la madre de Benjamin y, en unos minutos, voy a dar los buenos días a la mamá de Matthew. Sentada, contemplo los ventanales deseando que no salga nadie, convencida de que Benjamin y yo soportaremos el frío y las sensaciones ásperas, que se empeñan en surgir a flote cuando estoy en entornos apacibles, durante un rato más. Sin embargo, la sensación de independencia tan inspiradora y agradable que me invade, aquí, en la nieve, se transforma en una soledad terrible en el momento en que entro en mi piso. Cuando el frío

me vence y ya no puedo seguir inmóvil sentada en el banco, me levanto y paseo, como el recluso que sale a hacer ejercicio en las horas asignadas y da vueltas en círculo por el patio.

Todos los pisos son iguales y dan a un patio central circular. Para poder vivir en este complejo tienes que estar casada con un estudiante y tener hijos. Es obvio que el famoso arquitecto que los diseñó nunca vivió aquí con sus hijos. Está lleno de rincones por los que los niños pueden desaparecer corriendo en cualquier momento, y de cornisas peligrosas y pronunciadas por las que pueden trepar. Para salir del complejo estás obligado a bajar unas escaleras larguísimas o a subir una colina empinada; por lo tanto, arrastrar un cochecito desde aquí hasta la calle solo es posible a base de un enorme y vertiginoso esfuerzo. Muchos cargan a los bebés en sus mochilas, pero mi espalda es frágil y, al cabo de unas manzanas, empiezo a sentir un dolor agudo en la cintura, de modo que cada día franqueo los muros de esta prisión con el cochecito a cuestas. Sospecho que las chicas esbeltas y recias del Medio Oeste, de complexión atlética y preparadas para afrontar la adversidad, piensan que soy físicamente débil, como esas neoyorquinas un poco esnobs, descripción que encaja exactamente con mi actitud insolente.

Las paredes de los apartamentos son delgadas y, aunque tu hijo sea tranquilo, se oye el llanto de otros niños. También se oyen las peleas de los matrimonios. No es que me ocurra a menudo, pero los vecinos de arriba, gracias a Dios, gritan cada noche, así que me siento mejor si soy yo la que grito. Los dormitorios lindan entre ellos y se oye a las parejas tener relaciones sexuales a no ser que se contengan, aunque nosotros tampoco las oímos en exceso. James, que nació en una urbanización parecida y conoce las normas, me pide que me calle cuando hacemos el amor, y yo grito lo más fuerte que puedo porque me importa un comino que me oigan; entonces arrimo la boca a la pared y les anuncio que estamos follando. En parte, lo hago porque me divierte ver cómo James suelta un «oh, Señor» mientras se tapa la cabeza con las mantas, muerto de vergüenza, y por otro lado, porque como estos días suelo gritar mucho por cualquier cosa, excepto cuando estoy en Nueva York, corro el enorme riesgo de perder la fe en mi existencia. Pero, una mañana que salí al patio, no me cupo la menor duda de que esas extrañas miradas conocían al dedillo mis pasiones y mis furias y, en general, todas esas cosas

que antes, en el maravilloso anonimato de mi piso en Nueva York, constituían mi «vida privada»; decidí, pues, bajar la voz y dejarme llevar por la gran sabiduría de James sobre la vida en pequeñas comunidades. Aprendí a hundir la cara en la almohada durante el orgasmo y a morderla en lugar de gemir como una fiera, práctica que resultó más fácil de lo que creía. Cuando me peleo con James, me cuesta horrores bajar el tono y durante el día siempre me pregunto, hablando con otras mujeres, si habrán oído todo, qué es lo que sabrán de mí y si detrás de sus sonrisas corteses se esconde un gesto de superioridad.

Salvo algunas madres que trabajan en la universidad, la mayoría vestimos pantalones desgarrados y camisas viejas. No me olvido de lo guapa y elegante que me sentía en la época en que trabajaba en Nueva York y ahora añoro aquella sexualidad majestuosa y perdida. Un caluroso otoño, cuando Benjamin era un recién nacido, no me quité la bata de estar por casa durante meses.

«¿Para qué vestirme —pensaba con desazón—, si cada tres horas tengo que cambiarme y darle de mamar? ¿Para qué peinarme si me impregnaré la melena de babas en un segundo; si los churretes de caquita acuosa, húmeda y pestilente resbalarán por la tela de mi camisa; si mis hombros lucirán las manchas blancas de sus triunfantes eructos como esos galones dorados y esplendorosos de los militares?»

Y creyendo que castigaba a James y a mí misma con ese acto de abnegación indigno, paseándome con una bata sucia durante días y días, me sorprendí al descubrir que muchas jóvenes hacían lo mismo, no solo en casa sino fuera, en el patio, sin dramatismo aparente, como si fuera algo natural en las mujeres jóvenes y atractivas. Su desatavío me hizo correr al armario y encajarme unos vaqueros limpios y un pulóver ceñido.

Unos años después, entendí que en aquella época desaliñada se respiraba una especie de libertad basada en una comprensión profunda y realista de lo que implica criar a niños pequeños. Tanto los padres como las madres, al convivir rodeados de niños, andábamos abatidos por el mismo cansancio y, al compartir la experiencia, sabíamos que ese descuido no respondía a una falta de interés por la sexualidad, ni siquiera por la estética, sino a la voluntad de vestirse con la ropa más práctica para ponerse manos a la obra. Al margen de

la ropa sucia y de las melenas enmarañadas, veíamos los cuerpos desnudos, llanos, todavía vigorosos, bajo el velo de la paternidad. Solo algunos que no eran padres creían que habíamos perdido el respeto a la sensualidad. Pero considerábamos su todavía constante preocupación por la ropa, obsesiva y competitiva, como una señal de cerrazón espiritual mientras que nosotros, por lo menos, ya habíamos sacado un pie de aquel materialismo tiránico.

Sin embargo, en los primeros años de Benjamin, al ver a otras mujeres vestidas con sus pantalones demodés y las camisas viejas y arrugadas de sus maridos, me cegaba el recuerdo de los trajes de terciopelo azul, de las zapatillas ribeteadas de plata con floripondios. Entonces, rebotando como una pelota de goma en plena tormenta de imágenes entre los dos tipos de madres, me precipitaba a buscar un cinturón de lentejuelas para mis tejanos o bajaba a la tienda a comprar un jersey nuevo y elegante; porque, a veces, bajo las holgadas prendas que vestíamos todas, se ocultaban nuestros michelines de tantas noches sin sexo y de días en que solo nos complacían los dulces y los pasteles; y las arrugas prematuras que surcaban los rostros de las mujeres eran signos de una rabia profunda que, aunque dirigida a los hombres, se volcaba injustamente sobre los niños y, en consecuencia, como una espada que produce hendiduras sangrantes, revertía contra ellas mismas.

Tal y como esperaba, las mujeres y los niños abrieron sus puertas a las diez y media y, como esos muñecos de las cajas de sorpresas, se abalanzaron hacia mí. Una mujer se acercó para hablarme. Nos conocíamos un poco, pues habíamos dado a luz con escasos días de diferencia, e intercambiamos algunas palabras: «Qué tal el tuyo, oh, cómo está tu niño, ha dormido bien? Sí, oh, sí », decía ella y, «No, todavía no», contestaba yo sin más remedio; y luego, «¿Llora mucho? No, parece un bebé muy contento», decía ella altanera; y después «Llora mucho, seguramente no está satisfecho», decía yo casi susurrando, temiendo ser descubierta por la Inquisición y tildada de bruja o por los servicios sociales cuando estos detectaran en su espaldita las marcas rojas de los latigazos y me lo arrebataran de las manos para llevárselo a una casa de acogida.

Estaba convencida de que ella sabía, o debería saber, pues los signos eran palpables, que yo era una madre incapaz.

«¿Por qué? —me preguntaba constantemente—. ¿Por qué mi bebé no está contento?» Mis amigos, los que me querían, me decían que mi bebé era muy listo, curioso y tantas otras cosas positivas, y que por eso se rebelaba con ahínco contra la frustración. Yo tenía una cosa muy clara: mi amor por él era suficiente. Demasiado. Ah, tal vez ése fuera el problema.

«¿Me estaba mintiendo? —me decía pensando en la mujer blanca de tez rosada del Medio Oeste, joven e inocente, madre de un bebé tranquilo y bueno—. ¿Será su bebé tan malo como el mío? ¿Llora por las noches y pide pecho cada hora en lugar de cada cuatro o se estriñe durante dos o tres días? ¿O es realmente como su madre pretende?» Yo clavaba la mirada en sus ojos durante tanto rato que llegaba a incomodarla y esperaba agazapada a que una arruga de su rostro o una mueca de su boca denotaran un signo de hipocresía. Pero ella permanecía aparentemente en paz, serena, impenetrable. Una noche me acerqué a su ventana a ver si se oían gritos. Nada. Empecé a odiarla, a ella y a su bebé.

Aquella mañana en la nieve que se me acercó sonriendo, me sentí libre, al menos, para decir la verdad, despreciándola como hice sin importarme la impresión que obtuvo de mí. Ahí estábamos, mi bebé y yo, sentados muy dignos en el extrarradio de lo supuestamente oficial, ordinario y convencional; en el libro del Dr. Spock no hablaban de *nosotras*, solo en los manuales de psicopatología. Habiendo aceptado la patología, ya no recordaba lo bien que se estaba aquí y cómo la libertad sustituía al sol cegador de todos los días y llenaba el cielo con su fulgor original.

—¿Cómo va el tuyo, duerme de noche? ¿No son maravillosos los niños? —dijo para empezar.

—No —respondí yo parca y tajante—. No, no duerme seguido. No, no son maravillosos, y me arrepiento de haber tenido un hijo. —La manera en que me miró me obligó a retractarme, temerosa y rebelde como yo era—. Oh, pero claro, lo quiero mucho. —Ella se relajó y yo, enojada por haber transigido, atacé de nuevo—: Pero hay veces que lo mataría.

La miré a los ojos. Determinada a no flaquear, mi niña-mujer sonrió de nuevo y se envalentonó. Esta vez no me achanté ni la complací. Guardé silencio. Su mirada tenaz y abrasadora me hizo preguntarme si realmente me había creído cuando le dije que lo quería matar.

—Hace frío —dijo claudicando tras mi capacidad de tolerar largos e incómodos silencios. Yo sonreí y ella cambió de tema—. Hoy tengo mucho que hacer —dijo con la respiración entrecortada, pero sin perder brío.

—¿Qué? —dije primero para mí y después descaradamente en voz alta, recordando el aburrimiento y las horas catatónicas de esos días en que no corre la brisa y se instala en tu habitación una quietud mortífera.

—Es lunes —me dijo, en tono explicativo. Tal vez mi expresión burlona le hizo adoptar un tono profesoral y, sin dar crédito a la imbecilidad de su alumna, entró en detalle— Hoy tengo que poner la lavadora para poder planchar mañana. Mi casa está hecha unos zorros desde el fin de semana. Necesito hacer la compra, preparar un asado para toda la semana y dejar los pantalones de mi marido en la tintorería.

—¿Acaso no puede llevar los malditos pantalones él solito? —dije, orgullosa de haber dicho *malditos* en vez de *putos*. Pero, a pesar de mi concesión, la noté dolida. Ya había percibido en otras ocasiones que si se dolía o se disgustaba, inmediatamente largaba su retahíla de excusas.

—Está muy ocupado, tiene mucha presión, pasa las noches en vela estudiando, y yo tengo que poner de mi parte, sabes, no me importa, no, no me importa, no, no me importa, no me...

—A mí sí —le dije. Pero después, pensando en las horas que esta mujer dedicaba a su trabajo, sin salario, sin días de descanso ni vacaciones, me sentí hermanada y decidí liberar su rencor regalándole el mío a fin de que reconociera, aunque fuera por un segundo, que mi patente rabia era similar a la suya. Pero no fue así. Ella no estaba de humor para capitular, y no me extraña. En realidad, ganó la batalla al ver que mi mirada perdía determinación y seguridad cuando de pronto pensé en el rostro exhausto de James y me sentí culpable. Ojalá James tuviera una mujer como ella, entregada y generosa, ojalá Benjamin tuviera una madre como ella, modosa y tranquila. Ojalá yo tuviera una madre como ella.

Benjamin empezó a llorar mientras su bebé seguía durmiendo después de tres horas (según me confesó), y ella, revelando su increíble capacidad de predecir el futuro, auguró que no tendría que darle el pecho hasta las doce.

Saqué al bebé del cochecito y lo envolví en su arrullo para protegerlo del viento. Me desabroché el abrigo, el jersey y la camisa, sentí el aire helado sobre mi piel y le di el pecho en medio de la nieve.

En fin, eso fue demasiado para ella, y regresó a su casa a encerar el suelo.

Enseguida devolví a Benjamin a su cochecito, esta vez boca abajo, y le puse el chupete en la boca para ayudarlo a dormir. Después volvimos a casa para entrar en calor y dudé entre quitarle el buzo y despertarlo o dejar que sudara y continuara durmiendo.

Prestar atención a estos detalles se había convertido en mi única meta, en la única posibilidad de mantener un orden, solo así tenía la sensación de ejercer un cierto control sobre mi vida.

Si bien tomé la decisión correcta, el bebé empapó la manta del cochecito de sudor y se despertó con el pelo mojado, como si saliera de la bañera. Pero al menos pasó dos benditas horas embutido en su buzo y su gorro de lana. Aquella tarde nos hicimos amigos.

Compartimos un yogurt de vainilla y, mientras Benjamin lo saboreaba por primera vez, yo contemplaba sus ojos maravillados. Después, un potito de melocotón, que no probaba desde que mi hermana y yo, de adolescentes, los guardábamos en la despensa para nuestros tentempiés nocturnos. Cada noche solíamos comer potitos de melocotón después de hacer los deberes, en la oscuridad, mientras nuestro padre dormía.

Benjamin estaba contento y nos reímos como locos mientras yo alternaba las cucharadas: una para él, una para mí. Desde que nació le había llamado varias veces por el nombre de mi hermana. A media noche, cuando su llanto insufrible interrumpía mi precioso sueño, olvidaba su nombre por un segundo y gritaba: «¡Pamela! ¡Cállate ya!». Cuando le detestaba, lo llamaba por el nombre de Pamela. Cuando le amaba locamente, también solía llamarlo Pamela. Mientras le daba el potito me puse a llorar, derrumbada por enésima vez, en ese día. Me pregunté si la intensidad emocional que requiere ser madre podría provocar un infarto. Pero al ver que Benjamin se ponía triste, dejé de llorar y nos abrazamos. Me tumbé en el sofá y lo coloqué sobre mi vientre. Entonces él, que acababa de aprender a sostener la cabeza, me miró. Me puse a cantarle todas las canciones que recordaba, las más

graciosas, las más tristes, canciones de amor, espirituales negras y nanas yidis. Le acaricié la carita y, mientras buscaba sus ojos para que leyera mis labios y tarareara conmigo, se durmió. Y así, durante un rato, permaneció tumbado sobre mi vientre mientras yo contemplaba el paisaje nevado a través del gran ventanal.

Incapaz de mantener la promesa de ocultar mis verdaderos sentimientos a otras madres del lugar, seguía buscando otra conspiradora. Con algunas de ellas probaba suerte, soltaba alguna una frase osada y, si veía que no funcionaba o que la repulsa era mayor de lo que estaba dispuesta a soportar, desistía. Guardaba silencio o dejaba de echar leña al asunto. Y, en cuanto podía, me retiraba.

Con otras madres, si me irritaba su regocijo o dependiendo de lo fuerte que me sintiera ese día, yo seguía en mis trece, contradiciendo sus eslóganes ideológicos sobre la maternidad, incluso llegando a exagerar mi desesperación. La tolerancia hacia mí misma, la aceptación de mi aparente y ubicua excentricidad, mi astucia para recuperar los rasgos naturales de mi personalidad, todo ello se debía a un hecho esencial: Benjamin había empezado a dormir toda la noche.

Durante tres semanas no nos quitamos la idea de la cabeza de que nuestra misión era entrenar a Benjamin a dormir ocho horas sin interrupción. Cuando le oía gimotear durante los veinte minutos prescritos por el Dr. Spock, me agarraba a la almohada con las manos sudorosas y la golpeaba a cabezazos al ritmo de sus llantos, tratando de no moverme y de borrar de mi mente la imagen del niño abandonado, derrotado, tal vez incluso autista, con el que me encontraría a la mañana siguiente. Cuando sus lloros cesaban, convencida de que se había dormido, me iba de puntillas hasta su habitación, le rozaba la cara con un dedo y casi lo despertaba con mi persistente inquietud.

Siempre que veía llorar a otros bebés, para mí no eran más que niños llorando. Pero, si lloraba Benjamin, su llanto sonaba a acusación, a súplica, a urgencia, a lamento desesperado. Echada en la cama, veía soldados nazis arrebatando bebés de los brazos de sus madres. A veces, como no podía soportarlo, lo sacaba de la cuna resignada a mecerlo durante una hora, de tres



a cuatro de la madrugada, dando vueltas por el dormitorio, hasta sumirlo en un sueño profundo. Pero, en cuanto lo cogía, sonreía, con los ojos bien abiertos y un aspecto saludable, totalmente dispuesto a jugar a cualquier cosa. Una noche lo dejé de nuevo en su cuna y, durante las cuatro noches siguientes, James y yo cronometramos sus llantos sin despegar los ojos de la manecilla del reloj.

—¡Ya han pasado veinte minutos! —espeté, saltando de la cama, con la satisfacción del fiscal que finalmente gana el juicio contra el Dr. Spock.

—¡Solo han pasado dieciocho! —respondió James, irritado por mi constante exageración.

—¡Vamos a buscarlo! —dije, con ganas de pegarle o de abrazarle, pero dispuesta a no oírle llorar más ni a dejarle irrumpir en nuestro descanso.

—Así nunca aprenderá, y no dormiremos nunca— dijo James, en quien siempre se podía confiar a la hora de sopesar un conflicto. Pero yo sabía que, si esa noche lo sacaba de su cuna, durante las diez noches siguientes tendría que hacer lo mismo. Una noche, Benjamin se despertó cinco veces. Tenía nueve meses. No estaba enfermo ni tampoco le asomaba ningún diente. Dos pediatras me habían dicho que, a partir de los seis meses, la mayoría de niños dormían toda la noche sin interrupción.

«No me cabe duda —me dije con sarcasmo mientras aplastaba una, dos, tres almohadas contra mis orejas—, pero no es el caso de Benjamin.»

Me rendí las cinco veces y, al final, le di un biberón. La tercera, cuarta y quinta vez Benjamin retiraba el biberón de su boca con la mano, saciado y sin llorar; es más, me sonreía, y los dos, sentados uno frente al otro, nos mirábamos en la oscuridad de la noche. La indiscutible felicidad de estar junto a mí en vez de encontrarse solito en su cuarto me exasperó y, con la calma que pude, lo dejé de nuevo en su cuna y regresé a mi cama. Arrullada por la música de sus descarnados llantos y gozando de su dolor segundo a segundo, me sumí en un sueño profundo. No sé cuánto rato lloró. Pero, después de aquel episodio, durmió toda la noche sin interrupción.

Y vuelta a empezar. Con la dentición tuvimos que reiniciar el proceso por tercera vez, esta vez más enterados, pero igualmente cansados. A esas alturas, ya no me obsesionaban las mujeres de culturas tribales que dormían con los bebés sobre su pecho hasta que aprendían a andar solos, y yo

pensaba: «Al cuerno con todas las teorías sobre crecimiento infantil». Había aprendido una cosa: si no dormía, me sentía desgraciada, desconsolada, irritable. Luchaba cuerpo a cuerpo contra mi inseguridad, incluso me enfrentaba de madrugada a la idea de ser yo misma una figura materna esquizofrénica; me agarraba a la almohada y resistía hasta que, finalmente, llegó la recompensa. Por una vez, mi voluntad venció sobre la de Benjamin. Empezó a dormir de un tirón por la noche con la frecuencia suficiente para que lograra recomponerme poco a poco.

Un día, estando yo sentada y abstraída en el banco del patio, se me acercó una mujer llamada Jean Rosenthal. Era la única mujer judía neoyorquina que vivía allí y, como se dejaba ver muy poco, no habíamos llegado a conocernos. Su aspecto era alocado, llevaba minifalda, el pelo teñido de un rojo chillón y los ojos muy maquillados. Solía dejar a su hijo en casa de un vecino, y en la urbanización corría el rumor de que el niño estaba muy abandonado. Era un niño genial, pero neurótico y muy agresivo; por eso le resultaba difícil relacionarse con otros niños. También se rumoreaba que Jean estaba liada con el mejor amigo de su marido. Me cayó bien.

Enseguida busqué su complicidad para criticar a las mujeres del complejo. No solo se sumó a mis desagradables comentarios, sino que siguió desvelando secretos y cotilleos que me sorprendieron gratamente. Llevaba dos años viviendo en la urbanización y conocía todos los romances ilícitos, así como las fiestas en las que se intercambiaban parejas, y tenía entendido que los maridos, después de una jornada universitaria del todo civilizada y estimulante para el intelecto, llegaban a casa y pegaban a sus mujeres; sí, las pegaban físicamente. No pude evitar explicárselo a James.

Después me contó todos los chismorreos acerca de James y de mí. Ya fuese debido a una extraña casualidad, ya al plan diabólico de algún funcionario de la oficina de la urbanización, me explicó que dos parejas mestizas habían vivido en nuestro apartamento antes que nosotros. Una de ellas se había divorciado. En cuanto a la segunda, el hombre se había marchado con otra mujer y la esposa había ingresado en un centro psiquiátrico. La gente deseaba con fruición saber qué ocurriría con nosotros. Estaban muy interesados en invitarnos a las fiestas de intercambios, sobre

todo las mujeres, que andaban desesperadas por recorrer las zonas erógenas del cuerpo de James con los dedos hasta agarrar, de una vez por todas, su enorme, negro y poderoso...

«Bueno, no dijo exactamente todo esto», tuve que reconocerle a James después, que me miraba con los ojos como platos, pero le aseguré que la insinuación de Jean fue clara como el agua por la calma con que me describió aquellas orgías locales.

Después de compartir con Jean un momento de intimidad tan especial, lejos de las demás, me vi capaz de hablarle sobre la maternidad. Para empezar, le comenté que el movimiento feminista se estaba extendiendo por todo el país y, después, le pregunté si alguna vez había formado parte de algún grupo de concienciación. Luego le conté mis experiencias de grupo. Dijo que no, pero que tal vez algún día se incorporaría. ¿Había sentido odio hacia su hijo alguna vez? Sí. ¿Se había preguntado realmente si tenía que haber sido madre? Sí. Decidimos formar un grupo propio con las madres de nuestra urbanización y reclutamos a las mujeres oprimidas. Diseñamos un folleto:

¿CANSADA DE SER LA MADRE DE... O LA ESPOSA DE...?

VEN A CASA DE JEAN ROSENTHAL EL LUNES POR LA NOCHE. DI LO QUE SIENTES DE VERDAD.

CONSTITUCIÓN DE GRUPO DE MUJERES

Firmamos las dos con nuestros nombres. Jean dijo que conocía a dos mujeres interesadas y dispuestas a firmar. Una era Anna Magrino, que vivía en el apartamento al pie de la colina. Tenía dos hijos, no salía de casa y no parecía una mujer muy feliz. La otra era Karen Olin, una chica soltera que había sido madre a los dieciocho años. Su actual marido no era el padre del niño. Karen trabajaba de bibliotecaria a jornada completa. ¿Cómo era posible que yo no las conociera? «No salían nunca al patio», me explicó Jean. Cuando las llamó, dijeron que sí, que contáramos con ellas. Y, una vez más, esperé con impaciencia a que llegara el primer encuentro. Las reuniones se centrarían en la maternidad como punto de partida y, además, no tendríamos que impresionar a nadie. Empecé la cuenta atrás como un cohete espacial que te catapultaba a los cielos donde por fin me esperaba la ansiada libertad.

Nos sentamos en círculo en el salón de la casa de Jean, espaciosa y caótica. Se notaba que había intentado poner un poco de orden, aunque la habitación estaba muy sucia. En el suelo se veían huellas de barro incrustado. Su niño de dos años debía de comer en el sofá, pues había miles de migajas desparramadas por los cojines. La pila desbordaba platos sucios, y las tazas de café que nos ofreció estaban manchadas en su interior y con pedacitos de comida incrustados en los bordes. Este no era el desorden natural de una casa habitada por familias con niños. Yo crecí en una casa llena de muñequitos Fisher-Price desparramados por el suelo que la gente pisaba nada más entrar, de cientos de piezas de construcciones perdidas por los rincones, de rollos de papel higiénico sobre las estanterías que algún pequeño olvidaba al volver del baño. Pero era otra cosa. La casa de Jean revelaba su clara incapacidad de lidiar con la realidad exterior. Vivía tan abstraída en su universo y en su mente que a veces perdía el hilo con el exterior. Sí, seguro que fregaba los platos, pero nunca los dejaba limpios del todo, pues al tercer plato ya estaba en su mundo. Sin duda intentaba ordenar, aunque recogía los vasos medio llenos del suelo y los colocaba sobre la primera mesa que encontraba. Detrás de su descontrol y de su desorden, se ocultaba una especie de rebeldía. Pero ella misma no era consciente de que, en realidad, se estaba diciendo en secreto: «He aquí toda mi rabia; he aquí todo mi desprecio por ti; esto ocurre porque soy imperfecta; he aquí mi caos interior que enmascara todos los miedos y aversiones cuya existencia no me permito aceptar. He aquí la fealdad que veo por todas partes, en el mundo, en tu rostro, en estos rincones desbordados de objetos donde las raíces de mis actos se enredan en un caos gracias a Dios irreconocible».

Había estado en otras casas como esta. En la mía, durante una época, reinaba un caos parecido que a veces amenazaba con repetirse. Sí, era más agradable estar aquí que en otras casas donde nunca se veía nada fuera de sitio, donde las superficies lucían despejadas y cristalinas, y en cuyos fregaderos no había más de dos vasos y una cuchara por lavar, donde cada cosa tenía su propio lugar y en las que, al tomar asiento, temía estropear el decorado de la sala. Era evidente que esta sala no estaba destinada a seres humanos, sino que tenía vida propia. Una vida que daba mucho más soporte a su dueño que a cualquier ser humano inoportuno o impredecible.

Me senté tranquilamente en el salón de Jean, que desprendía un ligero olor a comida rancia. Me fijé en Karen y Anna, que, juntas, esperaban sentadas. Jean preparaba café. En la estancia se encontraban tres mujeres más. Una de ellas vivía en el piso superior de mi edificio y tenía fama de estar loca. Otra era una de las madres buenas, y me pregunté de qué podría hablar. A su lado había una mujer a la que yo no conocía de nada.

Yo era la encargada de abrir la sesión, pues por mi experiencia era la única que conocía la dinámica de grupo. Así que empecé como de costumbre: «Lo mejor es ir por turnos, nos presentaremos una por una y explicaremos por qué estamos aquí».

Jean fue la primera. «Soy la madre de Martin», dijo, y todas nos reímos, agradeciéndole que se identificara con semejante determinación. Luego, con voz suave, habló de nuestra previa conversación en el banco del patio, de cómo nos decidimos a montar el grupo, siempre con una sonrisa en los labios. Al final, añadió en tono bajo y vacilante: «Creo que, como madre, tengo algunos problemas».

Pensé en su niño pequeño, que hablaba con fluidez a los dos años, un niño fortachón y brusco que se imponía a los demás. En algunos aspectos se parecía al mío. Aunque Benjamin acababa de cumplir un año, ya sabía decir muchas palabras, andaba desde hacía dos meses y pegaba a todo el que tuviera cerca. Sin duda, había iniciado su larga ruta hacia Alcatraz. No obstante, Benjamin nunca había aparecido de buena mañana durmiendo en la secadora del lavadero comunitario, enroscado como un bebé dentro del útero y arrullado por el calor residual del último ciclo de secado. Sí, aquel era el niño de Jean, que desde dentro miraba la cara sorprendida de la mujer que lo encontró acurrucado en la secadora.

Consciente de que todas podíamos imaginar un incidente como ese u otro similar, Jean sonrió de nuevo y dijo: «Bueno, ahora le paso la palabra a otra».

La mujer a la que yo no conocía dijo: «No sé por qué estoy aquí. He venido a ver de qué trata todo esto. Me gustaría conocer a gente nueva».

Lo podía entender, pero su grado de sinceridad no me motivó en aquel momento.

Ahora era el turno de Patty, la dama chiflada. Poco añadió sobre la maternidad, pero de alguna manera fue franca, y eso fue lo que más nos impactó tanto entonces como en las siguientes sesiones. Hablaba de modo directo y sin tapujos desde un lugar de su interior un tanto íntimo que a veces resultaba violento. No conocía las caretas convencionales tras las que la gente suele ocultarse cómodamente en las reuniones ordinarias. Aun así, de haberlo intentado, no habría podido dejar de desvelar su crudeza.

«He estado dos veces ingresada en un centro de salud mental —nos explicó después, con naturalidad—; mucha gente cree que estoy loca —luego esbozó una sonrisa sarcástica, sus ojos se achisparon y continuó su discurso con un tono burlón y una voz aguda— bueno, en fin, mi marido es un cerdo machista.» Y esperó a que la aplaudiéramos en señal de aprobación.

Esa primera noche dijo: «Vi vuestros cuatro nombres en el folleto y pensé que, si la organizabais vosotras, la reunión sería interesante. Os tenía vistas a todas, en los bancos del patio, y confieso que he deseado ser como vosotras».

Me sentí incómoda al comprobar que nos acababa de encasillar tanto a mí como a las otras en un rincón de su mente, una especie de nicho prefabricado, y, como no me conocía de nada, yo imaginaba un espacio sin duda invivible y lleno de connotaciones torpes y engorrosas. Pero me hacía ilusión que Patty estuviera en el grupo. De los locos siempre se espera que perforen hasta lo insondable esa falsedad que muestran los supuestamente «equilibrados», esos que encajan en el mundo como en un rompecabezas infantil de cinco grandes piezas. Los locos son capaces de decir en voz alta lo que piensan los demás.

Ahora le tocaba a Karen. Enseguida hizo notar su envidiable rasgo distintivo, marcando la diferencia con las demás.

«Trabajo todo el día —dijo, sacudiéndose suavemente la melena rubia—. Mi hijo ya tiene seis años. —Todas cambiamos de postura, nos mordimos los labios o sonreímos recelosas. Al ver que había triunfado, se relajó—. Pero os aseguro que me ocurren las mismas cosas que a vosotras, y probablemente tendré otro hijo pronto.» Su traje de chaqueta y pantalón azul claro contrastaba de manera espectacular con nuestros pantalones de peto. Llevaba

los ojos muy bien pintados. A través de la blusa transparente veía el movimiento de su torso, su pecho redondo y muy bien formado a pesar de haber dado a luz. Era delgada y altiva.

Era obvio que Karen estaba muy orgullosa de su cuerpo, y eso me atraía. Las mujeres que se quieren a sí mismas son capaces de ofrecer mucho amor a las demás. Cuando la oía hablar, siempre me invadía una sensación muy agradable. Me alegré de que formara parte del grupo y la idea de llegar a ser su amiga me emocionaba.

Después habló la madre buena. Explicó cuánto quería a su hija y se calló como esperando algún reproche. Dijo que su marido no compartía el trabajo de la casa ni del bebé, y que a ella le parecía bien.

Jean le preguntó por qué había venido. Ella dijo que era por pura curiosidad. Haciendo acopio del sentimiento de solidaridad femenina que me quedaba, traté de ignorar la sonrisa de vampiresa de mi niña-mujer.

Era el turno de Anna. «Pues ¿qué voy a decir?», empezó y, buscando su complicidad, miró a Jean, a quien conocía bien, y soltó una tremenda carcajada. No era una risa loca, ni tampoco esas risitas de un ataque inoportuno e involuntario que se escapan de una cara seria y te revelan que la persona está perdida, que la parte que se ríe no está en absoluto conectada con la que no se ríe. No, la risa de Anna era rotunda. Se reía de sí misma, de la idea que se le acababa de ocurrir. Parecía burlarse de todas nosotras. Pero esas dos partes formaban una sola persona, y esta hablaba desde fuera, con distancia, comentaba lo absurda que era su vida desafiando a las demás a que emitieran sus juicios.

Nos miró a todas una vez más y, decidida a seguir adelante, añadió pausadamente: «Ser madre es algo horrible. Destroza la relación con tu marido. Te rompe la vida. No puedes abandonar a los hijos porque los quieres y cuando estás con ellos los odias. Yo era una enfermera de primera categoría. Muy competente. He cuidado a gente en todo el mundo. Dirigía una planta entera en Boston. Ahora soy madre, y eso significa que no soy nada. No sé. También tiene cosas buenas, pero, la verdad —dijo ahora en un tono más alto y claro, y con una seriedad total—, estoy al borde del colapso».

Acto seguido, soltó otra risotada. Todas nos quedamos calladas. Luego, incómodas, tratando de recuperar la confianza de nuestro círculo, las mujeres me miraron. Y, como una colegiala que no se atreve a hablar pero que solo dice verdades, resumí: «Estoy de acuerdo con todo lo que Anna acaba de exponer».

Y en aquel momento, algo dentro de mí se rompió, se desintegró: el muro que me había separado del mundo exterior, la prisión donde había vivido aquel terrible aislamiento, incluso la penosa posibilidad de que, a pesar de estar viviendo una experiencia femenina universal como esta, yo siguiera siendo, al menos frente a mí misma, una persona horriblemente extraña. Todos mis miedos se resquebrajaron y empezaron a diluirse gracias a la sensación de familiaridad que sentí al oír hablar a Anna.

Desde el comienzo del embarazo y según lo que alcanzo a recordar, siempre andaba buscando un sentido a los vínculos familiares. Desde pequeña me habían tratado de niña rara y especial, de aventajada, incluso de genio, y por eso Pamela me había odiado. Más adelante, pasé un tiempo recluida en mi mundo porque la idea establecida sobre la maternidad quedaba excluida de la realidad de mi experiencia. Los libros actuales sobre el dolor digno, los consejos paternalistas del ginecólogo, el foco deslumbrante sobre la desolada superficie de la mesa de parto donde me tumbé llena de coraje y de pasión, rodeada de fantasmas y esqueletos con caretas de muerte, los libros tétricos sobre cuidado infantil y sus promesas tortuosas e intimidatorias, los rostros esclavizados de miles de mujeres a quienes quería amar, pero cuyos espíritus fueron abatidos y convertidos en una masa uniforme e ilusoria, todo aquello terminó por convencerme de que, a pesar de todo, yo estaba sola. Además, la agitación interna y la monotonía externa de mi exilio amenazaban con resquebrajar mi cordura y lanzarme a la deriva por desiertos yermos.

Pero ahí estaba Anna. «Soy una mujer y estoy viva», la oía decir y, mientras ella desvelaba mis propios pensamientos en voz alta, el sentimiento de soledad que me invadía empezó a disolverse. La quise de inmediato.

Durante los meses siguientes, Anna y yo estuvimos viviendo prácticamente juntas. Hablaba de cosas que yo únicamente había osado escribir en mis cuadernos. Sí, ella se había quedado aún más tocada que yo



por la presión de la maternidad. Tuvo dos hijos en el plazo de un año. No se había siquiera planteado pedir ayuda a alguna niñera. Y, todavía fiel a su educación católica, incapaz de emplear métodos anticonceptivos, cada mes esperaba a que le viniera la regla entre sudores espantosos. Ya había sufrido un aborto natural ese año después del nacimiento de su hija menor. Necesitaba algo que yo podía darle: le expuse mis argumentos sobre el poder intimidatorio de la Iglesia católica y la acompañé a la consulta de un médico para que le prescribiera un dispositivo intrauterino. Como recompensa, aprendí de su total incapacidad para ocultar los sentimientos, por duros y escandalosos que fuesen.

La confianza que nos profesábamos y nuestras vidas paralelas nos llevaron a compartir el cuidado de nuestros hijos. Anna tenía mucho interés en apuntarse a un curso y, por primera vez en dos años y medio, atravesó la ciudad sola para ir a estudiar. Mientras cuidábamos juntas de los niños o a veces después de acostarlos por la noche, hablábamos de ellos.

—Los quiero, claro, pero los odio —dijo.

—Yo daría la vida por él —recalqué—. Todas esas películas sobre mujeres sorteando tanques entre balazos para salvar a sus hijos son reales. Sin duda prefiero morirme a perderlo. Supongo que esto es amor —dije estremeciéndome, y después nos echamos a reír—, pero ha destrozado mi vida, y solo vivo pensando en cómo recuperarla —dije para terminar, pues sin la segunda parte de la frase, la primera era una páfida mentira, una mentira que juramos desterrar para siempre.

—Estoy deseando que llegue mañana, para que te ocupes tú de los niños —me confesó—, pero me da terror dejarlos.

Asumimos que las frases tendrían siempre dos partes: la segunda contradecía aparentemente la primera, pero su unidad estaba siempre sujeta a nuestra capacidad cada vez mayor de tolerar esta ambivalencia, pues el amor maternal trata precisamente de esto.

En las reuniones semanales, Jean, Karen, Patty y yo logramos afianzar nuestras frágiles creencias y atrincherarlas en un nicho de sabiduría indestructible mientras las otras tres mujeres exclamaban: «Sí, sí, yo también», y después relataban sus propias experiencias como madres.

La madre buena y la mujer que quería conocer a gente ya no volvieron más. Estaban rabiosas o asustadas, o bien tal vez aburridas o demasiado felices con sus hijos como para soportar nuestras quejas, o bien tal vez se sentían demasiado desgraciadas o deprimidas para arriesgarse a escucharnos atemorizadas. Ya me daba igual cuál fuera el motivo.

En cambio, el día que Karen habló de la primera infancia de su hijo, confesó que ella misma seguía siendo una niña en aquel tiempo.

«Ahora que el niño ha cumplido seis años —dijo en una ocasión—, lo peor ha pasado. Regresa de la escuela a casa por su propio pie y me llama a la oficina para contarme cómo le ha ido el día. A veces, cuando me doy un baño, viene conmigo, me enjabona la espalda y me dice que tengo unos pechos muy bonitos.» Se sonrojó. Al no haber en la sala un solo experto para extraer alguna conclusión sobre su conducta, nosotras, como madres, guardamos silencio.

A veces, molestas o impacientes, escuchábamos a Patty, que se enredaba en su propia maraña de aversiones y de rabia; cada semana una nueva tela de araña, cada semana se sacaba de la manga un nuevo cuento estrafalario de una crueldad inusitada envuelto en el frío estremecedor de su infancia en Vermont. Y siempre, al final de cada historia, en el centro de su maraña, preso en la red creada por ella misma y del todo incomprensible, aparecía su marido. Él era un brillante alumno de posgrado; tenía muchas aventuras con mujeres más guapas y sensatas que Patty. Nadie entendía qué les había llevado a casarse. Lo que les mantenía unidos era el hijo. El niño sufría una deficiencia congénita y tenía ciertas dificultades físicas para seguir el ritmo de juego de los otros niños. Además, por algún desequilibrio orgánico, estaba obligado a comer de merienda verduras crudas en lugar de dulces o pasteles. A veces salía cojeando al patio del complejo y llamaba a los otros niños, que pasaban de largo, o se quedaba al pie de la escalera del tobogán y bromeaba con los que esperaban su turno para subir y deslizarse. Con los bebés como Benjamin se portaba con amabilidad. No solo tenía paciencia, sino que además mostraba interés y, cuando los demás niños despreciaban sus caramelos a medio chupar, corrían a pedirle una de sus judías verdes crujientes. Cada tarde, su madre salía corriendo al patio alzando una cuchara en la mano y con un bote de jarabe en la otra advirtiéndole a gritos que ya

había pasado la hora de la toma. Él no se inmutaba y, muy tranquilo, le contestaba: «Vale, mamá», y se bebía aquel líquido rosa empalagoso sin rechistar; sabía que lo necesitaba para vivir.

Siempre pensé que Patty vertió sobre ese niño el poco amor digno que le quedaba. E incluso vi a su padre, al que solo conocía por las detalladas descripciones que Patty nos había hecho de sus trastadas, paseando a su hijo a diario, cogidos de la mano en confianza o besándolo a cada rato mientras se distraían a gusto con sus juegos sedentarios.

En seguida comprobamos que muchas de las familias del complejo empezaban a cambiar, mientras la rabia desatada por el movimiento feminista hacía temblar los enormes ventanales de las casas y se filtraba por debajo de las delgadas puertas.

Los hombres empezaron a salir al patio con sus hijos, incluso entre semana. Las madres buenas, aunque no habían cambiado sus vidas de manera palpable, por lo menos ahora no se tomaban a risa nuestros delirios. Los divorcios empezaron a sucederse vertiginosamente por todo el complejo.

Una noche vino un hombre a visitarnos a James y a mí. Era un estudiante de Derecho, un conocido. Dos años antes, su mujer había participado activamente en la Asociación de Esposas. Tenían dos niños rubios que se llevaban un año y medio, por el dicho de que tener niños seguidos ofrece más ventajas. Yo tenía a su mujer por una de estas «madres buenas». De hecho, habíamos hablado alguna vez, superficialmente pero con franqueza, acerca de las dificultades de la maternidad; estaba harta de lavar y planchar las camisas de su marido y decidió llevarlas a la lavandería; le preocupaba que su hija llorara fácilmente y que no supiera defenderse de los niños más violentos.

Ahora la madre buena se había marchado. Ella y el marido de una vecina dejaron a sus respectivas familias y se mudaron a vivir juntos a la ciudad. Hubo varios enlaces como este en el complejo. El rumor acerca de Jean y el marido de su amiga era cierto. Por lo demás, el marido de Jean, desde hacía tiempo, se acostaba con otra mujer cuyo marido a su vez se había ido a Sudamérica para hacer unas prácticas de medicina con la esposa de otro estudiante. Al principio yo no me lo podía creer. Cada día nos enterábamos de un nuevo intercambio, y este nunca era perfecto: siempre había dos que se

quedaban solos y que no se gustaban entre ellos, de modo que debían cargar con toda la responsabilidad de los hijos sobre sus espaldas, generalmente sin blanca y aturridos; dos que jamás habrían imaginado que el precio que deberían pagar por esos cambios de pareja y el sacrificio subsiguiente fuesen tan altos.

Ahora, este hombre asustado y estupefacto de algún lugar de Oregón, sentado en nuestro salón, se echó a llorar. Apenas nos conocía. Tal vez por eso vino a nuestra casa a contarnos que Carol llevaba un año sin disfrutar sexualmente y que había decidido dejar de fingir. Él se preguntó qué iba a hacer con sus hijos.

De pronto me vino a la memoria el rostro confuso de mi padre mirándonos cabizbajo después de morir mi madre. El joven estudiante extendía las manos en un gesto de desesperación. No sabía cambiar pañales, no sabía qué desayunaban o qué comían los niños. No tenía ni idea de vacunas ni de revisiones médicas. ¿Cómo podría atender sus clases después de pasar la noche en vela con un niño que lloraba en sus brazos reclamando a su madre?

Algo tuvo que aprender, a pesar de todo. Cada día, después de clase, lo veía jugar un rato con sus hijos en el patio. Después volvía a su casa y, hacia las seis, salía de nuevo, ya cansado, a buscarlos para cenar. El pequeño solía ir limpio y seco, supongo que aprendió a cambiar pañales. También colgaba la ropa mojada en el tendedero y, al cabo de una semana, vi el tendedero vacío, así que, seguramente la llevó a la lavandería. Sus ojos no brillaban como antes, pero ahora era un hombre más guapo, más maduro, más tolerante. Una noche fui a visitarlo. No habíamos vuelto a hablar desde la extraña noche en que se deshizo en llantos en nuestro salón, poco después de que ella lo dejara.

Su casa tenía otro aspecto. Había más desorden que cuando vivía con Carol. Las paredes estaban llenas de dibujos infantiles alternados con algunos cuadros enmarcados. Había juguetes por todas partes. Acababa de meter a los niños en la cama y, con aire cansado, tomó asiento.

—Seguramente Carol volverá —dijo—. Se lo está pensando, quiere intentarlo de nuevo. Iremos a Alaska, a algún lugar lejano, y cambiaremos de vida.

—Es por los niños... —respondí, comprendiendo la decisión de Carol.

—Sí, por los niños, y un poco por mí —dijo sonriente.

A partir de entonces, dos o tres veces a la semana, Carol venía por las tardes al patio a recoger a los niños y se los llevaba en su coche. Los niños corrían hacia ella gritando: «Mami, mami», y ella los abrazaba ocultando su rostro para que no la vieran llorar. Luego caminaba a paso rápido delante de sus amigas, incapaz de quedarse allí y fingir, o de dejar de fingir, como había hecho antes. Se metía en el coche, colocaba a los niños en sus asientos traseros y arrancaba.

Anna y yo mirábamos a Carol sentadas en silencio en los bancos del patio, con los brazos cruzados, esperando a que cayera la noche, y veíamos cómo abrazaba a sus hijos, a los que no había visto desde la semana anterior.

A los siete años, cuando mi madre acababa de morir, yo jugaba a ser la vigilante de la escuela. Mi puesto era la puerta de salida. Por las mañanas me quedaba de pie junto a la entrada y veía a las madres dejar a sus hijos a la puerta. Había una mujer de pelo oscuro y bastante menuda, como mi madre. Desde que doblaba la esquina yo la seguía con la mirada caminando de la mano de su niño y no le quitaba ojo hasta que llegaba a la puerta. Cuando se inclinaba para besarlo y despedirlo, yo la observaba muy de cerca para poder sentir en la piel lo mismo que sentía su niño. El niño entraba en la escuela, la madre me miraba algo incómoda, sonreía levemente, se volvía y se marchaba. Mientras, yo la seguía mirando hasta que desaparecía de mi vista.

Los días que Carol no venía al complejo a buscar a sus hijos yo trataba de ser aún más amable con los niños. También me volví más paciente con Benjamin si se quejaba o lloraba, y lo abrazaba con más frecuencia.

Benjamin se bañaba con los dos niños de Anna y se divertían mucho jugando juntos. Esa noche me tocaba bañarlos a mí mientras el marido de Anna preparaba la cena en la cocina. Me gustaba enjabonarlos a los tres, ver el brillo de la espuma sobre su piel y después aclararlos vertiendo agua sobre sus cuerpos; primero, un par de piecitos; luego, otro par, y luego, otro. Después la carita, ahora una, ahora otra. Siempre que me salpicaban yo les gritaba amenazándoles con sacarlos del agua. A veces reaccionaban. Si seguían chapoteando cuando la cena ya estaba preparada, sacaba a Billy de la

bañera en señal de castigo para que me tomaran en serio y como, al menos en aquella época, él era el más dócil de los tres, no protestaba demasiado. Por eso lo escogía a él. No soportaba los gritos de Benjamin ni de David. Envolvía al último de los niños con una toalla grande y los colocaba a los tres sobre una mesa alta donde no atrevieran a moverse, vestía al primero y luego él salía corriendo hacia la cocina; a continuación, vestía al segundo y luego, al tercero. Como ya había alguien al cargo de la cena, yo recogía sin prisas las toallas mojadas, colocaba la ropa sucia en su cesto, ordenaba la habitación y fregaba el baño, todo ello con cierta calma y placer mientras pensaba en mi jornada y ponía orden en el caos feliz de los niños, mirándome la piel de las manos, que ya no era tan suave como cuando era niña, especialmente en los nudillos. Ahora mis manos empezaban a parecerse a las de una madre.

Oí a James entrar en el apartamento de Anna, y como ya estaba él para ayudar con la cena, Anna vino a ayudarme. Las dos conversamos de aquella manera que entonces era realmente vital para mí.

—Hoy me ha preocupado que Benjamin mordiera a ese niño. ¿Qué le pasa?

—No seas tonta, Benjamin está bien. Es un niño activo, activo y listo, nada más.

—Como tus hijos, aunque ellos no se pelean tanto.

—Pero mis hijos son tímidos, demasiado temerosos.

—No, son preciosos y muy buenos.

Nuestras palabras, como las de la madre buena de tez rosada del patio nevado, empezaban a sonar como una letanía, pero ahora el nuestro era un canto consolidado, que provenía de lo más hondo de mi corazón.

Está bien, es guapo y, ¡cómo no!, tiene sus defectos; y eso que llamamos temperamento heredado existe; y tú también eres una buena madre, decía nuestro estribillo, sí, una buena madre.

Para cuando James, Benjamin y yo regresábamos a casa, el pequeño ya estaba cansado; se ponía el pijama y se acostaba. Una mañana, como era el turno del marido de Anna y de James, me dirigí a la biblioteca por tercera vez esa semana a estudiar mitología. Incluso me sobró tiempo para escribir en mi

cuaderno de notas. Al día siguiente, nos tocaba a nosotros dar de cenar a la familia de Anna, y pensé en guisar un pollo y hacer una gran ensalada, el plato favorito de Anna.

Era una primavera cálida, y James y yo paseábamos de vuelta a casa. Nos alternábamos para cargar con Benjamin en los brazos y nos reíamos cuando nos daba besos y nos agarraba del cuello con sus bracitos.

Cuando mi hermana era muy pequeña, los nudillos de las manos no le sobresalían tanto como a mí, ella los tenía hundidos en sus manitas regordetas.

Por las noches, siendo yo una niña, mi madre me cantaba canciones a la hora de dormir, canciones que todavía recordaba y que yo misma he cantado a Benjamin.

Cuando era pequeña mi madre trabajaba. Si las madres de la mayoría de mis amigos no se hubieran quedado en casa a cocinar y a limpiar, ni hubieran ido a recogerlos a la escuela, a mí no me habría importado. Porque de noche nos bañábamos juntas. Cuando se me metía algo en el ojo, ella me lo sacaba con delicadeza y esmero.

Esa noche deseé no tener que ir a estudiar a la biblioteca a la mañana siguiente, quería quedarme con los niños y pasar el día con ellos, tumbarnos tranquilamente sobre la hierba bajo el sol y esperar a que llegaran los demás a las cinco de la tarde para delegar mis responsabilidades domésticas, descansar y contemplar a los niños, pero sin ocuparme de ellos.

Aquella noche el rostro de mi madre se me apareció, borrando todo lo demás. Fue su propia mano la que pasé por la espaldita de Benjamin hasta dejarlo dormido y fue también su voz la que le cantó la canción de cuna.

Unos hombres y mujeres jóvenes desfilan delante de mí vestidos con togas negras. Sus ojos brillan y se funden en una mancha negra en mi cabeza que, como una playa antes de la tormenta, atrae los vientos cálidos y las delicadas briznas de hierba que el aire desarraiga y arrastra. Veo las briznas contonearse en el aire y descender lentamente hasta la playa. Después la arena queda nuevamente limpia y despejada, y la marea sube. Me levanto y empiezo a andar.

Sigo a los hombres y a las mujeres de negro, parecen animados y sonrientes. James está entre ellos. Sonríe como los demás. Noto que mis labios se curvan hinchando mis mejillas y esbozo una sonrisa. Mis ojos, como dos ventanas frente al mar, permanecen quietos en la oscuridad mientras me siento sobre la arena de la playa ventosa. Desde aquí diviso a los hombres de espalda, veo sus nuca, luego algunos se vuelven, oh, uno de ellos me saluda con la mano, probablemente hablarán de sus cosas, harán planes, comentarán sus sueños.

James ha llegado hasta aquí, todo un recorrido desde la comunidad negra de la ciudad. Son doce hombres como él. Conforme van avanzando, se lanzan miradas de complicidad y buscan asiento en las primeras filas. Están orgullosos. Algunos son amigos míos. Otros me desprecian por el color de mi piel y porque creen que me he apropiado de un hombre negro. Sin embargo, todos ellos, después de años de una lucha encarnizada y dolorosa, me parecen hermosos.

Estoy sentada en las últimas filas y dejo la playa ventosa a mis espaldas. Me levanto para localizar a James y les digo a sus padres: «Ahí, ahí está». Ellos se acomodan en sus asientos y, mientras los miro, entiendo perfectamente porqué se sienten tan a gusto en este lugar, aquí, delante de esta construcción gótica maravillosa. No solo están orgullosos de James, su hijo, sino también de todos estos chicos negros que se han hecho hombres, ahora sentados uno junto al otro en las primeras filas.



Marie y yo nos turnamos para sostener a Benjamin en brazos.

—¡Chsss! —repetimos—. Ahí está papá.

—¡Papi, papi! —grita.

—¡Chsss! —susurramos.

Se levantan uno detrás del otro y acceden en fila hasta el pequeño podio. «Gracias», le dicen al hombre mayor, primero uno, luego el otro y así sucesivamente, y él les responde con un «felicidades».

Veo a James mover la cabeza. «Ahí está», le susurro a su hermano y *clic*, suena la cámara. James nos mira y sonríe, sobrecogido y abrumado por la emoción, por mis pensamientos, que a veces sabe descifrar, y por la brusca transformación que hemos sufrido estos años con el embarazo y la paternidad. Cuánto hemos cambiado, piensa, cazando la mirada de Benjamin. Luego le grita: «¡Hola, cariño!».

Retengo a Benjamin en el regazo con una mano firme y le hablo del viento cuando me pregunta: «¿Por qué lloras, mami?».

Sí, le respondo a James, cuánto hemos cambiado. Hemos llegado hasta aquí, a mirarnos así el uno al otro, por encima del pelito rizado de Benjamin, y bajo la toga veo la línea que se dibuja entre tus hombros y el mentón, tan bella y esbelta todavía.

James me mira de nuevo, cabizbajo, casi avergonzado: cuántas cosas feas nos hemos dicho, cuántas afrentas, cuántos insultos: sí, cuántas veces me has acusado, pero siempre con más moderación que yo.

Le respondo con una sonrisa de disculpa, aunque resignada, mientras pienso: has caído del pedestal, Superman. Ahora conozco tu punto débil. Cuando quieres apartarme de tu mundo, surge un muro de piedra detrás de tus ojos como por arte de magia. Por eso yo he aprendido poco a poco a vivir sin ti otros aspectos de mi vida.

¿Recuerdas? Esa fue nuestra primera pelea por Benjamin: lloró y lloró durante todo el día. Volviste a casa de la universidad muy entusiasmado por alguna causa e, ignorando mi rostro sufriente, fingiste que hablabas a la mujer que una vez conociste.

Oh, espera, quiero contarte esto y esto otro, así empezaste. Tu entusiasmo crecía por momentos, y hablabas cada vez más rápido. Benjamin, recostado en mis brazos, chillaba sin cesar, poniéndome la cabeza como un

bombo. Me conoces bien y sabes perfectamente cuando estoy mal, pero aun así, lo ignoraste.

Esto, lo otro, *mis* clases, *mis* ideas, y este tema tan interesante, continuaste. Consciente de que el tema me interesaba especialmente, seguiste tratando de crear un vínculo con esta desagradable mujer que había sustituido a aquella tan interesante y receptiva de antaño.

«¡No ves que no me entero de nada de lo que estás diciendo? —grité—. ¿No oyes cómo vocifera el niño?»

Incontables mujeres reciben cariñosamente a sus maridos cuando vuelven del trabajo, preguntándoles cómo les ha ido el día, si ha sido muy agitado, «¿Quieres tomar algo?, ¿quieres descansar un rato?», les preguntan, colas ingentes de mujeres que esperan a sus maridos con la casa impecable y recién peinadas; cientos y cientos de mujeres desfilan arriba y abajo dentro de mí.

«Acabo de llegar, solo trato de explicarte cómo me ha ido el día», dijiste, aprovechando tu ventaja histórica. Sin embargo, de mi día no se enteró nadie. Sabías perfectamente cómo me sentía y no quisiste deprimirte, por eso te negaste a oírlo y te refugiaste en tu mundo.

Fingiendo ser generoso dijiste que te llevabas al niño para que me fuera a descansar a mi cuarto. Pero a los diez minutos el niño ya estaba berreando. Esperé. Siguió gritando. Me asomé, y tú seguías tumbado leyendo tu artículo mientras el niño lloraba en su cochecito. Te miré a los ojos encolerizada y tú estallaste: «¿No lo ves?, no puedo calmarlo, déjale que llore. Que se joda».

Toqué el pañal a través de sus pantalones y noté que estaba empapado. Le cambié el pañal bruscamente, más enfadada que el propio Benjamin, y empecé a insultarte como nunca había hecho antes; y luego, como colofón, me desboqué hasta perder la dignidad: «Tú, capullo de mierda, cerdo asqueroso», y todo lo demás. Insultos que tú nunca utilizaste, y que yo juré no volver a repetir. Y, entonces, traté de explicarte cómo había pasado yo el día.

—¿Por qué es más hijo mío que tuyo? ¿Te crees que puedo controlarlo todo?

—En fin, no sé, tal vez existe eso del instinto maternal...

—No —dije con sarcasmo—, no tengo instinto maternal, me las arreglo como puedo hasta que lo calmo, nada más. Es mi obligación. Tú pruebas cinco minutos y dices: «¡Que se joda!», y te vas a leer tu puto artículo.

—Oye —dijiste como tantas otras veces—, no te culpo por detestar esta situación. ¿Y si buscamos una niñera? —dijiste olvidando la muerte de mi madre y sin considerar tanto las necesidades de Benjamin como mi amor por él. Te regías por la norma de: si siento amor, no tengo derecho a expresar odio.

Hablamos largo y tendido sobre lo que significa ser madre. Tuviste que aprender con mis gritos, mis exigencias y mi precioso egoísmo. «¿Por qué tengo que hundirme sola? —pregunté—. Benjamin también es tu bebé.»

Pero pasó algo más. Descubrimos tu paciencia y tu calma interna. Fue Benjamin quien lo descubrió. «Oh —dije la noche que lograste dormirlo con tu serenidad—, mira qué instinto maternal tienes.»

Y tú, frente a mi asombro y alegría, te sentiste orgulloso. «El hombrecito de papá», empezaste a cantar mientras lo acunabas.

Hicimos una lista de las tareas. Los lunes, los martes y los miércoles madrugaba yo. Jueves, viernes, sábado y domingo, tú. Asignamos un día extra para ti porque yo me ocupaba de un montón de cosas más.

Aun así, muchas mañanas te olvidabas de cerrar la puerta o dejabas llorar al niño mientras leías el periódico.

—¡Vete a la mierda! —te decía yo plantándome en el salón.

—¡A la mierda todo! —respondías tú—. ¿Qué coño quieres que haga? Sí, he olvidado cerrar la puerta de tu cuarto, ¿y qué?

Hubo muchos días como aquel.

En la oscuridad de la noche, abrazaba tu cuerpo encima del mío, sentía cómo me penetrabas, miraba tus ojos cerrados, tan bellos, veía tu boca abierta rebosante de pasión, te apretaba la mano y después nos preguntábamos si todo esto acabaría separándonos, si no habría algo superior a nosotros capaz de vencer al amor.

Pero el amor cambió y, de no habernos percatado a tiempo, habríamos tomado caminos distintos. Aparte, había un detalle más, muy simple: yo no podía seguir llevando esa vida de madre-esposa, y tú lo asumiste. Estaba desesperada. Necesitaba que tú me ayudaras. *Tu ayuda*, no solo tu apoyo; no

solo los domingos o en ocasiones especiales, *tu ayuda* todos los días y todas las noches para *criar juntos a nuestro hijo*. De modo que me hice esta composición de lugar: preferías a la mujer que era yo antes. Tuviste una madre que te quiso y no necesitabas otra más. Una madre que nunca ocultó la verdad, ni a ti ni a tus hermanos, que nunca fingió con su tono de voz ni con manipulaciones pedagógicas que ocultaran su ira: «Una mujer no tiene la vida fácil», te decía. La veías sudar todos los días y quedarse dormida en el sofá muerta de cansancio. Mi fuerza te atrajo y fue así como me ayudaste a seguir aguantando.

Estuve mucho tiempo recordándote las obligaciones: los martes echar los pañales a la basura, los pañales de hule están en el cajón de la izquierda, por la noche ponle una camiseta, el teléfono del pediatra es el 799-8090, recuerda comprar vitaminas y cereales, si no lo despiertas de la siesta a las dos, no se dormirá hasta las diez, anoche ya lo bañé, hay que vacunarlos de paperas, ponle alcohol en el ombligo para desinfectarlo y vaselina en la herida de la circuncisión, dale la medicina tres veces al día; ya es la hora, ahora acúñalo así.

Yo era el jefe. Pero quería desembarazarme de la mitad de las responsabilidades. Asustada de no poder confiar en ti, tuve que dejar que te dieras cuenta solo. Nos llevó casi dos años, pero finalmente te comprometiste. Un día incluso te pregunté yo a *tí* si al niño le tocaba la segunda vacuna contra polio, y mi alegría se prolongó durante varios días.

Pero faltaba un detalle: tú ibas a la universidad a diario, y por eso hoy estamos aquí y vemos cómo desfilas orgulloso con tu toga. Es más: sabiendo todo lo que has pasado, yo estoy más orgullosa que nadie. Orgullosa de que Benjamin quiera que su padre lo coja en brazos igual que su madre, de que tanto uno como el otro nos ocupemos de él: has puesto tanto de ti mismo en su crianza que te quiere como a una madre.

Asistí a dos cursos por semestre. Me quedaba un largo trecho para terminar el doctorado y no podía dejar a Benjamin tan a menudo como tú, simplemente no podía dejarlo, era muy pequeño. ¿Qué tengo que demostrar todos estos años, James? Tengo un hijo. A nadie le importa.

Así que regreso a la playa de arena, donde sigue subiendo la marea, donde no hay rituales ni togas negras que me remitan a los cambios que hemos vivido, donde no hay un público que reconozca mi lucha entre lágrimas y aplausos, donde, cada vez que baja la marea, amenaza tormenta.

Cuando el ángulo me lo permite, veo a Anna por la ventanilla trasera del coche. Cada vez que la pierdo de vista, presiento que llora. No viviremos muy lejos una de la otra, aproximadamente a una hora de tren. Pero los niños ya no se bañarán juntos por las noches ni se despertarán por las mañanas gritando de alegría. Anna ya no se ocupará de Benjamin una vez por semana, tampoco su marido. Tampoco James, puesto que ahora trabaja. «Pues bien, algo tendré que hacer», pienso angustiada conforme avanzamos por la autovía de Merritt Parkway. Las ramas verdes de los árboles forman un arco sobre nuestras cabezas. Crecí rodeada de hojas; quizá echaré de menos esos contornos coloridos que tanto me avivan el humor. Ojalá haya algún árbol cerca del piso donde vayamos a vivir.

Los puentes a distintos niveles en eterna construcción de la autovía de Cross Bronx Expressway me recuerdan que mi ciudad no está lejos y prácticamente cada una de las salidas de la autopista del West Side marca un episodio de mi infancia.

«Por aquí salíamos al campo cuando yo era pequeña —le comento a Benjamin mientras él me mira de cerca tratando de reconocer a la niña pequeña en el rostro de su madre—. Y por aquí se llega a casa de tía May», le digo.

Finalmente, ya estamos llegando a la salida, que para mí es la última de la autopista de West Side, esa que año tras año, volviéramos de donde volviéramos, me avisaba de que ya estábamos llegando a casa.

Dejamos repentinamente las extensiones de cemento, los tramos de adoquines grises y los muelles del Hudson desde donde acabábamos de ver el *Queen Mary*. Nos desviamos por la salida y nos adentramos en las calles que nos conducen al este.

Precisamente aquí, en esta misma carretera, era donde me despertaban de niña en el coche y yo empezaba a reptar por debajo de la manta, me calzaba y me preguntaba cómo era posible que ya estuviéramos aparcando

después de un viaje que me había parecido interminable. «¿Ya estamos en casa?», murmuraba atontada.

La calle adoquinada en la que vivíamos está ahora asfaltada. El hombre de los congelados, con su carro y su viejo caballo, ya no viene por aquí. Al otro lado de la calle, donde relucían las pequeñas piedras calizas de color rojo que un año pintaron de amarillo, rosa y azul, ahora se erige un gran edificio blanco de pisos llamado Greenwich Arms. Pero la cárcel de mujeres sigue estando en su mismo lugar, y al salir del coche las oigo gritar, como de costumbre: «¡Estoy aquí! ¡Aquí arriba, hijo de puta! ¿Y Millie, no ha venido?».

De pequeña no me cansaba de levantar la vista, aunque nunca llegué a vislumbrar ni un solo rostro tras aquellas ventanas.

Nos instalamos en casa de mi padre durante tres meses, en la misma manzana de la cárcel de mujeres, un poco más abajo. Por tercera vez, en los dos años que llevaba ejerciendo de madre, decidí que mi bebé requería mi atención durante todas las horas del día. Tal vez porque vivía en la casa de mi infancia con mi padre o tal vez por estar irremediabilmente dividida en dos, encarnando a dos mujeres a todas luces opuestas mientras una, de manera alternativa, influía sobre la otra; o tal vez porque no conocía a nadie a quien pudiera confiar a mi hijo, o bien por la proximidad de la cárcel de mujeres. Por el motivo que fuese, aquel verano no fui a la universidad.

«Es buena época para quedarme en casa con Benjamin —me dije—, dos meses tampoco es tanto tiempo, te librarás del estrés de mirar la hora a cada rato y tendrás tiempo para preguntarte cómo llenarás tu día.»

Me organizaba las horas como en la época universitaria, cuando trabajaba de secretaria: si espero hasta las dos para comer, solo me quedarán dos horas de trabajo a mi regreso.

Volví a organizarme la vida y mi meta se convirtió en vencer al reloj.

«Benjamin, ahora estamos solos, tú y yo», le decía cada mañana cuando James y mi padre salían a trabajar, tratando de hacer las cosas bien, prometiendo ser paciente, rezando para que ese día, un día más, me comportara como una buena madre.

Para empezar, me concentraba en cada uno de los movimientos que se supone que deben hacer las madres, ese tipo de cosas que aportan seguridad y orden a la vida. Iba de dormitorio en dormitorio haciendo las camas, recogía los juguetes y las piezas perdidas por la casa, abría las persianas, aclaraba los vasos sucios de la noche anterior, fregaba el suelo.

De pronto, salen dos vasos volando no sé de dónde y se estampan contra el suelo, mientras Benjamin, creyendo haber hecho una broma genial, gruñe muy orgulloso «¡Rmmmm! ¡Rmmmm!», emulando el motor de los aviones.

Sigo fregando mientras maldigo.

—Quiero ver esta habitación limpia y ordenada, aunque sea un solo minuto, Benjamin.

—¡Quiero ir al parque! ¡Quiero salir!

—De acuerdo, pero solo si dejas de lanzar cosas y esperas a que me tome el café.

—El café de mamá. Quema. Quema —susurra en tono amenazante—. No. No —dice tercamente mientras intenta coger la taza. Pero soy más rápida que él y se lo impido. Satisfecha de mi autoridad y de ser una buena madre, me río.

Los días giran a mi alrededor en un círculo, uno tras otro, y cada uno de ellos, aunque distintos en detalle, es una réplica del anterior.

Cojo a Benjamin en brazos para despedir a su papi y a su abuelo desde la ventana.

Redacto la lista de la compra para la cena.

Agarro con fuerza a Benjamin para vestirlo a fin de que no se me escape por la casa y después oigo cómo chilla indignado mientras espera en su cuna a que me haya vestido. Preparo un biberón y él sigue gritando: «Mi bibe! ¡Mi bibe!», como si le estuviera obligando a atravesar el desierto del Sáhara a gatas para saciar la sed. Lo planto en el cochecito con su biberón al tiempo que pienso en coger las llaves, algo de dinero, el cubo y la pala por si fuéramos al parque, ah, y los pañales de repuesto.

Una mañana calurosa de verano, después de dejar todo en su sitio y preparar lo necesario antes de salir, me tomé dos aspirinas y me lancé a la calle empujando el cochecito, que rechinaba de puro viejo. Luego pensé:



«Eres una mujer egoísta. Todo trabajo tiene su parte negativa. Todo trabajo tiene su parte aburrida».

Entonces, como solo eran las nueve, recogí las camisas de mi padre de la lavandería, mis pantalones de la tintorería y me llevé un periódico.

Al llegar a la esquina me dije: «Pero el trabajo debe ser remunerado».

En vista de que todavía eran las nueve y media, compré lo necesario para la cena. Me preguntaba si los dependientes del supermercado percibían el cansancio en mi rostro y la ira en mis ojos. No, milagrosamente me veían como una madre normal y corriente. Pero las madres normales, de eso estaba segura, no pasaban el día pensando en no descontrolarse durante la hora siguiente, haciéndose a un lado, juzgando, burlando y humillando a la mujer que vive sus días lo mejor que sabe, ignorando el rayo que ilumina la conciencia y transforma el mundo ordinario en una caricatura.

Mira esta madre, es una ama de casa *corriente*, bromearía la mujer burlona, su marido está en la oficina. Ella es la mujercita.

Al pasar por la sección de cereales vi a unos niños con sus criadas y sus niñeras. Muerta de envidia pensando en sus madres trabajadoras, cogí los deditos suaves y regordetes de Benjamin y pensé: «Me gustaría ser una de ellas».

En las tiendas, los dependientes detrás de sus mostradores me llamaban «cariño». Uno me llamó «señorita», pero salí arreando antes de que me plantara un lazo rosa en la frente.

Otras veces se me insinuaban sexualmente con sus bocas vulgares emitiendo unos chasquidos repugnantes. Uno me mostró su pene fugazmente. Asqueada, regresé a casa.

Mientras meditaba acerca de la relación entre lazos rosas y penes no solicitados, desde la ventana más alta de la cárcel una mujer me gritó: «¡Ven aquí putilla, ven aquí conmigo!».

Miré hacia arriba sin saber si se dirigía a mí. Pero insistió, despejando así mi duda: «¡Sí, tú, pequeña, ven aquí con mamá!».

Esperé impacientemente a que cayera la tarde, ya lejos de toda esa gente, para irnos a dormir.

Los días pasaban volando, pero las noches... las noches siempre son otra cosa.

*Una noche abandono a mi hijo. Al darme cuenta de que lo he dejado solo, vuelvo corriendo al ascensor a buscarlo. En lugar del viejo ascensor de color gris metálico, me encuentro en uno de madera esculpida, con dibujos preciosos y marquetería dorada. De pronto, reparo en que está estropeado y en que no se detiene. De golpe, sale despedido por un extremo del edificio y aterriza en el suelo, y yo me encuentro más lejos que nunca de Benjamin. Y, luego, me convierto en James. (Yo, James) estoy desesperado, preocupadísimo por Benjamin, y alguien me advierte de que probablemente ha muerto. Subo corriendo las escaleras. Por el camino me percaté de que estoy en un museo lleno de esculturas magníficas y de que todas ellas son mi herencia. «¿Qué haré con todo esto?», me pregunto. Pues bien, algún día tendré que exponerlas. Cuando llego hasta la puerta del apartamento, la casa desaparece y de nuevo me hallo en el exterior.*

Una mañana lluviosa decidí no ir ni a la lavandería, ni a la tintorería ni al supermercado. Cuando dejó de llover eran las diez y media, y nos fuimos directamente al parque. Al llegar, comprobé que había cogido el cubo, pero me había dejado la pala. «¡Quiero una pala!», gritó Benjamin al ver una niña que jugaba a su lado con una pala en la mano. Desesperada, temí que se vengara y que provocara o pegara a una niña que parecía tranquila, obediente y amable. Entonces, Benjamin le arrebató la pala y, cuando ella trató de recuperarla, le dio un golpe en el brazo.

—No, no, no. No. No se pega —dijo la madre de la pequeña haciendo un gesto con el dedo.

—Maldito seas, Benjamin —dije yo dándole con la palma en el brazo apoyando a la mujer. Aparté a Benjamin hacia un lado, le puse una mano delicadamente en el hombro aparentemente maternal, y le susurré— Si vuelves a pegar a un puto niño más te daré tan fuerte que te pondrás de color azul.

Levantó la cabeza, luego, asustado la agachó y prometió portarse bien. Después, evitando la mirada de la mujer, le distraje con el chorro de agua que manaba de la fuente y formaba un canalito en la tierra. Volví de nuevo al banco con la esperanza de permanecer al menos quince minutos tranquila y disfrutar del paisaje, siempre con un ojo puesto en Benjamin. Asustada de

poder aterrorizarle tan fácilmente, me pregunté por qué Benjamin me quería tanto si yo lo trataba de esa manera. Y estaba claro. Los escasos y benditos momentos de objetividad que lograba rescatar durante mis interminables días de introspección me revelaban que Benjamin era un niño bastante normal. Quizá las otras madres hacían lo mismo con sus hijos, pero en privado. También me pregunté si estallar y enfadarse con un niño tal vez fuera tan dañino como la gente creía. No, seguramente se trataba de algo más personal. Más bien pensé que, al ser mi hijo, Benjamin me entendía de manera instintiva.

Cuando volvió a pegar a la niña, lo agarré del brazo y lo metí en el cochecito. Al llegar a casa le grité durante al menos media hora y, dirigiéndome a él como si tuviera veinte años, le solté un sermón sobre moral y rectitud. Benjamin agitaba la cabeza sin parar y, gracias a su diáfana expresión de disculpa en los ojos, logró apagar mi furia. Por fin pude verlo frente a mí como el niño que era. «Pero ¿qué estoy haciendo con este bebé?», pensé y lo cogí en brazos perdonándolo por no ser la creación perfecta de una madre intachable.

«Benjamin, hoy te has portado mal con esta niña —le susurré—, igual que yo, que a veces también me porto mal. A ver si dejamos de portarnos mal tanto tú como yo.»

Entonces, las miradas acusadoras de otras madres que de algún modo habían conseguido mantener su orgullo y ocultar su amargura, al menos en público, se desvanecieron de mi mente durante unas horas. Por lo demás, los días siguieron sucediéndose...

Una mañana, incapaz de enfrentarme a la soledad que me esperaba en el banco del parque, me dirigí hacia el oeste. Fui dejando atrás las calles y las avenidas trazadas en paralelo hasta que, por fin, aliviada, me adentré en las callejuelas más impredecibles del centro. Me acerqué a las tiendas de antigüedades. Vitrinas y más vitrinas llenas de arcas antiguas, balancines con grabados enrevesados y lámparas chinas pintadas. Los reflejos de colores que emitían los prismas triangulares devolvían a la ciudad veraniega su maravilloso aire de antaño. Lejos del parque y de los juicios que me

acechaban tras los árboles, no me importaba ser la madre de Benjamin. Le mostré las estrellas azules, verdes y rosas que se reflejaban en el cristal. Después, fuimos a comer a una repostería italiana.

Pero, por la tarde, al recordar la letra negrita del libro del Dr. Spock que recomendaba fervientemente a los padres que los pequeños pasaran unas horas CADA DÍA con otros niños, volví al banco. En el parque nos encontramos con un yonqui que cogió el cubo de Benjamin, se lo llevó a la boca para beber de él y, después, lo tiró al suelo.

A menudo, en mis paseos matinales, me agarraba con fuerza al manillar del cochecito, pues la violencia de mis pensamientos me asustaba.

«Mmm. Tienes una mamá muy guapa», decía el verdulero acariciando un brócoli con fervor, mirándome a mí y luego a Benjamin. Como un rayo, saqué un hacha del cochecito, donde aguardaba la ocasión para ser utilizada, y le cercené el pene.

Cansada hasta el hartazgo de aquel aburrimiento y con la mente exhausta, empecé a decorar mis fantasías con armas mortales. ¡Uno, dos, tres, cuatro penes salieron rodando por el suelo! Y, a veces, diezmados por las bombas que les lanzaba, salían rodando en masa.

De noche me bañaba con Benjamin. Al desnudarlo, olvidaba mis rencores. Nos sumergíamos en el agua y lo contemplaba mientras jugaba. Lo cubría con burbujas de jabón, él me posaba una en la nariz.

«¡Oh, mami!», dijo un día, exultante de amor, escurriéndose entre mis brazos. Sus hombros ya no eran suaves y acolchados como los del bebé, ahora se veían más erguidos, como los hombros de un niño. Tenía una importante mata de pelo, solo le faltaban las patillas. Lo acaricié y se lo entregué con pena a James, alzándolo para que lo envolviera en su toalla. Me quedé sola en la bañera y recordé un baño, de hace muchos años, cuando era niña. Pero preferí pensar en otra cosa, pues ahora me resultaba más fácil acariciar este cuerpecito que recordar otra mano también amable y amorosa que había acariciado el mío.

Una mañana, después de cumplir con mis tareas domésticas, jugué con Benjamin a hacer construcciones, a la pelota y a los médicos. Luego, sin éxito, intenté que jugara solo para volver a mi lectura. Pero Benjamin solo se

distraía si me veía limpiar. Él consideraba que ése era mi trabajo y, al verme en constante movimiento, de alguna manera, aceptaba que no le prestara atención.

Decidida a hacer cualquier cosa menos jugar, me dediqué a limpiar toda la tarde. Al ver a Benjamin plenamente abstraído en su juego y en silencio, me acordé de Marie, que se pasó la vida fregando, lavando y planchando mientras sus tres niños correteaban por el patio. Ella no se «quedaba en casa con sus hijos». Eran ellos los que se quedaban con ella mientras ella trabajaba. Nosotras, las madres norteamericanas de clase media, somos probablemente las únicas mujeres adultas a quienes recomiendan quedarse en casa y dedicar toda su energía a cuidar de sus hijos, sean uno o más. Nosotras ni almidonamos camisas ni planchamos. Tampoco preparamos grandes guisos. Algunas ni siquiera queremos unos suelos relucientes. Por lo tanto, para ocuparnos en la vida, jugamos con nuestros hijos, ya que nos han convencido de que requieren absolutamente de toda nuestra energía vital para crecer como es debido. Hacemos ver que nos necesitan, pero, en realidad, somos nosotras quienes los necesitamos a ellos. Además, seguimos creyendo las mentiras que nos cuentan sobre las necesidades de los pequeños y el instinto maternal. ¿Quién se ocuparía de ellos si nosotras no lo hiciéramos? He aquí algunas alternativas interesantes. Cuando no jugamos a hacer construcciones Tinker Toy o preparamos la comida, podemos sentarnos en el sofá a contemplarlos mientras juegan, o bien ver la televisión o mirar por la ventana y, ya sin ni siquiera soñar, pensar en las musarañas.

Cuando acabé de limpiar todavía eran las cuatro. Faltaba un rato para que James y mi padre regresaran a casa. No era la hora de cenar. Senté a Benjamin frente al televisor, donde siempre se quedaba hasta que yo la apagaba, me tumbé en la cama a sus espaldas, y empecé a dormir.

*Soñé que vivía en un piso muy grande. Hay varias habitaciones que nunca uso. Todas juntas forman un apartamento entero: salón, cocina, baño. Su presencia me molesta, amenazan misteriosamente la seguridad que reina en las habitaciones que uso. Intento ignorarlas, pues no puedo evitar darme*

*cuenta de que se están deteriorando, las veo cada vez más sucias. Aun así, intento fingir que solo puedo seguir usando las habitaciones de la parte frontal.*

Me despierta el timbre. Es James. Me pregunta cómo ha ido el día.

Convivía en mi casa con dos hombres. Sus nombres eran mi Padre y mi Marido. James, a quien conocía bien, se había esfumado y solo de vez en cuando, en la oscuridad de la noche, se colaba sigilosamente en mi cama mientras todos los demás dormían para abrazar a una mujer que, alguna que otra vez, se sentía viva y le correspondía. Pero, por la mañana, James desaparecía de nuevo, y se convertía en mi Marido.

Mi Marido era cariñoso. Después de pasar un año ocupándose de su hijo, había aprendido lo suficiente para colaborar de buen grado con su mujer durante las noches y los fines de semana. Se preocupaba por la mujer a quien amaba, que amenazaba con convertirse en una mera *madredesushijos*, insistiéndome en que siempre me ocultaba bajo una ropa andrajosa y que mi mirada era fría y distante. Cuando Benjamin y yo nos abrazábamos o nos reíamos juntos, a veces me asomaba un instante para saludar a James a su llegada. Así era cómo él se enteraba de que yo estaba en casa. Pero por las mañanas siempre andaba pensativa o desocupada, y entonces despedía a mi Marido saludándole con la mano.

Mi Marido era lo suficientemente inteligente para detectar que las cosas no iban bien. Pero lo que no funcionaba no tenía solución. Su mujer detestaba de manera exasperada esa vida que no podía cambiar y que tampoco prometía mejorar. Cuando él le sugería llamar a una agencia de niñeras, ella le hablaba de esos padres que llegaban a casa y se encontraban a sus hijos asesinados en la bañera por una señora de buena pinta recomendada por la agencia. Cada vez que él hablaba de asistentes, ella le recordaba que su criada le pegaba de niña todos los días, hasta que por fin tuvo el coraje de contárselo a su padre.

—Ya, pero seguro que existen buenas cuidadoras —dijo él en tono razonable—. De hecho, a ti misma te crío una mujer amable.

—Después de pasar por cinco brujas —respondió ella.

Reparó en que su mujer estaba paralizada y en que no había solución. Pero tenía claro que no iba a dejar su trabajo que, al margen de todo, alimentaba tres bocas. Ambos dejaron la conversación, ya más aliviados.

Entonces intervino el Padre, que había criado a dos hijas, una experiencia que en mayor o menor medida afecta a los hombres.

«Deberías encontrar a alguien que cuide de Benjamin para que puedas volver a la universidad», le dijo a su hija.

Liberada por la recomendación paterna y recordando que mi padre salía de casa por la mañana y regresaba de noche, pensé: «Preferiría ser padre a ser madre».

Una noche expliqué lo que pensaba a mi Padre y a mi Marido.

—No puedo dejar a Benjamin con cualquiera, aunque detesto la vida que llevo. —En mi opinión, el dilema era comprensible.

—Dentro de un mes trabajaré solo media jornada —dijo mi Padre—, y podré ocuparme de mi nieto dos días por semana —dijo rodeándome con los brazos.

Luego, como era habitual en él después de hacer una oferta maravillosa, se enfurecía porque era consciente de que el sacrificado resultaba ser él. Oh, no, él no iba a faltar a su palabra, eso nunca, pero pasaba las horas encerrado en su habitación, recogido, montado en cólera y avivando las llamas.

«¿Por qué estás enfadado?», le preguntaba yo, sabiendo que era porque no me creía capaz de cumplir con mis obligaciones cotidianas.

«¿Qué será de ella?», pensaba él tumbado en la cama noche tras noche.

Decidí emplear mi tiempo en buscar piso.

De noche, vuelvo de visita a la casa de las habitaciones ocultas. *Entro en el apartamento vacío que hay detrás del que yo habito. Y, de un sobresalto, descubro que hay gente viviendo dentro.*

En el mundo exterior a mi sueño, Benjamin llora mientras duerme, y con su llanto, el sueño se transforma.

*Sueño que dejo llorar a Benjamin demasiado rato. Cuando finalmente voy a buscarlo, no se encuentra bien y está sangrando de tanto llorar. Está desnudo y ha perdido mucho peso. Su bellos rizos han desaparecido.*

*Lo agarro con fuerza y corro a las habitaciones traseras donde hay gente. Les pido que llamen al médico. En el momento en que salen a avisarlo, veo que han dejado el apartamento muy bien decorado. Todo está limpio. Hay un sofá tapizado con brocado de oro. Luego advierto que este apartamento no es el único. Detrás hay otro. Entro con Benjamin a cuestas y veo que la habitación no está arreglada. Es un espacio amueblado, pero sin estilo ni personalidad. Me sorprende que pueda entrar sin obstáculos en los dos apartamentos. Sin embargo, hay un tercero en el que nunca he entrado antes. Está oscuro. Siento que hay alguien dentro, alguien que puede curar a Benjamin, tal vez mi abuela, que murió cuando yo era pequeña. Envuelvo al niño con uno de sus viejos arrullos, lo aprieto contra mí y me quedo observando en la oscuridad de la habitación.*

Volví atrás en el tiempo y recordé aquel verano que pasé en posición horizontal, los años que viví entre New Haven y Nueva York, hibernando como un animal y en una confusión constante. Fue una de esas épocas de suspensión en que necesitas vegetar para que todo lo nuevo que ha empezado a arraigar en ti tenga tiempo de desarrollarse con calma, sin que lo impidan otras cosas.

Hace ahora al menos dos años que todo sucede tan deprisa que nada tiene tiempo de asentarse. Era como vivir en ebullición, siempre a punto de estallar, encerrada en un fino cristal susceptible de hacerse añicos en cualquier momento. Hubo noches en las que todavía resoplaba recordando la última fase del parto, bajo el impacto de aquel dolor destructor que yo creí poder eliminar con la poderosa combinación de la ciencia, una fuerza digna de amazona y un extravagante concepto de salud psicológica.

Al menos logré descartar algunas ilusiones. Una tarde soleada el ginecólogo me reveló un secreto. Llegué a su consulta con una lista de preguntas. ¿Por qué tenía náuseas?, le pregunté, y ¿por qué me dolían tanto los muslos? Y con aire cansino, me respondió: «Si quieres respuestas a tus preguntas, pues podrías tener un aborto, una septicemia o algo incluso peor durante el embarazo. Aquí no sabemos nada de partos normales». He aquí los avances de la medicina.



Después del embarazo y del parto, la fe en imponer mi voluntad se había desintegrado como una prenda de ropa vieja que se desgarraba después de un lavado. «Puedes hacer todo lo que te propongas», me repetía mi antiguo yo. Empecé a reírme.

¿Y la salud psíquica? Eso era algo que arrastraba como una bola encadenada a unos grilletes y que me impedía echarme en el suelo a mis anchas, sencillamente tumbarme, chillar y llorar eternamente o, al menos, hasta que una voz lejana y sensata dijera: «Se ha derrumbado. Ha acabado con ella. Llévala al hospital, al mejor hospital, por supuesto, donde reciba el mejor cuidado, donde la escuchen, donde la ayuden a recuperarse».

Entonces, unos brazos vigorosos te recogerían y te llevarían a algún lugar cerca del mar, donde sirven el desayuno cada noche a las ocho y la cena al amanecer: nada funcionaría con normalidad. Y, varias veces al día, alguna persona amable te diría: «Ahora, cariño, hágame de ti. ¿Cuándo empezó todo esto?».

En su lugar, la bola y las cadenas tiraban con fuerza de tus tobillos hasta desgarrarte la piel mientras resonaba la voz de un adulto que insistía: «Levántate ya, el niño está llorando».

De haber sabido con seguridad que había un final, habría podido disfrutar de aquel verano de rutina y silencio o, tal vez animada por algún buen plan de futuro, hubiera podido suspirar de alivio y decir: «Ah, bien, debo volver a mi trabajo».

Sin embargo, tenía varias preguntas pendientes antes de que el futuro se plantara a las claras delante de mí, dispuesto en las notas de mi agenda. Tenía una pregunta inaplazable y evidente. «¿Quién si no, puesto que mi padre no podía ocuparse indefinidamente, cuidaría de Benjamin?» La segunda todavía no tenía el privilegio de verbalizarse en toda su extensión; aún no había llegado el momento de preguntarse de viva voz cuándo volvería a escribir en serio. Así que fingí que esta pregunta no existía o que ya estaba resuelta. Sin duda, pensé: «Volveré a la universidad». A cualquier universidad. Cualquier carrera. A cualquier hora y en cualquier lugar. La universidad te da la posibilidad de zafarte de la dura responsabilidad del compromiso. A veces,

cuando la niña-mujer sonreía sarcásticamente, la miraba con inocencia y desconcierto, sabiendo que ella sabía que yo sabía, y que yo sabía que ella sabía, y me empeñaba en guardar silencio.

Me quité un peso de encima cuando me trasladé al norte de la ciudad y empezó el semestre de otoño. Dos veces por semana preparaba la bolsa de Benjamin llena hasta los topes con todo lo necesario, cogía mis libros, plegaba el carrito y bajaba las escaleras de la estación de metro de Broadway con Benjamin, dejaba todo en casa de mi padre excepto mis libros, me dirigía a la universidad y, por la tarde, regresaba a buscar a Benjamin. Fueron días agotadores, pero había algo que me gustaba. De noche no caía dormida como un adrillo a las ocho de la tarde por el efecto hipnótico de aquel caluroso verano. Ahora, aunque acababa exhausta después de atravesar Manhattan con Benjamin auestas, sentía una especie de cansancio reparador, digno de respeto. Había trabajado, había empleado energía física y había logrado desconectar la mente durante periodos largos y maravillosos. Ir en metro con Benjamin y con toda la parafernalia requería mucha concentración. Leer libros de texto y escribir artículos de investigación eran actividades en las que me abstraía, incluso me relajaba, cosa que con la escritura y la maternidad no me sucedía.

Pero el estudio de las costumbres de otras culturas, de las convenciones de otras formas de vida, era una tarea no solo interesante para mí. Cubría una necesidad que todavía no era capaz de definir, pero yo sabía que me interesaba mucho. Este campo de conocimiento era justamente en donde podía investigar acerca de las conexiones que no había sido capaz de establecer en mi propia vida: convertirme en madre había abierto un espacio de polaridad cuyas caras opuestas no sabía cómo encajar.

Mi interés por otras culturas era tan entusiasta, sus tradiciones me parecían tan nobles, enriquecedoras y exóticas, que me di cuenta de que hasta ahora había vivido totalmente ajena a las costumbres de mi propia cultura. Esta dicotomía emocional es común entre los antropólogos, entre los exploradores que son marginados en su propio entorno, y es precisamente su marginalidad, su sensación de extrañeza, lo que los distingue. Aquello que la mayoría de nosotros ve como una realidad categórica ellos lo contemplan como un posible modelo dentro de un enorme espectro de posibilidades. Lo

sienten así, en primer lugar, por temperamento, y más tarde, por formación. Al final, acaban siendo unos extraños tanto en su cultura de origen como en la cultura de los individuos con los que conviven temporalmente.

Yo tenía este temperamento y también la intención de dedicar todo mi interés a esta materia. Y, aunque siempre sospeché que nunca iba a terminar mis estudios y menos aún instalarme a vivir en un lugar remoto, mi interés por el ámbito de la antropología era cada vez mayor. Siempre me preguntaba qué factores habrían intervenido para ser la persona que yo era.

¿Provenía tal vez de una familia y una comunidad que se definían con orgullo como familias no convencionales y que menospreciaban las viejas tradiciones norteamericanas tildándolas de burguesas? ¿O tal vez nací con una atracción desmedida hacia todo cuanto llevaba implícita la rebeldía, con o sin la convicción política de los socialistas revolucionarios y las feministas, aquel mundo adulto que me había rodeado durante la infancia? Si me hubiera tocado nacer en una granja del Medio Oeste, ¿habría estado igualmente tentada, por mi propio instinto irreprimible, a sumergirme en los márgenes de la heterodoxia?

Pero ¿cómo pretendía desentrañar el origen múltiple de este rasgo de personalidad tan íntimo y familiar, y distinguir si procedía de mi temperamento o de mi formación, cuando ni siquiera podía saber si Benjamin era un niño nervioso e inestable porque nació así o porque aprendió a serlo debido a la actitud de su madre, quien, por un lado, le abrazaba con una ternura arrolladora y, por otro, le gritaba como una fiera cuando lloraba en su cuna?

Esta era la clase de pregunta que para mí no tenía respuesta. Después de dos meses de vida, por no hablar de treinta años, no sabía diferenciar con claridad entre el ambiente de donde la persona procedía de las experiencias que la construían día tras día. Su espíritu quedaba oculto tras un escudo impenetrable.

Desde que había dado a luz, poco a poco me fui resignando a vivir en una confusión permanente. Pese a mi temperamento, pese a una infancia rica en figuras que representaban la independencia femenina, encabezada por mi madre, mis tías, las amigas de mi madre, que conservaban sus apellidos de

solteras, sus profesiones y su orgullo infinito, lo que realmente me sorprendía era haber caído víctima de los convencionalismos de la maternidad. Al fin y al cabo, ¿tanto poder tienen las convenciones?

Cuando dejaba a Benjamin con mi padre por la mañana, no me iba con la sensación de perseguir cualquier objetivo ni de responder a un gesto mecánico que sirviera de pretexto para alejarme de mi casa y de mi hijo. Al contrario, tenía una misión que cumplir. Los libros de texto y las crónicas de viajes eran mis biblias o, como poco, albergaban las respuestas a miles de misterios. Buscaba textos sobre mujeres y niños en todos los libros que describían las costumbres de los cazadores y los ritos de la pubertad masculina. Señalaba todos los nombres de mujeres antropólogas que hablaban de la mujer tribal, insatisfecha como estaba con la visión masculina del mundo femenino. Recababa mucha información sobre la experiencia emocional y el carácter ritualista de la conducta de los nuevos padres, pero di con muy poca sobre las mujeres que dan a luz. Sin embargo, en la escasa información que encontré acerca de ellas, se hablaba del inmenso dolor y de los profundos cambios espirituales que experimentan las mujeres en unos términos con los que me identificaba, y me sentí muy aliviada. Reconocerme en aquellas mujeres de entornos completamente diferentes al mío me daba aliento y, conforme avanzaba en mi investigación, mi trabajo cobraba una importancia cada vez mayor: estaba planeando como sobrevivir.

Por la tarde, de regreso a casa de mi padre, satisfecha tras mi estimulante jornada, llegaba con un deseo enorme de ver a Benjamin. Cuando mi padre relataba sus recuerdos de infancia en Rusia, los primeros días de su vida en Estados Unidos y su adhesión a la subcultura contradictoria y apasionada conocida como la «izquierda americana», yo era capaz de escucharlo con calma.

Mientras hablaba, su rostro envejecido y sus finas canas se iban desdibujando, y de pronto se convertía en un hombre joven y robusto. Sí, es cierto. Había estado enamorada de él. Imposible no estarlo para una hija. Entonces, le hacía preguntas que suscitaban largas respuestas, sabiendo que le remitirían a las historias románticas que me había explicado cien veces. No es que yo quisiera oírlas de nuevo, sino que aquellos relatos atenuaban su eterna e irremediable infelicidad que, casi más que cualquier otra cosa, era lo

que había definido mis gustos y el fondo de mis sentimientos. Esa particularidad nunca dejó de estar presente, al menos desde la muerte de mi madre. Por las mañanas le había oído cantar tristes canciones de amor en la cocina mientras yo pasaba horas y horas echada en la cama. Unos años más tarde, entraba en su habitación y lo encontraba tumbado en su pequeña cama, refugiado en sus lecturas y en la radio, afición que fue creciendo con el tiempo. Ingenua y arrogante como los niños, creía que podía seducirlo contándole una historia graciosa, revelándole alguno de mis secretos o dándole una clase escalofriante sobre la psicología del masoquismo y así sacarlo de su infelicidad. Por otro lado, nuestra felicidad, pues la felicidad también existía, nunca era sencilla, ni suficiente ni directa, sino que siempre se distinguía por un cierto patetismo.

«Si tu madre pudiera estar aquí», interrumpía él con su inevitable cantilena tras un momento de júbilo.

Lo que nunca fallaba era el debate sobre temas políticos del pasado y sobre la política actual. En su caso no era cuestión de nostalgia. Le estimulaba mucho el tema y estaba bien informado. Así que, mientras Benjamin modelaba figuras con su bocado de mantequilla de cacahuete, lo aplanaba como una torta o hacía bolitas con los restos, yo le preguntaba algo sobre la guerra civil española y sus obvias consecuencias en Vietnam, o bien le pedía su opinión sobre alguna publicación nueva que demostrara, de una vez por todas, la inocencia de los Rosenberg. Pero, en el momento en que me parecía que asomaba la cabeza y se disipaba la desesperación que flotaba sobre él como una nube envenenada, Benjamin requería atención, y su rostro avejentado reaparecía de nuevo ante mis ojos. Después hablábamos de su jubilación forzosa, de sus días vacíos, de sus noches de soledad. En esos momentos, me preguntaba quién era ese hombre mayor. Era el abuelo de Benjamin y, con poco más que eso a sus espaldas, se estaba muriendo.

—No me siento bien —me decía de vez en cuando. «En fin —pensaba yo—, siempre se está quejando.»

—Pues ve al médico —le respondía brevemente, sabiendo que ahora cualquier movimiento le superaba. Y, después de convencerme que, desde que era madre, había aprendido a ver a mi padre como un ser mortal, como un ser humano imperfecto, aún seguía fingiendo y tratándolo de invencible.

«Oh, un día me enterrarás», le decía yo bromeando. Entonces, él desviaba la mirada y yo le lanzaba una pregunta sobre la época en que lo encarcelaron y lo golpearon por haber desfilado frente a la Casa Blanca reclamando el derecho a la Seguridad Social. Entonces él volvía despacito y de puntillas al presente, lejos del vacío estremecedor que le deparaba el futuro, protegido por su glorioso y radiante pasado.

Cuando regresaba de la universidad, si Benjamin había pasado un buen día, mi padre rebosaba de alegría. A veces pasaban el día entero leyendo o haciendo construcciones, pero lo más importante era que Benjamin, en algún momento, se hubiera lanzado sobre su abuelo con los brazos abiertos apretándolo enérgicamente y diciéndole: «¡Oh, abuelito, te quiero mucho!».

En cambio, si Benjamin había pasado el día lloroso, enfurruñado y tristón, y no le había plantado ni un solo beso a su abuelo, mi padre se disgustaba. Porque, detrás de su envejecido rostro, mucho más allá de aquel semblante joven y bello, se ocultaba ese niño que nunca renunció al poder, un niño casi de la edad de Benjamin.

Cuando cumplí dieciocho años, mi padre me sentó en el sofá para comunicarme que había llegado el momento de tener una conversación.

«Ahora eres una mujer adulta», dijo con voz amenazante, procediendo a enumerar una serie de cosas que cualquier adulto debería saber.

«Y ahora te explicaré cómo fue exactamente», empezó una y otra vez, mientras yo me tambaleaba con sus contundentes mazazos.

«Y ahora te explicaré cómo me sentí cuando tu madre murió. Estuvo varias semanas sin querer verme. No quería que yo la viese de esa manera, me decía, y yo me sentaba cada noche en esa silla, preguntándome qué iba a hacer sin ella.»

«Y ahora te explicaré el día que me quedé en el paro, que duró tres años mientras vosotras pensabais que cada mañana salía a trabajar, cuando, en realidad, me recorría las calles durante ocho horas al día buscando trabajo. Un día me pidieron el currículum y yo, harto de tanta decepción y de mentiras absurdas, rellené el formulario impreso con sus subsiguientes espacios en blanco: “Durante los últimos treinta años he sido el coordinador del partido comunista”. Acto seguido, rompí el papel en mil pedazos y me dispuse de nuevo a callejear.»

«Pero yo creía, creía que...», le dije, y él me respondió: «Eras demasiado joven para enterarte de estas cosas». Me lo dejó bien claro: ahora ya tenía la edad de saberlo todo.

«Y ahora te explicaré la soledad que me invadía por las noches.»

«Y ahora te explicaré cuando el partido se escindió y el trabajo de toda una vida se fue al garete.»

«Y ahora te explicaré cuando tu hermana no aprobó los exámenes de graduación de primaria como los otros compañeros y lloró durante días y días.»

«Y ahora te explicaré cuando te pillaron en el tejado besuqueándote, y tu madre no estaba ahí para aconsejarte.»

«Pero ¿qué puedo hacer...? ¿Qué tengo que...?», le pregunté.

«Puedes escuchar. Escucharme cuando te explico cómo murió mi madre, mi madre, sí, una mujer joven y guapa.» En ese momento, se le llenaron los ojos de lágrimas y maldijo a su padre, el hombre que la llevó a la tumba por propinarles tantas palizas a ella y a sus hijos.

«Oh, ya veo lo que pretendes —pensé, en un momento de lucidez—. Ya no quieres tener dos hijas. Dos son demasiadas, así que vas a convertir a una en tu propia madre. Oh, no, te crees muy astuto, pues no seré yo», protesté inútilmente.

«Mereces saber la verdad», amenazó, después de habérselas ingeniado para ocultarlo todo.

Todo esto ocurrió hace años. Aprendí, como tanta gente, que ser hija-madre era más fácil de lo pensaba y, desde que tuve a Benjamin, *madrehija-madre*. ¿Quién era yo para dar lecciones morales? ¿O es que Benjamin no era mi *padrehijo*? La relación entre mi padre y yo se estrechó más que nunca desde que tuve al bebé. Al ser la madre de Benjamin, me resultaba más fácil ser también la madre de mi padre. Como había dicho siempre mi abuela, donde come uno comen dos.

Cada mañana, antes de ir al colegio, Benjamin veía *Barrio Sésamo* mientras yo escribía en mi cuaderno. Los días que pasábamos juntos, cuando él dormía la siesta, yo aprovechaba para anotar mis sueños. Pero me parecía una concesión, una tarea tan nimia que, al oír en mi cabeza el eco de las carcajadas burlonas de los verdaderos artistas, me avergonzaba y dejaba de escribir. Ya es bastante difícil ser madre y artista a la vez. Pero ser madre también significaba negar la evidencia histórica: es bien sabido que las grandes escritoras y las mujeres chamán de culturas no occidentales no tenían hijos, y no iba a ser yo la mujer que se llevara la historia por delante.

Además, había acumulado una buena dosis de negativas a mis proyectos en sucintos y corteses formularios escritos a máquina con esas palabras amables que te rompen el corazón. Por lo menos, volver a la universidad me permitiría reunirme con James y con el mundo adulto desde el cual podríamos apoyar conjuntamente a nuestro hijo. En el plazo de un año, mi posición me facilitaría encontrar una plaza de docente, y eso me convenía. Pero el problema sería manejar tres trabajos a la vez: uno remunerado, después la escritura y, por último, la maternidad.

Sin embargo, esta idea no duró más de un día en mi cabeza, porque enseguida la deseché. «Tal vez —pensé— nunca dispondré de bastante tiempo ni energía para volver a escribir en serio. Para ello me temo que uno debe vivir realmente solo.»

Cuando yo vivía sola, bastaba que apareciera un ser humano para que se activara mi ansiedad. Y, en lugar de hacer algo productivo, corría al teléfono mordiéndome las uñas, temblando como un flan, y acordaba a toda prisa una cita para la noche o para la mañana siguiente, tras lo cual me calmaba, sabiendo que mi querida soledad no se transformaría en un terrible aislamiento al caer la noche.



Desde que nació Benjamin no me encontré con estos problemas. Si me organizaba para estar sola, esos momentos siempre se veían constreñidos por largos ratos de interacción social, experiencia a veces irritante, pero siempre inevitable. Bastaba que transcurrieran unas horas para que tuviera que salir arreando a recoger a Benjamin. Después, vuelta a cocinar, a lavar platos, a preparar pijamas, a ordenar habitaciones, a cantar nanas. Por mucho que me lamentara, esta vida era la mejor que podía tener. Incluso ahora, en más de una ocasión, los momentos de soledad eran agobiantes.

—Pero ¿qué demonios quieres? —me preguntaba James cada vez que barruntaba la contradicción entre la mujer que era hoy y la que podía haber sido—. ¿Ser perfecta?

—Pues, de alguna manera, sí, deseo una situación normal en la que pueda dejar a mi hijo y ponerme a trabajar.

Y él, sensato como era, me sugería:

—Ahora deberías terminar este año universitario, y luego, cuando empieces a dar clases, ya volverás a escribir.

Con lo que cerraba amablemente la conversación hasta que estallaba la pelea nocturna.

—Qué fácil, ¿verdad?, me olvido de escribir y ya está.

—Pues escribe de noche y lo alternas con los estudios.

—Te recuerdo que la casa me da mucho trabajo y Benjamin también. Nunca he pretendido ser Wonder Woman, ¿sabes?

James, que sabía perfectamente meter el dedo en la llaga y herir mi orgullo, entonces quebradizo, me recordó con crueldad:

—En fin, un día u otro tendrás que empezar a ganar dinero. Si se supone que debo aprender a ser un padre responsable, según la visión feminista, yo no debería ser el único apoyo económico de la familia.

Aparte de tener mucho sentido, lo que dijo era obvio. Pero, eso sí, sorteaba la complejidad de mi vida con tanto esmero que no hacía más que aumentar mi desconcierto. Como la mayoría de hombres, James consideraba que cada pregunta requería una respuesta concreta, y que la irritabilidad que provocaba la confusión tenía que ser erradicada cuanto antes con una solución, cualquiera.

Pero hay un tipo de duda que debe ser respetada en sí misma, una clase de pregunta que no tiene forzosamente *una respuesta*, sino que puede resolverse conversando largo y tendido sobre lo que uno siente o profundizando en los sentimientos, porque solo así pueden salir a relucir los temas importantes. De modo que, al final, te sientes mejor y más comprendido. Solo entonces surge la posibilidad de modificar algo. Estos debates tan propios de mujeres suelen abordar temas que aparentemente no vienen al caso; pero, al final, desvelan el secreto que más se necesita compartir, ese secreto tan doloroso e invisible que se oculta en la tristeza. Entonces, cuando se establece el diálogo y crees que ha ocurrido fortuitamente, resulta que no ha sido el caso, sino al contrario: ha sido el resultado de un proceso de reconocimiento continuo, sereno, amoroso, una constante aseveración del uno al otro que diga: «Yo soy igual que tú», que abre las puertas y desenreda los nudos. Esto es lo que busca la mujer en un amigo.

Cuando nuestras discusiones se prolongaban durante horas, James se sentaba en una silla, se cubría el rostro con las manos, y yo ya sabía que le dolía cabeza. A veces hasta bostezaba y, por la posición de su cuerpo, deducía que estaba cada vez más cansado y se quedaba callado. El silencio que transcurría desde mi último estallido se me hacía eterno. A menudo pensaba que si yo no hubiera dicho nada, él no habría hablado hasta la mañana siguiente, simplemente se habría ido directamente de la silla a la cama.

Algunas mañanas, reconocía que mi actitud era mejor que la suya, que cuando a cualquier otro se lo hubieran llevado a rastras directo al manicomio sacando espuma por la boca, yo les despedía apaciblemente con un gesto de la mano, cuerda y serena; que tal vez era recomendable vivir las emociones hasta el límite.

Luego le confesaba que envidiaba su capacidad de afrontar las dificultades sin extenderse eternamente con discursos vanos, de aceptar el dolor sin quejarse. Yo le prometía controlar mis gritos; él, a su vez, me prometió ser más delicado, y ambos, convencidos de que no lograríamos mantener nuestras promesas, nos besábamos, nos perdonábamos y, en un gesto de amor profundo, volvíamos cada uno a lo nuestro.

En mi entorno ahora todo el mundo tenía hijos. Algunas mujeres se incorporaban al trabajo de inmediato. Otras se quedaban en casa, por voluntad propia o por sacrificio, incapaces de dejar a sus hijos al cuidado de otros. A algunas, las que tenían la suerte de haber aprendido un oficio que les permitía conseguir un empleo de media jornada, les resultaba más fácil alternar las dos ocupaciones. Pero, cualquiera que fuese la solución que encontraran para su situación laboral, ni una sola se zafaba de las peleas conyugales. Muchos matrimonios se habían separado por falta de entendimiento mutuo, una incapacidad que tomaba la siguiente forma en palabras del hombre: «Tengo que pensar en mi trabajo. Cuando llego a casa estoy demasiado cansado para cuidar del niño. Esto de la liberación de la mujer no tiene nada que ver conmigo». Algunos de estos hombres se creían defensores del movimiento de mujeres. «Quiero que mi mujer trabaje — declaraban con orgullo—, pero antes debe resolver el tema de la guardería.» Era sabido que las madres cargaban con más responsabilidad sobre sus espaldas, mientras que la paternidad, sagrada, protegida y pueril, no cambiaba en lo más mínimo.

Algunas mujeres, incapaces de poder con todo o convencidas de que sus hijos necesitaban de su cuidado, reticentes a poner en peligro su matrimonio, abandonaban todos sus proyectos y se quedaban en casa, unas para disfrutar dentro de lo posible y otras, insatisfechas, para sacrificarse. Normalmente era una combinación de ambas caracterizada por una identificación con la carrera de sus maridos y el crecimiento minucioso de sus hijos, fenómeno que crecía y crecía hasta el repentino divorcio, que caía sobre ellos como un jarro de agua fría.

Las demás luchábamos. El resentimiento de James tenía una o dos facetas. Una se distinguía en una mezcla de olvido e impotencia: olvidaba llevar a Benjamin al pediatra o, de repente, no tenía fuerzas para acostarlo.

Cuando le vencía la sinceridad, decía: «Ya no soporto más este conflicto. Haz algo, lo que sea. Mira, yo trabajo muchas horas al día y, aunque no me importa regresar a casa y cuidar de Benjamin, sí me importa pasar el resto de la noche discutiendo».

Pero, cada vez que intentaba comentar con él si hacer una cosa u otra, acabábamos peleándonos. Yo detestaba eso tanto como James, pero era tan incapaz como él de evitarlo.

Viajábamos en trenes distintos, en direcciones opuestas, gritando a pleno pulmón hacia el viento. Empecé a preguntarme si la búsqueda de la androginia, tan enérgica, esperanzadora y religiosa, estaba hecha solamente para el mundo de los que no eran padres. Cada vez más necesitaba tener amigas mujeres con quienes poder hablar sobre el conflicto que genera la maternidad, es decir, el conflicto de mi vida. Y, aunque me entristecía alejarme de James en este aspecto, me hacía más fuerte sin él.

Nuestras posturas estaban más definidas; yo ya no esperaba que fuéramos como antes. Sabía que James amaba a su hijo. Sin embargo, ahí residía la diferencia: yo siempre me sentía más implicada en todo lo que concernía a Benjamin. Los pormenores de su vida, sus experiencias, eran fundamentales para mí. Me identificaba con todo lo que le ocurría, fuese yo la causa de sus dificultades o la receptora de su dolor. Solo en momentos transitorios, cuando lo miraba mientras dormía o me entrometía en uno de sus juegos solitarios, podía verlo como un ser separado de mí, distinto a mí. Con un asombro cada vez mayor me fui dando cuenta, conforme crecía y crecía, que Benjamin *había vivido dentro de mí*.

El cuerpo de James apenas había cambiado en los últimos tres años. Yo agradecía que el mío reflejara las transformaciones de la maternidad. Porque estos cambios físicos eran una señal indiscutible de que había superado un rito de paso y salido con vida. La maternidad había dejado sus huellas en mi vientre, en mis pechos planos, en mi percepción del dolor.

Después de vivir momentos más o menos apasionados, James se marchaba, como suelen hacer los hombres, sin reparar especialmente en la existencia de Benjamin. Era padre solo porque debía cuidar de un hijo. La presencia de Benjamin, sus exigencias y sus necesidades crearon la paternidad de James. Sin embargo, al margen del futuro de Benjamin, yo, incluso de no haberlo conocido nunca, era otra persona. Por una vez en la vida, las palabras, los pensamientos, los conceptos o las ideas de cualquier índole dejaron de ser prioritarios, incluso pasaron a ser de difícil comprensión. Por una vez, mi carne tangible y perecedera era ahora un hogar

propio. Empecé el proceso maternal sufriendo como un animal debido a la transformación física. Tal como los chicos adolescentes de las sociedades tribales se someten a las incisiones en la cara como señal de entrada en la edad adulta, ya también comprendí cómo un cambio espiritual devenía un cambio físico, y aprendí a convertir lo abstracto en concreto. Teniendo en cuenta que las costumbres y los ritos de paso de mi cultura eran nimios o incluso destructivos, el impacto de mi experiencia no era menor. Pues una vez cumplido, ese acto era personal e intransferible. Mi vínculo con Benjamin era ahora una realidad esencial.

A veces, después de hacer el amor con James, reposaba la cabeza sobre su hombro con la mirada perdida y con la sensación de que algo intangible entre nosotros se burlaba de nuestras buenas intenciones. En esos momentos, creía firmemente en que nada nunca podría separarnos. A Benjamin, a mi padre y a mi hermana, no los quise por elección propia, sino que eran casi extensiones de mi propio ser. Pero mi relación con James estaba a otra escala. Yo lo escogí a él para darle mi amor o incluso retirárselo según las circunstancias, porque formaba parte de mi vida, más que la vida misma, y por esa razón lo amaba de una manera especial. Pues era con él, y solo con él, con quien quería compartir mi vida.

La llegada de Benjamin lo cambió todo. Ahora éramos padre y madre, marido y mujer, y aunque estos roles nos unían indefectiblemente como familia y nos asignaban unas responsabilidades, al mismo tiempo acarreaban un peligro. Cuanto más James se volvía «padre de Benjamin», más se convertía en el padre que tuve yo de niña. Pero como nunca llegó a encarnar esa fusión perfecta, me fui sintiendo cada vez más identificada con Benjamin, y James se convirtió en una especie de intruso que se inmiscuía en nuestro idílico y exclusivo romance. Pero era un romance no solo entre Benjamin y yo, sino también conmigo misma. Mi parecido con Benjamin me llamaba la atención y no lograba ver un solo rasgo de James en él. A veces, el salto generacional no importaba; Benjamin era mi padre, era cualquier cosa que tuviera que ver con mi creación, todo lo relacionado con mi sangre. Así deduje que nuestro lazo con James era puramente circunstancial.

Solo cuando James y yo estábamos sin Benjamin, nuestro amor recobraba sentido y éramos capaces de reconocer nuestra mutua elección, una elección que podíamos anular o reafirmar, y yo estaba segura de que lo amaba; entonces fui consciente de que, si me entregaba enteramente a la maternidad, tarde o temprano acabaría dejándolo.

Durante los meses siguientes me volqué en los estudios para mi graduación: los exámenes iban a tener lugar antes de dos meses. Aparqué los objetivos más inmediatos y agradecí mucho a mi padre que siguiera haciéndose cargo de Benjamin dos o tres veces por semana. El resto de los días me recreaba en la odisea de los parques, recorría los pasillos del supermercado y me tragaba *Barrio Sésamo* dos veces al día.

Cuando sentía de nuevo un hormigueo de rabia y humillación, trataba de serenarme con el pensamiento de que yo no era distinta a los demás; ¿acaso la mayor parte de la gente no tiene una vida totalmente diferente de la que han soñado? Consolada por esta especie de renuncia autodestructiva, dejé de lado la obvia diferencia que había entre mí misma y aquellos con quienes ahora buscaba identificarme: las decisiones que tomé no me permitieron desarrollar todo mi potencial. Había probado muy poco, por no decir nada, y el hecho de negar mis deseos no tenía que ver con la necesidad.

Mi padre, mientras tanto, liberado de vez en cuando de la máscara de la paternidad, poco a poco se fue convirtiendo en un buen amigo. Empezaba a decir cosas como: «Bueno, mi hija ha sido siempre complicada y temperamental, pero es una persona adorable», y se encogía de hombros con un aire filosófico, sonreía alegremente o guiñaba un ojo a quien tuviera cerca. Cuando se percataba de mis errores y los consideraba típicos de mi persona, y nunca como actos malintencionados, yo me sentía recompensada. Por todos esos pecados de la paternidad, todos los rechazos premeditados, los simples descuidos o las agresiones bienintencionadas, muchos de los cuales yo repetía con mi propio hijo, lo empecé a perdonar.

Un día lo encontramos tumbado en el suelo en la misma habitación donde murió mi madre, pálido y flaco, como si estuviera dormido. El televisor estaba encendido y como sabíamos que él solo veía las noticias de las once, enseguida calculamos la hora de su muerte.

Nada más verlo corrí hacia él a cogerle la mano, temiéndome que jamás podría superar su muerte, como me ocurrió con mi madre durante años. Le toqué la mano y la cara, pero la frialdad de su piel lo mantenía inmóvil y rígido. En el momento en que entré en la espaciosa cocina, la habitación central de la casa donde nos había contado tantas historias y donde siempre había algún invitado a comer, donde Pamela y yo escondíamos nuestros potitos de melocotón, y donde Benjamin se escondió una noche durante una hora en un armario hasta que mi padre lo encontró, en el momento en que salí del pequeño dormitorio donde pasó los últimos años de su vida, asumí que se había ido para siempre.

Cuando llamé a Pamela a California tenía muy claro lo que iba a decirle. Había vivido muchos años con ella en mi cabeza y, a menudo, refunfuñando en voz alta, me había desplazado sigilosamente para hacerle un sitio dentro de mí. Durante un tiempo, confundidas por las distintas interpretaciones acerca de la muerte, habíamos llegado a compartir un solo cerebro. Cuando la oí al otro lado de la línea y reconocí su voz le dije: «Esta vez va en serio», describiendo sin piedad el final de la fantasía que se había forjado durante veinte años entre nosotras.

Después, me senté encima de la mesa de la cocina manteniendo la compostura, eso creía yo, llorando con moderación, hasta que aparecieron no sé de dónde dos enfermeras y un médico. De pronto se me acercaron con sus agujas desenfundadas y apuntaron a mi brazo. No entendí qué estaba pasando, miré desconcertada a mi tío y desde el fondo de la habitación alguien gritó: «Ponle una inyección, está histérica».

«¿Histérica?», me dije, creyendo que los sollozos que salían de mi cuerpo no podían ser excesivos considerando que iban dirigidos a mi querido padre, muerto, y siendo plenamente consciente de que eran mi salvación.

«No estoy histérica —dije con contundencia y desde mi ser más adulto—, y no quiero dormir.»

Pero ellos se acercaron todavía más.

«No quiero dormirme —repetí—. No quiero estar callada. Mi padre ha muerto. Quiero llorar por mi padre.»

Pero yo era una simple mujer, tal vez incluso una niña a sus ojos, y creo que mi tono racional y mi voz templada no les convenció; les pareció evidente que yo requería su protección.

Desesperada, empecé a gritar: «¡James, no les dejes!». Sabía que, si me robaban esos momentos con sus pócimas sedantes, tardaría años en recuperarlos.

James, como en un partido de fútbol a cámara lenta, se plantó bajo el umbral del patio y, con uno de sus hombros, anchos y viriles como los tenía, se interpuso entre nosotros y les retiró las armas dejando bien claro que el control de la pelota lo tenía yo.

Yo me pregunté: «¿Por qué cuando una mujer trata de registrar en su mente el momento en que está pariendo o el momento en que su padre muere, siempre intentan sedarla?». Al verlos salir y desaparecer campo abajo, rendidos tras la victoria de James, pensé que en ambos casos había necesitado la protección de un hombre.

Cuando se lo llevaron no lloré, simplemente lo vi abandonar la casa donde había reinado un amor afable e imperfecto. Escuché atentamente y percibí los estertores sibilantes de aquellos fantasmas que por fin desaparecieron.

Después, se produjo el silencio más terrible que recuerdo; luego nos fuimos. De vuelta a casa, desde el taxi, contemplaba los edificios ubicados en el mismo lugar de siempre, tal y como los había visto el día anterior; miraba las calles, y todas seguían el mismo orden. Entonces me pregunté: «¿Cómo le explico yo ahora a Benjamin que su abuelo ha muerto? Tengo que intentar no gemir ni llorar, y recordar que ya no seré nunca más la hija de nadie».

—Quiero ser mayor —le decía haciendo pucheros a mi abuela, una anciana adusta y llena de arrugas, cuando me acostaba.

—Ya te enterarás cuando llegue el momento —me decía ella haciendo repiquetear su dentadura postiza—. Querrás volver a ser niña. Aprovecha mientras puedas.

«¡Ay!», dije en voz alta en el taxi, sin saber a quién. A eso se refería ella. Y, mientras el mundo palidecía, atravesé la cortina y empecé a sentir a Benjamin meciéndolo y tarareándole una nana en la oscuridad.



Tercera parte

NIÑOS

Se sacó el pulgar de la boca, abrió la mano separando los dedos y la apoyó sobre mi pecho. «Te quiero mamá», dijo.

«Amor mío —le dije—. Oh, Anthony y yo a ti.»

Lo cogí en brazos y lo mecí suavemente. Después empecé a acunarlo. Cerré los ojos y me apoyé en su cabecita morena. Pero el sol, que seguía su curso, se asomó por entre los depósitos de agua de los edificios de oficinas del centro y, como una esfera blanca y brillante, me envolvió con su luz. Luego, a través de los dedos rechonchos de mi hijo, enterrado para siempre, como un rey prisionero en Alcatraz, mi corazón se iluminó a rayas blancas y negras.

Grace Paley, «Cosas de niños»  
*Batallas de amor*

Una mañana, mientras despegaba los restos del zumo de naranja del fondo del biberón de Benjamin, pensaba en la libertad. El concepto ordinario de libertad cada vez me seducía menos; pues la libertad de hacer lo que me viniera en gana significaba estar sin Benjamin, pensamiento que sencillamente me atormentaba.

Apreté la tetilla del biberón, la única que quería ahora Benjamin, aunque estuviera ya desinflada y desgastada, y extraje el último residuo de la pulpa que taponaba el agujero. «De todas formas —me dije mientras sacudía el dedo bajo el grifo deshaciéndome de aquel filamento de naranja—, pienso ser libre.» Rellené el biberón con zumo de manzana y se lo di a Benjamin. Ya estábamos listos para nuestra ruta semanal por las guarderías del norte del West Side.

Cada semana rellenaba nuevos formularios porque había perdido los de la semana anterior. Algunas guarderías estaban bien, poseían grandes espacios pintados de amarillo con las paredes llenas de cuadrados azules y círculos rojos. Visitamos otras, grises y mortecinas, esas que imaginamos con solo oír el nombre de *guardería*, de las que salía corriendo y apenas pensando en las mujeres que no tenían otra alternativa.

En algunas de ellas trabajaban hombres, profesores dotados de tupidas barbas con los que Benjamin habría disfrutado, o de una gran mata de pelo afro a los que Benjamin, quien como todo niño negro era ahora un experto, hubiera olisqueado como un sabueso para calibrar la ondulación de sus rizos.

Cuando veía solo profesores y niños negros, me marchaba, dando alguna excusa. Mi marido y su familia me advirtieron de que no era lo mejor para Benjamin, dada su piel clara y su condición mestiza. En fin, éramos demasiado blancos para la mayoría de ellos. Después me dediqué a visitar pisos de mujeres mayores, en los que normalmente vivían unas madres abandonadas y avejentadas que cuidaban a niños pequeños para pagarse la compra y dar nueva vida a su casa, que después de tantos años de alboroto,

ahora había caído en un orden casi sepulcral. Algunos apartamentos eran bonitos, estaban llenos de juguetes y se respiraba afecto en el ambiente, pero ese mundo era demasiado blanco para nosotros. Y no me hacía falta que mi marido ni sus padres me hablaran del riesgo que corría dejando a Benjamin en un entorno blanco sin matices ni brillos de marrón oscuro.

—¿No tenéis a niños negros aquí? —le pregunté a una mujer muy guapa, con tres o cuatro niños sobre el regazo.

—Oh, te acabas de perder a uno —dijo, como si estuviera sentada esperando el autobús—. Un niño negro precioso, pero listo y amoroso como el tuyo.

Cuando oí el *pero*, para no ser desagradable delante de aquellos niños blancos, me levanté y me fui, (espero que se enterara), despidiéndome con voz gélida y los ojos abiertos como platos, insinuándole que era una gilipollas.

—¿Cuándo podré ir a la escuela? —gritaba Benjamin al salir de esos lugares—. Quiero ir al cole, quiero tener amigos. —A estas alturas de su corta vida ya sabía cómo hacerme llorar.

—Ya encontraremos una, cariño —le decía para convencerlo, horrorizada ante la idea de esperar, bien a que cumpliera tres años, es decir, un año más, para dejarlo dos míseras horas al día en la guardería, o bien a que cumpliera cinco y pasara tres horas en la escuela. Cuando finalmente cumplió seis y compartía el día entero con sus amiguitos, se quejó de los pupitres alineados en fila, de acumular recuerdos tristes como el de mostrar una ficha de madera cada vez que quería hacer pipí o de tener que ingeniárselas para lidiar con los ladrones en las oscuras mañanas de invierno.

Por no hablar de que, en aquel entonces, yo estaba hecha polvo y me sentía como un trapo. Una cosa era no saber quién era yo exactamente. Aunque esta era una pregunta bastante superficial y abstracta comparada con saber a ciencia cierta lo que estaba claro que yo no era, ya que esta última podía responderse en presente, para siempre y con dignidad, con alguna excepción. Por otro lado, saber quién era yo era algo que debía comprobar una y otra vez, e incluso la respuesta podía cambiar de manera radical e

inesperada. Saber lo que yo no era se estaba convirtiendo en una guía bastante convincente para afrontar la mayoría de decisiones que me apremiaban.

Le juré a Benjamin que si en nuestra búsqueda, ahora ya quedaban muy pocas en la lista, no encontrábamos la guardería deseada, lo llevaría al parque a jugar con niños desconocidos.

Esas fueron las últimas guarderías de mi lista y las últimas que visité. No volví a entrar nunca más en aquellos lugares. Y poco después, los *Demasiado Blancos* y los *No Suficientemente Blancos* nos encontrábamos en los parques donde nuestros niños jugaban con arena gris y sucia esparciéndola sobre el negro asfalto bajo los relucientes rayos de sol.

Una noche, una amiga que conocía mi dilema sobre las guarderías, me llamó por teléfono. Aunque ella no tenía hijos, supo detectar mi reticencia a tomar una decisión improvisada. Respetar y dar la importancia que merecen estos problemas de logística, por no hablar de la ambivalencia paralizadora que caracteriza a las madres, para una mujer sin hijos es algo muy difícil de ver. Y preocuparse por alguien y lograr ayudarlo es prácticamente inaudito. Pero esta mujer tan maravillosa, llena de paz y de armonía, me llamó para ponerme al corriente de que la amiga de una amiga suya (una mujer conocida por ser muy eficiente) había montado una cooperativa de guarderías y estaba buscando nuevos miembros. Y no solo me dio esta noticia alentadora, sino que además me comunicó el día y la hora de la reunión, habiéndolos anotado previamente para mí.

Yo, tratando de no perder el escepticismo y la indiferencia que me habían hecho más sabia, le anuncié a James por teléfono mi inminente liberación haciendo piruetas en el salón. Benjamin, que disfrutaba con mis extravagancias, se rio, me cogió de las manos y se puso a dar saltos por encima de las mesas, a dar volteretas por el suelo y a cantar «Al corro de la patata...». Y, como de costumbre, terminó su alegre canción canturreando un «¡Oh, mami!» con una voz y un brillo argénteo en los ojos tan conmovedores que sentí hacia él un amor profundo, un sentimiento de unión absoluto. Empecé a cantarle durante una hora para dormirlo mientras él chupeteaba la goma desgastada de su adorado chupete.

James llegó del trabajo a las seis, a tiempo para llegar a la reunión, pero fui yo sola. «Ya se lo contaré a James después», pensé, con la cabeza bien alta y sin abrocharme el abrigo mientras avanzaba por la avenida de Broadway con la cara al viento. Él se debía a su trabajo. Yo a mi hijo. De algunas cosas, dependiendo de las circunstancias, me encargaba yo.

Cuando entré en la sala había nueve mujeres y un hombre, y enseguida me percaté de que todos eran blancos. Pero antes de montar en cólera, pensé que era mejor escuchar. Seguramente habría otras cosas positivas.

Algo que sí había decidido, le contaba yo a una mujer bien vestida y segura de sí misma que consideró la posibilidad de hacer sesiones preparatorias, era mandar al infierno las sesiones previas y hacer hincapié en lo más importante: que la cuidadora de mi hijo supiera abrazar a los niños.

Una mujer joven, la profesora jefa, se inclinó hacia adelante. Hablaba con una sonrisa mientras ensamblaba palabras, tratando de hilvanar frases incompletas, haciendo aspavientos con las manos para enfatizar lo más relevante. Al verla, decidí que era idónea para su cargo. Luego dijo que estaba muy contenta de trabajar con un hombre y nos aseguró que los pequeños podrían jugar en el rincón de las muñecas, y eso me gustó todavía más.

Solo por sus maneras me resultó convincente: su cuerpo parecía querer abrazar, su cabello se escondía entre los plisados de su camisa holgada y cada arruga de su rostro participaba de su sonrisa. Pero no me quedó otro remedio que preguntar sobre el tema del color. Señalé a los otros padres que todos éramos blancos, algo que, por otro lado, sabían perfectamente, pero en lo que no habían reparado especialmente. Asintieron y corroboraron la necesidad y el deseo de incorporar familias negras y mestizas. Las dos mujeres que parecían las encargadas manifestaron su interés por la integración en términos nada banales. Y, hasta aquí, todo me pareció bien. Si Benjamin iba a empezar su etapa preescolar en una clase de niños blancos como las de las escuelas de pueblo de Mississippi, al menos serían los blancos liberales valientes y radicales del norte del West Side y tendrían más capacidad de integrar el estatus racial de Benjamin que la mayoría de comunidades negras. Me conformé pensando que otras familias negras se inscribirían antes del día de la inauguración.

Al día siguiente, Benjamin y yo, aferrándonos el uno al otro como a un clavo ardiendo, bajamos unas escaleras empinadas y oscuras, y llegamos a un sótano gris y sórdido, sin apenas luz ni ventanas: su futura escuela. En un rincón del sótano se encontraban dos mujeres esparciendo pintura blanca sobre una pared arenosa iluminadas por la luz de una bombilla desnuda. Pero la pared, que insistía en conservar su color gris, absorbió pintura durante una hora hasta que se empezó a vislumbrar el color blanco. En la otra esquina del sótano, lo que los demás llamaban «la otra sala», alguien pintaba la pared de un color azul eléctrico que la arena absorbía con más rapidez. Pregunté por el patio trasero que, según dijeron, sería la atracción del lugar (aparte de ser un espacio exento de alquiler), y nos condujeron a través del cuarto de la caldera hacia una puerta que se erigía sobre un escalón por encima del suelo. Levanté a Benjamin y lo agarré por un tobillo para que no se cayera y rodara sobre la porquería del cuarto del calentador. Después, salté sobre la grada y abrí la puerta. Lo primero que vi fue una enorme pared de cemento gris.

«Está detrás del muro —nos informó amablemente Sarah, nuestra guía—. Tenemos que construir una escalera para sortear la pared.»

Me limité a asomar la nariz y a abrir bien los ojos por encima del borde del muro y luego alcé a Benjamin para que pudiera ver desde mi altura. Y allí, detrás de la pared de piedra oscura y gris, se extendían tres metros de tierra y arena. El sol o la lluvia se podían filtrar entre las ramas de un enorme árbol que había al fondo.

«Tenemos que construir un saltador y un arenero», dijo Sarah. Me pareció una tarea demasiado complicada, pero ahuyentando mi desconfianza, farfullé: «Mmm, no debería de ser tan difícil».

Volví a mirar hacia el árbol y Benjamin, mediante una palabra a la que se había aficionado últimamente, exclamó: «¡Ooooh, qué prado tan bonito!, ¿verdad?». Yo sonreí con cierto pudor, y cuando Sarah añadió que mi hijo hablaba muy bien, me volví hacia ella. Me fijé en su pelo corto y rubio, parecía recién lavado y secado al aire. «No tiene un cutis como para hacer anuncios de cosméticos, como yo», pensé al descubrir las arrugas delatoras de su rostro que dejaban traslucir una adolescencia desgraciada. Permaneció de pie con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón de peto. Debía de pesar como yo, ni muy gorda ni muy flaca, lo que hizo que se ganara mi

simpatía de inmediato. Además, estaba tan convencida de que este absurdo proyecto funcionaría, tan segura de que aquel sótano infecto y cutre se convertiría en una guardería alegre y colorida que, por un segundo, la creí.

Volví a la «sala principal», cogí una brocha y vi que Benjamin se había acercado a jugar con otros niños en el rincón polvoriento de la sala. Intenté concentrarme en mis brochazos, pero se me iba la cabeza pensando en Benjamin. Sabía que, si no le echaba un ojo, empezaría a pegar a otros niños. Llevaba un año tratando de evitarlo sin éxito.

«Forma parte de su personalidad, es un niño muy activo», me habían dicho mis amigos, recordándome su destreza física y su arrojo en situaciones nuevas.

«Cuando un niño pega suele ser debido a... Un niño que pega a menudo probablemente quiere expresar... Un niño demasiado agresivo responde a cierta actitud de la madre...», explicaban los libros sobre cuidado infantil.

«A esta edad nuestro hijo no habría pegado nunca. Una buena bofetada en las manos, y lo aprenden para siempre», me decían los padres de mi marido, sin dudar por un momento de su prodigiosa memoria.

«Nunca pegues a un niño», me había aconsejado mi padre seriamente.

Pero con la intención de erradicar esta horrible conducta antes de sumergirme en el siguiente capítulo del libro sobre terapias infantiles, empecé a pegar a Benjamin en las manos.

En New Haven, todas las madres solían decir: «¡Ay!, no le pegues. Es solo un bebé». Y, aunque quería darles la razón, negaba con el dedo esa señal de desaprobación. Entonces Benjamin agredía a otro niño con una pala larga y, a continuación, se volvía y me esbozaba una sonrisa. Yo estaba rabiosa, mientras las otras madres se reían. Entonces le pegaba en las manos con más fuerza que la última vez.

No me tranquilizaba que Benjamin no pareciera un niño malo cuando pegaba o que lo hiciera solo porque tenía una forma extraña de relacionarse. Del mismo modo que tampoco me aliviaba lo cariñoso o afectuoso que fuera luego realmente.

Solo pensaba en mi propia violencia, en mis errores como madre y mi falta de dignidad. Pero, sobre todo, me obsesionaba la idea de que Benjamin fuera un ser aparte de mí que crecía con sus propios impulsos y debilidades, a



los que yo podía reaccionar o no. Para mí era como un puñado de barro que yo misma moldeaba dándole forma a mi antojo. Siempre creí plenamente en los mensajes tácitos, además de los explícitos, que me martillaron desde que descubrí eso que se conoce por «psicología evolutiva»: las madres moldean la personalidad de sus hijos con cada una de sus acciones sutiles o contundentes, discretas o exageradas, conscientes o inconscientes. Y, al juzgarme con tanta dureza, me limitaba a andar sigilosamente por el mundo, atenta a los errores de las otras madres, errores que yo no cometía, y a las dificultades que mostraban otros niños, por fortuna mucho más graves que las de Benjamin.

«¡Ajá!», pensaba cuando veía a un niño pegado a su madre dispuesto a no dejarla ni un solo momento. Es *ella* quien le ha provocado esta inseguridad transmitiéndole su propio miedo a la separación. «Qué independiente es mi hijo», pensaba yo.

Lamentablemente, competir por el primer premio a la Mejor Madre del Año solo intensificó mi soledad.

Cuando llevaba diez minutos pintando mi porción de pared, oí llorar a un niño. Eché un vistazo alrededor y vi a Benjamin plantado con su sonrisa victoriosa y delictiva junto a un niño que lloriqueaba a cuatro patas.

—¡Benjamin! —grité, consciente de que todas las mujeres me mirarían.

—No te preocupes —dijo Sarah—. Es mi hijo. Lloro por cualquier cosa. Seguro que Benjamin no le ha hecho daño.

Devolvió su juguete a cada uno, aconsejando a Benjamin que no se peleara y le pidió a su hijo que dejara de llorar. Me conformé pensando que la paz que había instaurado Sarah duraría al menos cinco minutos. En cuanto cogí la brocha y me acerqué a la pared, uno de esos momentos en que todo el saber acumulado a lo largo de los años te atraviesa la mente como un rayo, decidí iniciar una relación con Sarah y crear un vínculo con la cooperativa, con la mayor honestidad posible. No solo quería conseguir una plaza en beneficio de Benjamin, sino que, por primera vez después de abandonar a Anna y a nuestro grupo, deseaba conocer a otras mujeres y poder hablar de la maternidad con franqueza.

—Bien —le dije a Sarah, fingiendo que improvisaba o, al menos, disimulando mi inquietud—, supongo que Benjamin pega porque yo también le pego a menudo, desde muy pequeño.

—Yo a veces pego al mío, y nunca ha sido un niño agresivo, así que no creo que tenga nada que ver —dijo ella encogiendo los hombros con desenfado. Pero por su mirada entendí que me apoyaba y que sabía exactamente a lo que yo me refería—. La cuestión es que ser madre es muy difícil —continuó, y luego habló de las niñeras que había contratado para sus dos hijos, hasta ahora sin resultado, y de por qué se había decidido a abrir este espacio—. Mi hija era una niña tan fácil —dijo. Sentí una punzada de envidia en el pecho. Esos casos existían, sí, había bebés adaptables, niños hermosos y sedentarios que se quedaban tranquilamente en el mismo lugar durante horas y que no se interesaban por la taza de café sobre la mesa ni por los hornillos de la cocina. Eran criaturas raras que dormían de un tirón desde las tres semanas de vida, y que experimentaban la dentición sin dolor, en fin, eran como esos conejos que salen de la chistera, y muy poco comunes, pero haberlos, los había. Yo los conocía. Evidentemente, de haber sido madre de uno de ellos, mi experiencia hubiera sido otra muy distinta. Si estos «niños buenos» creaban unas madres que disfrutaban de sus hijos o bien si eran las madres las que creaban niños satisfechos, fue siempre una pregunta imposible de responder para mí; ahora me inclinaba cada vez más por el primer supuesto.

—Tienes mucha suerte —le dije a Sarah suspirando.

—Pero con mi hijo Jacob —siguió diciendo ahora más agitada y meneando la cabeza, mientras señalaba al niño que Benjamin había pegado— ha sido una experiencia totalmente diferente. Lloró durante meses y aún ahora, con un año y medio, todavía no duerme seguido.

«Esta mujer lleva un año y medio sin dormir una noche entera», pensé horrorizada.

Otra mujer, que pintaba detrás de nosotras y escuchaba nuestra conversación, soltó una risa amarga.

—Yo tengo dos hijos y llevo cuatro años sin dormir de un tirón —dijo.

—¡Dios bendito! —resollé, pensando que yo estaría muerta en su caso.

—Y mi hijo mayor era un pegón, como Benjamin —dijo la mujer alta y flaca con unos ojos azules luminosos. Su melena canosa le cubría la espalda, tenía el pelo fino y brillante. «De pequeña asociaba el cabello gris a las *mujeres mayores*», pensé tocándome el pelo que ya empezaba a encanecer. Luego me miró con compasión y resumió—: No seas tan dura con él. Yo también lo fui, es normal con el primero. Pronto dejará de hacerlo. Con el segundo es muy distinto —me aseguró.

—Oh, yo no tendré más hijos —dije bien alto. Y empezamos a comparar nuestras experiencias de parto mediante una conversación que, como el imán que atrae los clips metálicos desparramados sobre la mesa, atrajo a todas las mujeres que había en la sala.

Unas pocas se emocionaron al relatar sus partos, relativamente fáciles. Y en nada se diferenciaban unas de las otras; todas, en la fase de expulsión, habíamos experimentado el más terrible de los dolores. Lamentablemente para los expertos, no sacamos ni una sola conclusión que dijera: «Ah, claro, esas mujeres que no sufren son las más atléticas, las más prácticas, las más femeninas». Estas calificaciones nada tenían que ver con un parto fácil. Las oía hablar como hace un niño entusiasmado y a la vez aterrado cuando le cuentan la historia de *Pedro y el Lobo*, totalmente cautivado mientras agarra el brazo de su madre rogándole que no lo interrumpa. Presté atención a todas, una por una, y después les conté mi historia.

—Veinticuatro horas de parto —dijo una de ellas, y todas resoplamos.

—Empujé hasta que creí que me rompía en dos.

Soltamos una carcajada, más bien histérica, mientras recordábamos esa experiencia tan dolorosa como milagrosa.

Miré a Benjamin y, sorprendida al ver que jugaba tranquilamente con otros niños, me vino su carita a la memoria, sus ojos oscuros y el mentón puntiagudo que asomaban por entre los pliegues del arrullo. Cuando lo cogí por primera vez, vi su boquita distendida y, aunque yo sabía que los bebés no fijan bien la vista, él movía los ojos como buscando mi rostro, deseando reconocirme. Mi olor le resultaba muy familiar, yo era para él la otra cara de la misma persona que ya conocía. Pero ahora se hallaba en otro mundo, en un

lugar por estrenar y bien distinto, lleno de sorpresas. Entonces le di el pecho por primera vez, y después de retirarle el fluido viscoso de los ojitos y las mejillas, lo empapé de nuevo con mis lágrimas.

¿Olvidaría alguna vez esa experiencia? ¿Sería capaz de recordar aquel placer entre el flujo de tantos recuerdos descoloridos? ¿Podría volver a recordarla durante el resto de mi vida con precisión, revivirla en el presente?

«Mejor que acabemos con la pintura. Antes de irnos todavía tenemos que construir la escalera del patio», dijo una de ellas.

Nos citábamos cada noche. Todavía debíamos acordar el precio de la matrícula y los salarios; reunir todo el equipo necesario, hacer reparaciones y pintar; pedir hipotecas al banco. A menudo me preguntaba si de veras abriríamos, pues los obstáculos se iban multiplicando. Y nunca animé a James a incorporarse a las reuniones ni a echar una mano. Me reservé la alegría para mí, tal vez por egoísmo, y le confesé que no me importaba trabajar allí, insinuándole que me sentía feliz.

De regreso a casa, las mujeres hablaban inevitablemente de sus hijos, de lo que significaba ser madre. Decidieron montar esta guardería porque algunas ya trabajaban o se disponían a retomar sus profesiones. Unas necesitaban con desesperación ganar dinero, otras lo hacían por puro placer. Algunas coordinaban plataformas políticas, liberales y radicales; había pocas artistas, cuatro o cinco profesoras, varias oficinistas y unas pocas que estudiaban mañana y tarde. Eran mujeres con intereses muy variados. Pero ahí estábamos, todas juntas, hablando sobre la maternidad, durante aquellos primeros meses.

Cuando las madres dejan de competir y logran hacerse amigas, es posible llegar a compartir con sinceridad ese tipo de dudas, miedos y autoacusaciones tan propios de las mujeres. Una vez que se dice la verdad, las mujeres conectan entre ellas como los hombres que han servido juntos en el mismo batallón.

«Vosotras no sabéis nada de la guerra», decían los hombres cuando intervenían en nuestras conversaciones contando sus batallas con una cerveza en la mano.

«No sabéis nada de la guerra —nos dicen en sus libros—; no tiene nada que ver con lo que cuentan los políticos, ni los periódicos, ni los libros de historia ni con lo que dice la gente en sus casas. Es muy distinto de lo que pensáis —afirman—, tan distinto que ni siquiera podemos describíroslo.» Asqueados al detectar la misteriosa diferencia que existe entre fantasía y realidad, no les queda más que ese compañerismo suyo tan peculiar y su risa histérica y burlona.

Cada noche, antes de despedirnos en la esquina de la calle, nos dábamos la mano y concertábamos la cita del día siguiente.

En una de las reuniones nocturnas, una mujer rubia y elegante se sentó frente a mí. Trabajaba en el departamento de administración de una empresa y era una especie de directiva. Cuando yo insistí en la necesidad de integrar a los niños blancos con los negros, ella confesó sin ambages que le importaba un pimiento si el centro se ocupaba de eso o no. Solo le interesaba que el centro abriera. Yo le discutí este punto, como hicieron otras, pero reconozco que su practicidad me atrajo. Su hija también me cayó bien, una niña de la edad de Benjamin que apenas sabía hablar, pero que irradiaba cariño y a quien le gustaba abrazar a todo el mundo. La mujer dijo que ella no servía para las cooperativas, pero que estaba aquí porque no había encontrado nada más. Deseaba tener que trabajar lo mínimo en la escuela.

Algunas reforzamos la idea de que era crucial comprometerse, al igual que llegar a conocernos entre nosotras con la misma profundidad con que se conocerían nuestros hijos.

«No», dijo ella muy resuelta. No le interesaba conocer a ninguna de nosotras en especial. Tan solo quería un lugar apropiado donde dejar a su hija, volver cuanto antes al trabajo y, para conseguirlo, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa. Ya tenía suficientes problemas como para adherirse a nuestra idea romántica de comunidad.

Trabajaba sin cesar, como todos nosotros. Los niños la querían mucho; estaba encantada de que su hija se llevara bien con el resto de los padres.

En un mundo cada vez más permisivo, ella era una madre autoritaria. Su casa se regía por las normas que ella imponía, nunca por las de los niños. Comían lo que ella mandaba y no estaba permitido decir palabrotas. Les obligaba a lavarse las manos religiosamente antes de cada comida y los

acostaba a las ocho. A mi parecer, su hija no estaba más reprimida ni más coartada que los demás niños, sino que parecía mejor educada y, además, no era tan pesada.

Siempre me vi atraída por la gente muy distinta a mí. Por eso ella me gustó desde el primer momento. Le comentaba todo lo que se me ocurría y buscaba terrenos donde pudiéramos congeniar, como el de acostar pronto a los niños. Me empecé a enterar de lo que significaba ser una mujer de negocios que amaba a sus hijos tanto como detestaba el desorden.

Finalmente, Sarah incorporó a otro niño negro, de hecho, un niño mestizo que vivía con su madre blanca. Varias mujeres negras vinieron a visitar nuestra escuela. Pero la mayoría se echaron atrás al ver el sótano, el deterioro de los baños y el desorden general. Las familias de clase media no necesitaban dejar a los niños el día entero, y menos en un lugar como este. La gente pobre no podía pagar el precio que necesitábamos para mantener la escuela. Y no contábamos con subvenciones porque nuestro sótano no superaría la inspección del departamento de sanidad. Mis intentos de integrar a Benjamin en el mundo, incluso en un barrio famoso por su diversidad étnica, terminaban una y otra vez en fracasos. Como mujer blanca, siempre acababa integrada en un mundo de blancos. Y poco a poco empecé a percibir la fuerza de los enormes tentáculos que desplegaba el racismo. Hay dos mundos: uno blanco y uno negro, y raramente coinciden.

Con dos niños mestizos en la lista y ni un solo padre negro, dejando aparte a James, abandonamos la búsqueda de otros miembros. James, por el motivo que fuese, aunque mostrara interés por el proceso de apertura de la escuela, nunca trabajó para ella ni acudió a las reuniones. Tampoco lo hicieron el resto de padres en aquel entonces. Mi actitud frente a este asunto era diferente de lo que hubiera sido un año antes. Yo no intentaba convencerlos de que vinieran, cada mujer debía expresar su propia idea al respecto. Éramos demasiado distintas unas de las otras para determinar una política unánime en cuanto al compromiso de los padres con el centro. Algunas mujeres se quejaban de que faltaban hombres y se peleaban con sus maridos porque no se presentaban. Otras manifestaban, con franqueza y sin rodeos: «Yo vivo de otra manera. Los niños son responsabilidad mía y mi marido nunca se va a involucrar».

Pero lucháramos o nos resignáramos a los roles tradicionales, el caso siempre era el mismo: los niños eran básicamente responsabilidad nuestra. Y cada vez que entraba un hombre en la guardería yo pensaba, con orgullo y hostilidad: «Somos *nosotras* las que vamos a regentar nuestra escuela, somos *nosotras* las que vamos a financiar su educación». Si alguna vez venía un hombre a ayudar a trasladar materiales pesados o bien a llevarse a un niño a dormir la siesta, las mujeres cambiaban radicalmente de actitud. Incluso Cathy, mi amiga rubia empresaria, se volvía más obediente, tímida, halagadora. Evidentemente, en sus casas no todas eran pasivas ni estaban dominadas por sus maridos. Eran los maridos de las otras mujeres, la presencia de hombres desconocidos, lo que despertaba en ellas esta conducta. No se trataba del renacer de un instinto sexual fresco y nuevo. Era simplemente el deseo de gustar, de verse femeninas, interesantes, guapas, y para ello solo había un camino: la pasividad. Yo también lo sentía así. Cuando un hombre participaba en las reuniones, me veía obligada a luchar para decir lo que pensaba. A no ser que me viera presionada hasta el límite, trataba de pactar. Mi sonrisa se alteraba y tensaba el torso. A pesar de que disfrutaba siendo contemplada lascivamente por un hombre que no me había visto parir ni gritar desde las entrañas acurrucada en el suelo, me molestaba que nuestro espacio de trabajo se transformara en otra cosa. Al igual que también me dolía que esas mujeres fuertes y entregadas a sus hijos se sometieran siempre a la voluntad de sus maridos cuando éstos se quejaban de que los niños comieran *pizza* o cuando se los llevaban a casa siempre que ellos querían.

«¡Está jugando con unos clavos!», le gritó un hombre a su mujer, agarrando a su hijo del brazo, apartándolo del montón de suciedad donde jugaba con otros niños.

Todas disimulamos, avergonzadas de ver cómo ella se excusaba ante su marido. Le quitó al niño los clavos de hierro largos y romos, se inclinó a lavarle las manos y se lo entregó al padre. Afortunadamente, no le dio unos azotes en el trasero a su mujer.

«Creo que por hoy ya está bien, mejor volved a casa —dijo otro hombre a su mujer, que se afanaba en ensamblar un armazón de barras, tratando de construir el saltador de los niños—. El polvo le está provocando mucha tos.»

Una tarde, un padre joven, muy bien vestido y con muy buen aspecto, trajo a su niña a la escuela. Tratando de contener el tono, pero sin conseguirlo, le dijo a su mujer, casi colérico: «Me voy a trabajar. Quédate con la niña si no te supone un problema», y se marchó.

«¿Acaso no ves que estamos demasiado ocupadas para sufrir interrupciones tan agradables como la tuya?», tuve ganas de gritarle. Pero eso era precisamente lo que ellos veían. Yo prefería que los hombres, esos padres, algunos de miradas interesantes, otros con unas manos preciosas y unas voces roncadas y seductoras, se mantuvieran alejados de nuestro proyecto y nos dejaran en paz.

Al cabo de unas semanas, se incorporaron a trabajar con nosotras dos hombres. Se turnaban para construir equipamientos o para cuidar de los niños. Sus esposas apenas venían. Una de ellas trabajaba de nueve a cinco, y su marido, que era profesor, disponía de horas libres para su hijo. La otra, según me enteré más tarde, se había vuelto loca después dar a luz porque la primera fase de crianza le había dejado los nervios destrozados. Por lo visto se tomó la «maternidad» como una necesidad. Ahora que ella estaba mejor, él combinaba la paternidad con su trabajo, mientras ella trataba de acercarse a su hijo poco a poco, todavía vacilante, para recuperar la relación.

Cada vez me sentía más a gusto entre estos dos hombres. El problema que podía suponer la atracción sexual era manejable porque trabajábamos juntos; teníamos algo más en que pensar aparte de la atracción, que no se podía reconocer abiertamente. Ellos, como James, sabían lo que significaba despertarse a media noche, cuidar a un niño con varicela o cuánto valían los pañales. Y, como todas nosotras, cambiaban pañales sucios o mojados y se tapaban la nariz o soportaban ese peculiar olor a heces.

Una mañana, poco antes de abrir el centro, aparecieron dos representantes del Departamento de Sanidad de las guarderías municipales. Un vecino, descontento por el ruido de los martillazos y del alborozo, había informado a las autoridades de nuestra existencia. Nos enteramos, para nuestra sorpresa, de que formábamos parte del «movimiento alternativo de guarderías». En fin, sin duda estábamos bajo tierra, pero muy orgullosos de nuestro reluciente sótano. Los espacios de recreo estaban enmarcados por unas paredes azules y blancas llenos de juguetes, muñecas, libros y



almohadones. El equipamiento era viejo y reciclado, pero muy vistoso. Una gran alfombra de color azul y verde, muy suave y colorida, cubría el suelo irregular de cemento gris. Las puertas eran rojas; los casilleros, lilas. Del techo colgaban bombillas por doquier. Habíamos construido dos enormes mesas bajas a falta de sillas. Teníamos una cocina y una pila de juguete, tres cunas de bebés y un lavabo en lo alto de la pared empotrado en un pronunciado hueco del muro de piedra al que se accedía por una escalera de color naranja chillón. Cuando un niño se sentaba en el retrete, miraba el empapelado del techo disfrutando de sus flores verdes y amarillas. En resumen, un espacio hermoso.

Sin embargo, nos quedamos consternadas y sorprendidas al verlos fruncir el ceño con solo poner un pie en la sala. No nos precintarían inmediatamente, eso lo sabíamos, pues otras cooperativas de padres más veteranas de la ciudad nos habían informado de cómo postergar el cierre y demorar los permisos. Pero podrían fastidiar y ponernos problemas, y, con el tiempo, obligarnos a cerrar. El hombre desplegó una cinta métrica que al menos tenía un kilómetro de largo. Se dedicó a tomar medidas en todas direcciones, comprobando cada uno de los centímetros y metros del espacio, y después le pasaba los datos a su acompañante, que tomaba notas en un papel. De vez en cuando, la mujer movía la cabeza en señal de descontento y luego nos sonreía complaciente. Nosotras, dispuestas en círculo a su alrededor, la mirábamos fijamente esperando a que nos traicionara con un argumento honesto y justificado. Cuando acabaron, ella suspiró por última vez y dijo:

—Esto es imposible, lo saben ustedes, tendrán que buscarse otro espacio, con ventanas, techos altos y un baño como Dios manda.

—No tenemos dinero para el espacio que usted propone y, además, la mayoría de propietarios no nos lo alquilarían para una guardería — resumimos, conociendo los gajes del oficio.

—Mire usted, los niños no pueden pasarse el día entero en un sótano — dijo con voz aguda y cerrando la frase con una tos; los niños jugaban felices en el arenero interior, nuestro espacio favorito, el más inspirado.

Les mostramos pacientemente la ventana que habíamos abierto reventando el muro, nuestro sistema de ventilación casero armado con dos ventiladores, los montones de juguetes y a los niños sonrientes.

«Esta escalera es muy peligrosa», dijo ella casi sin abrir la boca. El hombre revisó sus cálculos y nos pidió que le enseñáramos el patio trasero.

Sarah y yo respiramos hondo y, resignadas como dos convictas derechas al patíbulo, los condujimos hacia el cuarto de la caldera. Subimos por la escalera de bloques de madera no sin prevenirles de que se toparían con las cañerías si no bajaban la cabeza.

—Dios mío —dijo ella en dos palabras, mientras él se replegaba.

—Bueno —respondió Sarah, que nunca se quedaba callada—, los niños son mucho más bajitos que nosotros.

Atravesamos la pesada puerta, conscientes de que no podíamos enseñarles la escalera rudimentaria con el orgullo que nos habría gustado, aunque estuviera perfectamente fijada al muro exterior. Frente a la pared habíamos construido unas vallas robustas, pintadas de naranja, por las que ningún niño podía trepar ni caerse de ningún modo. Pero no parecieron impactados.

«Si pudieran conseguir la primera planta de estos apartamentos que dan aquí enfrente...», dijo el hombre señalando un piso vecino, obviamente ocupado.

Silencio total. Durante quince minutos, mientras medían el patio y el arenero, y escudriñaban el colchón envuelto en un plástico que habíamos encajado bajo el saltador, más silencio. De vez en cuando farfullaban: «Mmm, mmm».

Bajamos la escalera roja peldaño a peldaño detrás de sus cuerpos agachados, cruzamos el cuarto del calentador ya más erguidos y entramos de nuevo en la sala principal, supuestamente la más grande y espaciosa.

—No nos cabe duda —dijo ella con prudencia—, de que se preocupan por sus niños. Todos nos preocupamos por los niños —una observación que, en vista de todo ello, no tenía respuesta—. La mayoría de la gente, como saben, recurre a las guarderías en última instancia —añadió después. Enseguida nos dimos cuenta de que había percibido la falta de niños negros o mestizos. Sin duda, ella pensaba de nosotros: estas *hippies* de clase media,

con sus pantalones de peto y sus gafas de concha, no *necesitan* guardería para sus hijos—. ¿Han pensado en la posibilidad de reunirse en grupos en sus propias casas?

—Nosotros necesitamos un lugar donde nuestros hijos puedan pasar el día entero —dijo una mujer.

—No podemos pagar a niñeras —añadió otra.

—Queremos un ambiente comunitario para ellos —intervino la siguiente.

Otra dijo:

—Nuestras maestras son adorables, como pueden ver. —Enseguida las señalamos con el dedo y ellas rápidamente sonrieron.

—¡Los niños están tan felices!

Y seguimos añadiendo comentarios, uno tras otro, en busca de la frase mágica que les hiciera salir por la puerta. Finalmente, alguien dijo:

—Tendremos en cuenta todas sus sugerencias mientras vamos avanzando y les llamaremos tan pronto como necesitemos su ayuda.

Y entonces se marcharon.

Aquella noche decidimos abrir a las ocho de la mañana siguiente. Las maestras estaban eufóricas, locas por sus niños y aliviadas por no haber perdido su trabajo. Nos felicitamos unos a otros y esperamos con fruición la inmediata apertura.

Benjamin daba saltos por la habitación y gritaba: «¡Tengo una escuela! ¡Tengo una escuela!».

Yo estaba aterrorizada: la llegada del día siguiente se eternizaba como el más profundo de los duelos.

La noche avanza sigilosamente a mi alrededor, se acerca y penetra por los poros de mi piel y después se apodera de toda la casa. Sin embargo, yo estoy muy desvelada, tengo la mirada fija; luego miro a un lado; después, al otro. En primer lugar, me digo: «Hoy tengo que dormir», y busco posturas tratando de conciliar el sueño. Apoyo la cabeza sobre mi brazo, luego se me paraliza el hombro y decido tumbarme completamente boca arriba, con los brazos a los lados; y cierro los ojos, a ver si consigo dormirme. Pero, en esta posición, me duelen mucho los pies y decido volverme, esta vez hacia James que, ¡cómo no!, está profundamente dormido. Seguro que tiene sus preocupaciones y se angustia por las cosas como yo, pero está dotado de la asombrosa capacidad de decirse: «Ahora me voy a dormir», y sí, se duerme. Supongo que *quiere* dormirse mientras que yo, por razones misteriosas e ineludibles, quiero seguir despierta.

De pequeña, llamaba a mi padre para que viniera a mi habitación, tres, cuatro, cinco veces cada noche, pues me aterrorizaba la idea de no poder dormir. Una vez me dijo que, si no me dormía, no era grave y que me quedara en la cama tranquila toda la noche. Y aquel pensamiento estupendo y liberador, el quedarme despierta toda la noche y no morirme, se convirtió en mi muletilla. Sin poder conciliar el sueño y con unos retortijones tremendos en el estómago, le pedía a mi padre que me lo repitiera.

—Dime que no es grave —le ordenaba.

—No importa que no duermas, siempre y cuando estés tranquila —me repetía, obedeciendo a mi petición. Y así, me dormía.

Tumbada en la cama, oigo las sirenas de los bomberos resonando por Columbus Avenue mientras repito mi muletilla: «No es grave...». Pero me vienen ganas de llorar, y entonces lloro, aquí tumbada, y lo echo de menos y solo deseo oír su voz, solo la suya, al otro lado de la línea telefónica, como

por arte de magia. Aparto su cara con la mano, que no se me ha aparecido en los últimos seis meses, a causa de mi dolor de cabeza diario. Esta noche nada funciona. Seguramente quiero estar despierta, a saber por qué.

«¿Qué quieres? —me digo inculpándome—. ¿No es esto lo que llevabas esperando los dos últimos años? ¿Y te atreves a quejarte, a sentirte triste por la pérdida? Dios te libre.»

Mañana mi niño me abandonará a las nueve y no regresará hasta las cuatro, y al otro día igual, y al otro, y al otro, y así hasta el sábado. Tal vez el miércoles fingiré que está enfermo y nos quedaremos en casa, así las maestras no se reirán de mí si les doy esta excusa. ¿Me dejarán llamar para preguntar cómo se encuentra? ¿Podrá dormir bien en esos catres militares? ¿Y si pega demasiado a los otros niños y la maestra, que no lo quiere tanto como su madre, le azota en el trasero sin ese amor de madre que lo hace más liviano? ¿Y si los entendidos no se equivocan con sus consejos acerca del cuidado parental?

Esta es la primera vez en muchos meses que he pensado en los profesionales y en sus teorías sobre el riesgo que implica llevar a los niños a la guardería. Hasta ahora no los había tenido en cuenta. Todos los que hemos organizado el centro, arreglado el sótano y compartido nuestros niños con amor, hemos menospreciado todas esas disertaciones porque nos parecen irrelevantes. Ahora, ya en capilla, en plena noche, en medio de... la última noche de algo, no sé bien de qué, helos aquí de nuevo, asomando por detrás del armario, espiándome por las ventanas, arañando el cristal de mis cuadros favoritos, riéndose a carcajadas. «Mierda —pienso—. Son invencibles.»

Me levanto. Insistir en conciliar el sueño es una tortura. En cambio, deambular en el silencio de la casa, cuando todos duermen, es un auténtico placer. Entro en la cocina a beber algo. Eso me relaja. Finalmente, me dirijo adonde quería ir desde el principio, al dormitorio de Benjamin.

Ahora duerme casi siempre de un tirón, después de dos años y medio, y por fin puedo contemplarlo con tranquilidad, sin miedo a que se despierte. No está profundamente dormido porque oigo unos leves chupetones. Se lleva el chupete a la boca con la misma ansia que cuando mamaba de mi pecho. Rebusca durante la noche y lo acaba encontrando. En las consultas pediátricas, en las guarderías, en casa de mis parientes, por las calles, allá

donde voy, siempre me decían: «Es demasiado mayor para hacer esto». Y chasqueando, le decían con crueldad: «¡Vaya bebé estás hecho!». Pero yo le decía: «No les hagas caso. Están celosos». Yo me apiadaba de él, tan pequeño, débil y asustadizo frente a estos gigantes mentecatos, y decidía defenderlo con un buen rugido. Me llevaba mi cachorro a un lado, y soltaba el gruñido más terrible: «¡Dejadlo en paz! ¡Soy su madre y a mí no me importa!». Entonces, nos íbamos los dos caminando, él con su jugoso chupete y yo evocando mi dedo pulgar suave y arrugado. Y me sentía muy ufana de haberlos desafiado delante de él.

Me siento en su cama junto a él, le aliso el pelo, lo cubro con la manta y le doy un beso húmedo e interminable. «Aquí está», pienso, y suspiro aliviada. Este es el sentimiento maternal del que todos hablan, que aparece cuando tu hijo ya tiene la edad de esperarte con cariño a que vuelvas, cuando ya lo conoces más, cuando no sufres físicamente por él, cuando te has acostumbrado a los continuos cambios de la vida, cuando no puedes hacer otra cosa que quererlo. Más que al cachorro que has visto nacer, más que a una habitación llena de plantas que iluminas con luz fluorescente cada noche, más que a un poema largo que has revisado mil veces, añadiendo y eliminando palabras porque sabes que el último verso solo puede ser ese, el verso que has buscado incansablemente y que al fin aparece como un rayo, y que, más tarde, cuando se lo lees a un amigo, te preguntas: «¿De dónde ha salido?». Amas a tu niño cada vez más. Y yo, que he cogido en brazos a mi niño una hora tras otra inquieta y angustiada, ¿dónde han ido a parar estos sentimientos? Y ahora, helos aquí, finalmente.

Me siento mejor. Vuelvo a la cocina y examino su fiambarrera. Todo está listo. Después voy al salón y poso una mano interrogante sobre mi escritorio. Por fin me voy a dormir.

Por la mañana me juré a mí misma mantener la calma y no poner nervioso a Benjamin en su primer día de guardería. James preparó el desayuno y nos sentamos a la mesa esperando a que Benjamin acabara de comer. Después lo vestí cuidadosamente, pasé su cabecita por el hueco de la camiseta con delicadeza. Le preparé la comida, la metí en la bolsa y coloqué el chupete en

el fondo envuelto en una servilleta. James acompañaría a Benjamin a la guardería por las mañanas porque así el niño lloraría menos. Y, de paso, yo no tendría que presenciarlo. Y juntos, se marcharon.

Esperé a que me brotaran las lágrimas, sabiendo que, a estas alturas, de nada servía recurrir a la razón. Pero no tuve ganas de llorar. No, en absoluto. Me dediqué a ordenar la casa poco a poco, metódicamente. Empecé por el salón, donde se ubicaba mi espacio de trabajo, lo limpié y lo ordené. Después fregué la cocina y la dejé como una patena. Lavé los platos. Hice las camas. Coloqué la taza de café sobre la mesita baja, sin dos manitas de niño que amenazaran con volcarla. Me senté al escritorio y empecé a escribir.

Pasaron horas hasta que por fin alcé la vista. La casa seguía impoluta y silenciosa. No había juguetes debajo de mis pies. Por un momento me pareció oír llorar a Benjamin, despertándose de la siesta. Sonreí y alcé una mano para tocar el silencio. Entré en su habitación, contemplé el vacío. Estaba completamente sola.

Llamé a James a la oficina.

—¿Ha llorado hoy? —le pregunté sin saludarlo, conteniendo la respiración, preparándome para todo.

—No —dijo riendo, encantado de poderme dar buenas noticias y animarme a seguir adelante con mi fabuloso día—. ¿Cómo estás?

Le dije la verdad más llana: de maravilla. Y colgué rápidamente para recuperar los voluminosos ensayos académicos que estaba leyendo, luego eché un vistazo a las primeras páginas de mi cuaderno de escritura y al fin me sumergí de nuevo en el trabajo. Me quedaban tres horas.

En un momento dado, no exactamente «antes de la siesta» ni «después de la siesta», me levanté a comer. Miraba por la ventana mientras me llevaba la cuchara lentamente a la boca, sin masticar, saboreando el placer y la sensualidad en cada movimiento. Luego bebí un poco de soda sin prisas, pues nadie iba a pedirme un sorbo. Respiré y volví a respirar. Estiré el cuerpo haciendo ejercicios.

Me desnudé y me miré al espejo: tenía la cara de siempre, angosta, olivácea y triste. El pelo liso y moreno. Una naricita demasiado pequeña para una judía. Ojos oscuros. Boca ancha. Y las mismas marcas de los años

turbulentos de mi adolescencia, cuando la piel traiciona tus sentimientos más íntimos y no respeta tu merecida privacidad.

«Ahora, el cuerpo», pensé mientras me quitaba la ropa. Sí, tenía el pecho más plano y los pezones más gruesos que antes de dar a luz a Benjamin. Si los apretaba, todavía expulsaban gotas de leche.

Estos senos han alimentado a un niño.

Este vientre ha albergado a un niño.

Esta vagina ha sido atravesada por un niño.

«Este es un cuerpo de mujer», me dije, sorprendida después de todos estos años de no ser una niña de dieciocho años.

Esta mujer soy yo. La madre de Benjamin. ¿Qué habrá sido de esa niña?

«Aquí está», dije fingiendo frente al espejo, simulando la voz de Benjamin al dirigirme de vuelta a mi escritorio.

«Me queda una hora. Llevo demasiado rato desnuda», pensé, esta vez dispuesta a comportarme. Volví a mi cuarto y me vestí lentamente. No hay prisa. Nadie te llama, nadie llora.

«Oh, no», pensé desvistiéndome de nuevo. Mi baño.

Bañarse en agua muy caliente sin que nadie tire de tu vello púbico mientras dice: «Mamá, ¿donde está tu pene?», saber que nadie se despertará y llorará de manera agónica justo cuando metas la cabeza debajo del agua; reposar completamente inmóvil durante veinte minutos en el agua caliente es una buena idea para esta tarde.

Con el esmero de una princesa introduje de nuevo las piernas en los pantalones de pana y me puse la camisa. Me cepillé el pelo suavemente, saqué mis potingues del último cajón, empolvé un poco las mejillas y me pinté los labios. Me sentí guapísima otra vez. «Tiempo —suspiré—. Todo lleva su tiempo», susurré, posando encantada frente al espejo.

Quince minutos para salir. Dejé la casa limpia y ordenada como estaba, me despedí de mis horas dulces y salí a andar sin prisa.

En el momento en que puse un pie en la calle me empecé a preocupar. ¿Y si ha pasado el día llorando y no me han llamado? ¿Y si ha ocurrido algo grave y ahora mismo está en el hospital? Y si...

Aceleré el paso, casi echando a correr, con unas ganas enormes de tocarlo, de cogerlo, de sentir su cuerpo en contacto con el mío.



Acostumbrada ahora a las escaleras empinadas, bajé sin pararme un segundo hasta que me planté ante la puerta de entrada del sótano. Doce niños. Benjamin era uno más. Algunos jugaban en pequeños grupos. Una maestra leía un cuento a los niños en voz alta bajo el tejado de la casita de juegos que habíamos construido. Otros comían galletas sentados a una mesita. Benjamin jugaba a las mamás y los papás con otros dos niños. Llevaba una especie de babi blanco de tela vaporosa que le cubría los tejanos. El polo azul le colgaba de los hombros por debajo de la tela y se había calzado unas zapatillas plateadas. Entonces alguien lo llamó: «¡Benjamin!».

Benjamin. Este era su nombre, su nombre, no solo la palabra con que había decidido nombrar a mi bebé; como muestra, ahí estaba escrito elegantemente, letra por letra, sobre su pequeña taquilla.

Me arrodillé para que me rodeara el cuello con los brazos. Y vino hasta mí, y de nuevo lo tuve conmigo, nos tocamos y lo levanté en un gesto de un amor completo. Ahora ya me sentía fuerte y confiaba en el mañana.

Pasados unos dos meses, una vez que Benjamin iba regularmente a la guardería feliz y contento, por fin me decidí a mirar de cerca y con cierta objetividad a la gran falacia de la maternidad. Mi objetivo primordial era desentrañar la verdad o, para sonar menos grandilocuente (pues esta cualidad cósmica de la maternidad es lo que, sobre todo, me había oprimido durante aquellos años), desentrañar mi propia experiencia, pura y dura, de la maternidad. Pero antes debía enfrentarme de cerca a la mentira, una falacia de primer orden, anacarada y reluciente como el oropel que engalana un hermoso abeto.

La razón por la que fui capaz de mirarla de frente, al fin en paz e incluso con frialdad, se debía, pese a todo, a que estaba segura de que lo amaba. No es que el amor surgiera de mí de una manera mecánica o biológica; la placenta de vetas moradas también había vivido dentro de mí durante nueve meses. Tal vez, si la hubiera limpiado cuando se escurrió de mi cuerpo y hubiera atendido al ser que palpitaba dentro, la habría amado. Pero aquella noche acabó sobre un montón basura, desprovista de cualquier elemento humano o expectativa cultural. Fue a Benjamin a quien me llevé a casa para cuidarlo.

Con todo, el amor maternal conllevaba una carga. Confronté mis aversiones y mis miedos. Fantaseé con asesinatos a medianoche. Lo odié y lloré porque mi vida había dejado de existir. Y así, durante dos meses, descubrí en silencio que lo amaba. Antes, había comprendido que él era el vínculo más cercano a mi persona, que nunca podría abandonarlo, que ofrecerle todas mis caricias y alimentarlo con las mejores frutas y verduras era lo más importante para mí. Pero ¿amor? No lo había amado más de lo que siempre me amé a mí misma. En ambos casos, el amor había luchado por definirse, había crecido en un mar de confusión, miseria y necesidad.

Dejando aparte el amor, empecé a disfrutar de ser madre por primera vez. No me refiero a un divertimento ocasional o al entusiasmo episódico que se produce cuando ves crecer a un niño de cerca. El día que Benjamin dio su primer paso, yo gritaba como las animadoras de colegio. James y yo, fascinados desde el sofá del salón, contemplábamos a Benjamin con lágrimas en los ojos la noche en que empezó a sustituir sus frases inconexas y, con una determinación y maestría increíbles, hilvanó las palabras hasta construir una oración perfecta. Fue su primera frase.

«Hoy William... ha saltado de... su cuna solo y me ha hecho mucha gracia.»

Después respiró hondo y esbozó la sonrisa más grande que jamás había visto en su rostro. Su intención fue tan rotunda que no soltó ni un solo «¡ay!» o «¡uy!» ni balbuceo alguno. La frase fue sencillamente perfecta.

Y cuando hizo su primer pipí en el retrete, sentí que habíamos alcanzado un nuevo hito.

A estos momentos yo los llamo «episódicos» u «ocasionales». Solo en retrospectiva se acumulan formando un periodo más extenso que recordamos como una época ideal. Y entonces las mujeres exclaman: «¡Ay, ver crecer a un niño!». O bien, horrorizadas por los detalles desagradables de los primeros años, se concentran en un aspecto concreto y te dicen: «¿Y el día que dio su primer paso? ¿Y cuando pronunció su primera palabra?». Sin embargo, están hablando de los momentos únicos, tan aislados y ocasionales como las leves y evocadoras neviscas de octubre mientras acecha la tormenta de nieve en la Nochebuena.

Por primera vez encontré un método propio como madre, una manera cotidiana de vivir con una nueva parte de mí que se sentía a gusto; en fin, tal vez no era digna del Sello de Calidad de las Labores Domésticas, pero me sentía bien, al fin y al cabo. Y tal vez solo se trataba de esto.

Disponía de cuatro días y medio por semana para mí sola, para mi trabajo, para mis amigos. Y me parecía razonable, tampoco era pedir demasiado. El quinto día iba a la guardería por la tarde. Todas las madres creíamos que la presencia regular y continuada de los padres en la escuela era muy positiva para los niños. Y yo sabía que a mí también me beneficiaría. Dedicarme a la vida de Benjamin me proporcionaba una satisfacción enorme. Ocuparme de mi hijo me hacía sentir realizada, atenderlo era vital para mí. Y Benjamin, sin duda, disfrutaba de ello. El día que iba a la guardería, al igual que los demás niños, él daba saltos por la habitación y gritaba: «Es el turno de mi mami, es el turno de mi mami».

Tal y como los otros niños querían a sus madres, Benjamin me quería a mí. Sus giros, sus piruetas y arabescos accidentales eran las florituras que coronaban mis galones triunfales.

Estaba muy sorprendida de los cambios repentinos que se habían producido dentro de mí, el triple salto que había dado a la hora de confiar en mi capacidad de ser una «buena madre» y poder seguir viviendo una vida bastante similar a la que había soñado. «¿Era posible —me preguntaba— que el simple hecho de tener una buena guardería, un lugar donde Benjamin era feliz cada día y que al mismo tiempo me permitía dejar atrás la culpa de dejarlo allí, constituyese la esencia de aquella liberación que había perseguido equivocadamente tratando de desenmarañar mis nudos emocionales y espirituales?» Al principio lo creí así. Ya no me enfurecía tan fácilmente y aprendí a ser mucho más paciente. Tampoco me sentía culpable tan a menudo ni pasaba horas rebuscando en la fuente de mi rabia, enterrada tiempo atrás.

Benjamin compartía muchas horas al día con personas que yo acababa de conocer, y cuando me contaban que parecía un niño normal feliz, yo les creía. No era cuestión de que desconfiara de la visión de mis familiares ni tampoco de los amigos más íntimos que apaciguaban mis miedos con sus comentarios: simplemente eran extraños. Ellos pensaban que era un niño

maravilloso o, como mínimo, normal. La noche en que lo dejé llorar durante dos horas no lo maltraté ni tampoco hice de él un demente criminal cuando le di unos fuertes azotes el día que me mordió el brazo. Era un niño normal; aparte de ser el niño más especial y querido del mundo, era dichosamente normal.

Todo ese conjunto de factores, el tiempo que disponía para mí, la aceptación de Benjamin por parte de los otros niños y de las maestras, la manera en que mi experiencia se asemejaba a la de las otras madres, la confianza de mis sentimientos hacia Benjamin, me brindó la oportunidad de mirar a la cara a la falacia de la maternidad y llamarla por su nombre.

Este engaño no se correspondía con mi experiencia. Incluso había llegado a constituir parte de los aspectos más dolorosos de mi experiencia. A veces amenazaba con aniquilarme, ponía en riesgo mi cordura. ¿Lograría superarlo?

Naturalmente, los primeros meses de felicidad pasaron. Esa época aposentó en mi ser una conciencia distinta, el recuerdo de una felicidad total y una triste aceptación de la lucha permanente. Pero a diferencia del episodio que había vivido con Benjamin en casa de mi padre, aterrorizada y sudando la gota gorda, ese tiempo fue un interín de felicidad. Y aunque ya lo había dejado atrás, desprovista de la energía mecánica de la mañana y de la sensación de placer que me invadía por la noche, yo había cambiado ostensiblemente en muchos aspectos. Y ello fue debido a que empecé a disfrutar de la maternidad como la experiencia más grandiosa del mundo.

Con todo, no había logrado erradicar la mentira ni lo lograría nunca. Cuando Benjamin se disgustaba, si se mostraba muy agresivo con otros niños o lloraba al dejarlo en la guardería, pensaba: «Le dedico poco tiempo». Y el hecho de que también sufriera esos cambios de humor los días que se quedaba conmigo, de que se peleara con otros niños incluso estando conmigo, de que llorara siempre que James se iba a trabajar cuando lo dejaba conmigo, con su madre, nada de todo ello disipaba ese sentimiento de culpa involuntario que me obsesionaba, y subía al metro hacia la universidad con el rechinar de las ruedas del cochecito resonando en mi cabeza, ahogando incluso las abruptas sacudidas del vagón metropolitano.

En aquellos tiempos sabía ausentarme de la clase de la tarde y salía corriendo a recoger a Benjamin antes de la hora para que disfrutara un rato más de su madre, tan querida y esencial en su vida. Benjamin, al verme llegar a la guardería a la una o a las dos en lugar de a las cuatro, gritaba y se quejaba porque quería disfrutar un poco más de sus amigos.

Los días en que lo recogía a las cuatro, solíamos ir al parque. Estábamos en primavera, y el majestuoso Central Park se extendía entre kilómetros de cemento bajo el verde amarillento de unos árboles moteados de flores rosas. Los niños corrían descalzos alrededor de los aspersores de riego. Los más pequeños se tambaleaban sobre sus motos rosas de plástico haciendo equilibrios sobre el cemento, y otros, contentos con sus cuatro metros de arena, construían ciudades. Las madres se sentaban al sol en los bancos en cuanto tenían la oportunidad, acto que no solía prolongarse. Siempre había algún niño al que consolar tras un tropezón o al que reñir por su travesura, algún gritón al que soportar y a otros a los que aplaudir cuando trepaban a lo alto del tobogán y se enderezaban en la cima cuan largos eran henchidos de orgullo.

—¿Qué hora es? —oí decir a una mujer con aire cansino.

—Las cuatro y cuarto —respondió otra con una sonrisa, sabiendo que con su simple respuesta la liberaría de la miserable desesperación que la tenía acogotada.

Después, una tercera dijo:

—Miraré mi reloj, que marca mejor las horas. Son y veinte.

Todas sonrieron agradecidas. Llegué a la conclusión de que yo no era diferente a ellas solo por haber encontrado un lugar donde dejar a Benjamin. Cuando tenía un mal día y lloraba sin tregua desde que lo recogía, yo no tardaba más de quince minutos, los mismos acumulados antaño durante tantos días y tanta noches, en desear con todas mis fuerzas que llegara la hora de acostarnos. Y a cada signo de impaciencia, de alguna forma me sentía culpable. Ahora que lo cuidaban otras personas, me repetía: «Solo llevamos una hora juntos. ¿Puedes disfrutar de él?».

Un día se me acercó una mujer a preguntarme dónde había estado las últimas semanas. Calibrando su posible reacción, le expliqué la novedad de la guardería.

—¿Cuántas horas lo dejas allí? —preguntó.

—De nueve a cuatro —dije balbuceando, intentando que no entendiera mis palabras y que olvidara el tema.

—¡Caray! —dijo, mostrando abiertamente su desaprobación—. Son muchas horas para un niño tan pequeño.

Pero noté que no quería extenderse. Entonces empecé a explicarle lo contento que se quedaba él y lo ocupada que estaba yo, y ella se puso furiosa y sacudió la cabeza en señal de rechazo por haber profanado esa vida sagrada de raíces inamovibles que supuestamente debía tener. Salió andando delante de mí buscando a su hijo con la mirada y se alejó. Me quedé de pie y vi cómo regresaba al banco para retomar la agradable conversación con sus amigas.

«¿Qué ocurre?», me pregunté, considerando como siempre las dos caras de la moneda. ¿Será que le asusta la posibilidad de no sentirse útil, sentimiento que sabe que es falso? Si siente que se le agolpan los días, como me ha ocurrido a mí en tantas ocasiones, cuando ve que su temperamento flaquea y se agría durante los largos meses de encierro invernal en su piso, o si su hijo no cumple con sus expectativas y no se muestra contento ni creativo ni inocente, ¿seguirá creyendo ciegamente que solo ella puede cuidarlo, que *debe* cuidarlo, por temor a que enloquezca? ¿Cómo se organiza? ¿A los seis meses con ayudas temporales, a los dieciocho meses reúne a su hijo dos horas con otros niños, y a los tres, cuatro y cinco años lo deja por las mañanas en la guardería o en el jardín de infancia? ¿O es todavía más conservadora y se aferra a la necesidad de cuidarlo cinco años seguidos hasta que la situación exija la separación?

¿Acaso las palabras «cuidado diario» evocan mágicamente las imágenes de los orfanatos de Dickens llenos de niños harapientos jugando por los rincones hasta la hora de los azotes? ¿O aluden a todos esos niños negros y latinos que desfilan por los parques detrás de sus profesores y que, al margen de su probable felicidad, son objeto de la compasión de todas las madres blancas de clase media que abundan en los bancos del parque y que se dedican a interpretar cada llanto como un grito de soledad, cada rostro triste como la ausencia de una madre?

Un día, columpiando al hijo de una amiga, sonreí a la madre que empujaba a su hijo en el columpio de al lado. El niño de mi amiga, que tenía dos años y me conocía perfectamente, dijo:

—¿Mami? ¿Mami?

—Mamá está trabajando —le expliqué. Y el niño siguió gritando como suele hacer cuando es su propia madre quien le columpia.

—Esto es lo malo de las niñeras —dijo la otra mujer, encantada—. Los niños están tan solos.

Las madres de los bancos no pueden creer que en las guarderías haya niños felices y sanos. Creen que son niños abandonados. Es decir, si los niños se sienten muy desgraciados o desean estar con sus madres, cosa tarde o temprano inevitable, esa necesidad no cubierta temporalmente se considera algo terriblemente dañino y doloroso.

Siempre que observaba a las mujeres del parque, las que conocía y las que no, dudaba entre las que estaban claramente insatisfechas y enfadadas, y las pocas que parecían disfrutar de la vida, postradas en sus bancos pidiendo paciencia, comprensión y tolerancia para la avalancha de preguntas que les esperaba.

«Las han convencido con miles de estupideces —pensaba yo—. Tienen miedo de ellas mismas, no saben qué hacer sin sus hijos.»

Después pensaba que no era verdad. Su trabajo es muy duro y deberían ser remuneradas por ello. Entregan su vida entera a los demás y, aunque sus esfuerzos a veces las asfixian, al mismo tiempo se sienten honradas y realizadas por haber adquirido cierta sabiduría sobre los sentimientos y el desarrollo humano, lo que tiene al menos tanto de cruda realidad como de fantasía. Y con la misma frecuencia que se sacrifican como verdaderas mártires, siguen creando hombres y mujeres fuertes, queridos y preparados para procrear nuevos seres para la generación venidera. Ojalá estas madres expertas pudieran ser más generosas con otros niños y no solamente con los suyos. La sociedad les ha robado el amor propio por haberlas idolatrado y condenado a la vez, y, hace poco, se ha añadido el movimiento feminista. Me debatía constantemente: o las odiaba por su cobardía o las amaba por su resistencia.

Con el paso de los días, Benjamin lloraba cada vez menos cuando lo dejábamos en la escuela. La guardería empezaba a formar parte de su vida. En una sala donde todo era de todos, Benjamin aprendía a compartir, cosa que yo nunca habría podido enseñarle en *su* habitación cuando venía un amiguito a jugar con *sus* juguetes. Aquí, en este lugar donde los niños despedían cada mañana a sus padres, Benjamin no se sentía menospreciado como un niño especial, hijo de padres divorciados entre parejas enamoradas, pues vivía en un ambiente donde dominaban las madres emparejadas y los niños. Si alguna vez lloraba al dejarlo por la mañana en la guardería, llamaba a la maestra, en lugar de correr a buscarlo, y me quedaba tranquila cuando ella me aseguraba que enseguida dejaba de llorar.

James estaba satisfecho con la atención que recibía su hijo en la guardería. Pero nunca se planteó lo que significaba la rutina diaria de la vida de un niño y sus consecuencias implícitas que yo, en cambio, siempre había tenido en cuenta.

«Sabe que lo queremos, ¿no es cierto? —decía James—. Tiene ropa, comida, una casa, amigos, todo está en orden.»

Después de racionalizar y discutirlo todo, James, un niño de una familia pobre que nunca prestó a sus hijos la constante atención que prestábamos nosotros al nuestro, todavía pensaba que nosotros no *criamos* a los hijos, sino que son ellos los que *crecen*. Lo que realmente le hacía feliz era ver cómo mi cólera remitía y cómo cesaban las peleas. De modo que nuestra relación inició una época tranquila y sin incidentes; una época en la que ambos tendíamos a retirarnos a nuestro mundo particular, no por desavenencias mutuas, sino por la necesidad de recuperar nuestra fuerza individual. Vivimos apaciblemente durante un tiempo, más separados que juntos, evitando las discusiones, conscientes de que éramos inexorablemente distintos, pero sin tratar de transformar estas diferencias consolidadas en afinidades ilusorias.

James me abrazaba cuando yo lloraba por mi padre, cosa que ocurría a menudo, y yo trataba de no atosigarlo con peroratas sobre mis sentimientos. De modo que escribía a Pamela y engordaba la cuenta telefónica con facturas de cien dólares hablando con ella de costa a costa. Yo seguía colaborando en la administración y mantenimiento de la guardería y dejaba que James mostrara su habitual y tenaz indiferencia ante el asunto. «Al fin y al cabo —



pensé—, James comparte todo lo demás relacionado con la vida de Benjamin. Cumple con su parte en las tareas domésticas y es el mejor amante que haya tenido nunca.»

En otras palabras: nos dejábamos ser cómo éramos y respirábamos a pleno pulmón el aroma, tal vez contaminado pero fragante, del compromiso. Y no me quedó otra opción que decidir poner orden en mi vida.

A partir de mi experiencia acumulada y de una fe inquebrantable en los tesoros de mi vida interior, ahondaba en la inconsciencia de la noche donde tal vez pudiera encontrar un nuevo camino y desenterrar esa conciencia todavía palpitante que me orientara. Por las mañanas, entraba una luz excesiva en mi dormitorio. En cuanto asomaba el sol, los rayos se filtraban por las viejas cortinas venecianas. Decidí colgar de dos clavos unas colchas gruesas naranjas y amarillas sobre la ventana, ya que no podíamos permitirnos el lujo de comprar unas nuevas. Las colchas me proporcionaban una oscuridad total y también facilitaban la transición de la noche al día, de modo que por la mañana me despertaba con una luz vaporosa, suave y dorada. La oscuridad, negra como la que ampara las carreteras sinuosas de montaña en la noche, humedecía las raíces de mis sueños nocturnos, y por la noche, me tumbaba sigilosamente en la cama, buscando el cuerpo de James para disfrutar de ese sentimiento exquisito y familiar que produce el contacto con la carne, dispuesta a dormirme.

*Estoy en medio de una playa vacía. El mar, que siempre he amado, se agita delante de mí. Sus olas y mis ansias de nadar, no se aplacarán. Luego veo los huesos de mi padre flotando en el agua, unos huesos pulidos de color blanco mate; los miro, consciente de que no hay nada más, nadie a quien seguir. Solo unos huesos blancos y pulidos, indiferentes a mi existencia, por muy simbólicos y desolados que aparezcan ante mis ojos. Los miro y veo cómo se alejan flotando, y siento un abandono total, una soledad absoluta. Me invade un dolor agudo, después, un grito desesperado desgarrar el aire y me despierto.*

La noche previa a mi inscripción para el semestre siguiente en la universidad, soñé con la muerte de mi padre.

*Corro al apartamento después de recibir una llamada que me comunica que mi padre se ha ausentado del trabajo durante tres días. Me encuentro con James en el pasillo exactamente igual que hace seis meses, sus ojos gritan la verdad más terrible, se abren surcos en sus mejillas. Entro a toda prisa en la casa y corro a su habitación. Pero esta vez no está. Lo busco como una posesa por todas partes, en las habitaciones, en los armarios, debajo de los muebles. Finalmente, lo encuentro en un armario del pasillo donde se ha quedado encerrado junto a una vieja estantería de caoba.*

Me desperté en la claridad dorada de mi habitación y encendí la luz. «¿Dónde estará hoy esta estantería?», me pregunté, convencida de que era la clave, pues ese mueble era una de mis pertenencias más antiguas. Había sido de mi madre; después fue lo primero que heredé para colocar mis álbumes de fotos. ¿Dónde estará ahora? Entonces, miré al otro lado y la vi en el fondo del dormitorio, con todos mis libros de texto.

Más tarde en la mañana, yendo al centro de camino a la universidad, sabía, aunque no lo había verbalizado, que no me iba a inscribir para el semestre siguiente, sino que solicitaría una excedencia que, en resumidas cuentas, era lo mismo que retirarme del doctorado. Pero, mientras bajaba hacia el metro, todavía no sabía qué excusa daría a mis profesores. Y cuando casi me salté la parada, seguía sin saber cuáles serían mis alternativas laborales. Todo llegaría en el momento oportuno. La verdad es que yo solo pensaba en el dinero.

«Una mujer debe reservarse quinientas libras al año y una habitación con cerrojo si quiere escribir narrativa», decía la gran mujer. Y, por lo que había comprobado, tenía razón. Considerando toda la maravillosa historia de las mujeres y la literatura, no se equivocaba.

Pues bien, sin un cerrojo en la puerta, disponía de un piso para mí sola seis o siete horas al día, pero sin las quinientas libras al año y sin la esperanza de cobrar un solo céntimo. Solo tenía a James y su jornada de ocho horas que cada semana sumaban cuarenta y que, el viernes por la mañana, se materializaban en un fabuloso talón.

A esas alturas, tenía muy claro que el dinero era el quid de la cuestión. Yo vivía en un mundo muy particular. Si no generaba dinero, no era una adulta, sino un parásito que reptaba bajo el minuterio que marcaba la jornada de James. Temía quedarme sola repentinamente, atrapada en una sórdida dependencia, y desdeñar el respeto que me había ganado y que conservaba a buen recaudo.

Una madre diosa no puede ganarse la vida. Lo único que consigue es que el mundo adulto la tolere. Ahora veía clarísimo que la falta de dinero era el primer obstáculo que debía superar si quería dedicarme en cuerpo y alma a la escritura. Y por mucho que otros, más fuertes y sabios que yo, lo hubieran conseguido, yo no podía obtener un trabajo ni el debido aprendizaje para ganármelo, ser madre a la vez y además pretender escribir.

Y en aquel momento, bajando por la Quinta Avenida al paso más lento posible y sin haber puesto fin a mis elucubraciones, algo dio un vuelco dentro de mí. El mismo problema, tan complejo como el minuto anterior, cobró un nuevo orden, solo ligeramente, como el dibujo que forman los cristales de un caleidoscopio y que, de pronto, se descompone con un ligero movimiento del tubo, haciendo que algunos cristales rosas o verdes se desplacen dando un giro, mostrando una nueva forma luminosa en el centro.

Empecé a tomarme en serio el deseo de entregarme a la escritura. Mi idea romántica del éxito se desvaneció junto con el criterio restrictivo de «digno de mérito literario» que siempre me había atormentado. Todo aquello, de repente, me pareció infantil y autocomplaciente. Y la conjetura de que el arte literario era una túnica real que te cubría los hombros por arte de magia, concedida para hacerte sentir aparentemente como una heredera en lugar de plantarte en la cantera a picar piedra cada mañana, se me reveló como el impedimento más grande de todo el oficio artístico.

«Tal vez —pensé por primera vez desde que empecé a escribir notas en mis diarios a los ocho años—, si me centrara y me impusiera un método y unos horarios de estudio, podría aprender a escribir con elegancia y encontrar un medio de expresar las ideas que ayude a liberar mi mente; y, en lugar de los constantes torbellinos que me acosan, podría alcanzar una paz transitoria. Quizá es hora de tender un puente con ese mundo exterior que me aterra y que, por una vez, podría no ser una farsa.»

«Piensa qué bueno sería —me dije en voz alta y sonriendo al imaginar el ciclo interminable de las cosas—, qué bueno sería para Benjamin que su madre empezara a canalizar de manera positiva la energía y lo liberara de la carga de este carácter excesivamente dominante.»

Lo que dio el giro definitivo al caleidoscopio fue mi nuevo enfoque del problema económico. Decidí pedirle un préstamo a James con una fecha concreta de caducidad. Cuando expirara mi acuerdo, en caso de no conseguir ingresos como escritora, me comprometía a dar clases en la universidad y a escribir, siempre que mis energías me lo permitiesen. Además, en algún momento futuro, yo le daría el mismo apoyo económico que él me iba a brindar. Estaba segura de que James aprobaría la propuesta. Él confiaba en mí y quería mi felicidad. Además, nuestra vida seguiría siendo la misma. Solo era mi propuesta la que alteraba los términos de nuestro pacto. Comprometerme con él a devolverle el préstamo suponía destensar la cuerda de dependencia que me había encadenado casi durante cuatro años desde que la orina en mi botella de zumo Tropicana dio positivo. Pero era lo suficientemente honesta como para darme cuenta de que, solo si aportaba algo de dinero a la familia, la cuerda se rompería del todo. Aun así, después de tanto tiempo y de tanta confusión, tendría que soportar el período de incertidumbre que se avecinaba.

Fui directa al mostrador de inscripciones y suprimí mi nombre del programa de doctorado, ahorrándome de paso las tasas de mantenimiento de la matrícula. Por un momento flaqueé al ver que la chica prendía con un pequeño clip rosa de los formularios un papel que rezaba *Descartada*. Corrí escaleras arriba hasta la oficina de mi departamento. Sentí un cierto júbilo al entrar en el despacho sabiendo que iba a ser la última vez. Una alegría que en cuestión de segundos se transformó en nostalgia.

En primer lugar, la información que recabé de las culturas no occidentales fue para mí lo más inspirador porque supe cómo aplicarla a mis propios conocimientos. En segundo lugar, mi mentor representó la perfecta figura entre padre exigente, represor y seductor, inmejorable combinación para la fantasía edípica de cualquier mujer. Mi padre nunca dominó la habilidad de despreciar o humillar a las mujeres, cosa que este hombre sabía hacer siempre que le era necesario. Podía prestarte atención mientras seguía

leyendo cualquier otra cosa y escuchar con interés la voluntariosa exposición de tu brillante próximo artículo. Después de haberle planteado tu propuesta minuciosamente elaborada, él bajaba la mirada de vuelta a su lectura, tomaba algunas notas, leía algún párrafo más, te miraba y decía: «¿Bien?», preguntándose por qué seguías allí de pie como una boba esperando algún comentario y obligándote a preguntar, como a un niño que pide salir al baño: «¿Qué opina usted, profesor?». Y él respondía: «Bueno. Si necesitas ayuda, me la pides», ocultando el mensaje inequívoco y subliminal de que no tenía tiempo para estupideces, de que estaba demasiado ocupado (que lo estaba) en la ardua tarea de dejar su nombre registrado en los anales de la historia del pensamiento.

Por otro lado, era un hombre muy guapo. A pesar de su delgadez y de su boca tensa y alargada, tenía una mirada sensible; o tal vez era solo el dolor que transmitía su mirada lo que me atraía, a mí y prácticamente a todas las estudiantes de nuestro departamento. Como profesor era inspirador. Era frío y cruel con sus estudiantes, pero a la vez muy apasionado y extremadamente cariñoso con la gente con la que había convivido en tierras lejanas. Y tenía una visión tan clara de cómo deben vivir la vida los seres humanos, es decir, tal y como la habían vivido, que quedó atrapada en mis sueños.

En mis sueños siempre se me aparecía desprovisto de amargura. Era un amante increíblemente sensible y amoroso, y a veces un amigo cómplice. En los lugares donde nos encontrábamos yo me sentía incómoda o asustada, y él me hablaba despacio, mostrándome claramente que se interesaba por mí, por quién era yo.

Aunque en la universidad, su comportamiento era cada vez más mezquino. Ya fuera lo que se aferraba a su alma, ya fuese lo que construía lentamente la prisión donde vivía recluso, su antipatía era tan manifiesta que empecé a odiarlo. Decidí no mirarlo cuando nos cruzábamos por los pasillos. Dejé de discutir asuntos académicos con él. Contaba los días que faltaban para los exámenes, pues ya no podía soportar más su presencia.

Por otro lado, me sentía tan atraída por él, estaba tan obsesionada con su persona que todas mis energías se concentraron de manera misteriosa en mis estudios y me dediqué a recabar datos y todo tipo de información como una

campeona. Y descubrí que no hay nada que estimule más el deseo del éxito como liberar cierta energía sexual.

No lo había vuelto a ver desde que realicé los exámenes del máster. Recordándome a mí misma que ya no le tenía miedo, con las manos sudorosas, me precipité hacia la puerta de su despacho. Al verme, levantó la vista sin decir palabra, como acostumbraba a hacer.

«Voy a dejar el doctorado —dije muy seria—. Lo he pensado mucho y, aunque he aprendido cosas inestimables, la universidad no es para mí.»

Me preguntó por qué, mostrando curiosidad por el motivo de mi decisión. Y con la mayor brevedad posible y sin querer mostrarme distante, le comuniqué mi deseo de escribir, fuesen artículos, historias, cualquier cosa que pudiera publicarse y con la que ganar algo de dinero. Y aferrándome a mi orgullo feminista como a una armadura que blindaba los corazones vulnerables, añadí que combinar la responsabilidad de madre con un compromiso tan exigente era demasiado para mí; me resultaba materialmente imposible alternar las dos cosas a la vez.

Sonrió. Y con una dulzura que nunca antes había mostrado, dijo:

—En otras palabras, te vas a casa a cuidar de tu hijo.

—No —dije yo. Y empecé a explicarle por qué. Pero me lanzó la típica mirada de quienes te han visto el punto flaco, de esos que manejan a la perfección los sofisticados conceptos del lenguaje psicoanalítico, para lo cual no encontré respuesta. Si hubiera insistido en que el motivo no era cuidar de mi hijo, sino aprender a escribir, es más, si hubiera insistido en cualquier otro punto, él lo habría interpretado como un mecanismo de defensa por mi parte. Si me hubiera quedado en silencio, me habría vencido el peso de la verdad.

Me quedé callada esbozando una sonrisa altanera y misteriosa, nada fácil de mantener, y, con un gesto de hombros, salí confiada por la puerta.

Mi plan inicial fue dedicar varias semanas al género del cuento. Después escribiría mi primer cuento, sencillo, dotado de la clásica estructura de principio, desarrollo y fin. Me fui directa a la biblioteca. Tenía varias horas por delante antes de recoger a Benjamin. Inmersa en la lección que ofrecían grandes obras como *Tonio Kroger*, de Thomas Mann, *Un hombre y dos mujeres*, de Doris Lessing, *Todo lo que asciende debe converger*, de Flannery O'Connor y *Cosas de Niños*, de Grace Paley, me arrellané en el asiento de

cuero negro del rincón de la biblioteca, contoneándome cómodamente en mi traje de presa que, libre de la rígida uniformidad del presidiario, empezaba a adquirir forma propia.

Cuarta parte

LA DAMA OSCURA



Mazie sintió la inesperada felicidad en el cuerpo de su madre, una felicidad que nada tenía que ver con ellas, con ella; felicidad, lejanía y desinterés.

«Rubia, rubia de cabellos dorados,  
ella duerme bajo el sauce.»

Con suaves roces, sus dedos tejieron una tela de araña, envolviendo a Mazie en su felicidad, lejanía y desinterés.

Tillie Olsen, *Yonnondio from the Thirties*

James aceptó quedarse con Benjamin mientras yo facturaba las maletas y confirmaba el vuelo. Para acordar un reparto de tareas tan simple como este, sin importar quién hiciera el qué, el padre debía estar dispuesto a modificar su rol habitual. ¿Acaso no era lo esperado que el padre facturara las maletas y la madre, hasta la eternidad, cuidara del niño? En cambio, aquí me hallaba yo, disfrutando la calma del momento. Benjamin todavía tenía una edad en la que el escaso temple que había adquirido podía desvanecerse en un segundo como la arena en el viento. Pero, con suerte, la calma y el buen humor que mostró desde que supo que nuestro viaje a California era inminente podría prolongarse al menos durante dos o tres horas de vuelo; alguien sensato no esperaría más que eso. Otros padres, tenía entendido, les daban somníferos a sus hijos durante viajes largos como este y, aunque me vi tentada, la idea de un remedio farmacológico me repelía, así que auné fuerzas para resistir.

Hasta el momento, mi mente había disfrutado fantaseando con mi reencuentro con Pamela. Sí, Pamela, que a veces había sido mi mejor amiga y mi mayor enemiga. Ahora era el único familiar que me quedaba. Había agradecido su existencia especialmente desde la muerte de mi padre, una existencia que una vez traté de extinguir pasándome de la raya el día que le lancé unas tijeras punzantes a la cara con la suerte de que ella logró sortear el arma, que salió volando por la ventana rozándole una ceja. Aquella noche Pamela vino a mi cama y me pasó su manita por la espalda, reconociendo mi amor y aceptando mis deseos asesinos, tan naturales como los suyos. La idea de visitar a Pamela durante varios días después de casi un año sin vernos tendría que sostenerme durante el largo viaje de punta a punta del país.

En el asiento al otro lado del pasillo había una mujer embarazada de unos seis o siete meses. Por la fascinación con que miraba a Benjamin, casi embobada, incapaz de esbozar una sonrisa franca o lanzar una mirada impertinente, enseguida deduje que esperaba su primer hijo. Se estaba imaginando a sí misma con su niño y no me cabía duda de que no se sentía

preparada, como me ocurrió a mí. Se quitó los zapatos y con los pies presionó el asiento delantero descubriendo sus empeines hinchados; casi podía sentir cómo le ardía la piel. Colocó las manos sobre su vientre, que se desplazaba arriba y abajo respirando invisiblemente como si tuviera vida propia. Imposible saber si sus senos eran grandes o pequeños. En el séptimo mes, los pechos pesados de las embarazadas cuelgan por debajo de las prendas de premamá, pero sabía que bajo los pliegues de algodón despuntaban dos enormes pezones oscuros como dos bestias indomables acechando a su presa. Llevaba una blusa sin mangas y, sobre la piel olivácea de sus brazos, se diseminaban unas manchas oscuras con forma de media luna, muy características de las embarazadas. Mientras yo me refrescaba bajo el aire acondicionado, ella sudaba de calor. De sus sienes nacían dos matas de pelo brillantes como el rocío del amanecer. Su rostro rubicundo respondía al tono intenso de la piel que causa el embarazo. No parecía concentrada en la lectura de sus revistas y libros. Colocó todo a un lado y cerró los ojos.

Yo cerré los míos y reflexioné sobre mi cambio de percepción: por primera vez, desde el nacimiento de Benjamin, no me compadecía de las mujeres embarazadas. No me refiero a que, de golpe, la fragilidad de antaño, las viejas fantasías e ilusiones me nublaran la vista. El agotamiento ascendía por los poros de su piel como el humo, sus venas azules e hinchadas descendían por las pantorrillas como ríos caudalosos. Pero lo más importante era que yo sabía que le deparaba un futuro tremendo e inminente, y, como la había visto sacar de su bolso el libro *Gracias, Dr. Lamaze* cual promesa redentora, constaté que no estaba preparada para lo peor. Sin embargo, no me daba lástima. La envidiaba. Sentí un vacío en mi vientre que jamás hubiera sido posible de no haber albergado un niño en mis entrañas.

Alargué el brazo para coger la mano de Benjamin, que adhería y despegaba cromos en su cuaderno de formas y colores, obsequio de la compañía de vuelo, pero él me apartó con el brazo, creyéndose a mil leguas de distancia de mí. Entonces busqué la mano de James, que al instante entrelazó cariñosamente con la mía y, de pronto, pensando en su madre, que a estas horas estaría en Nueva York temiendo que nos estrelláramos, volcáramos por las autovías de California o cualquier otra forma de catástrofe, me sentí culpable.

Durante un segundo quise volver a estar embarazada. Luego me reí de mí misma y de mi recurrente propensión a las fantasías, a pesar de mi innegable experiencia; abrí los ojos, olvidé a mi vecina embarazada y cogí el bolígrafo y el cuaderno. El cuaderno de actividades de Benjamin me daría al menos media hora más de tiempo. James estaba enfrascado en su lectura diaria e imprescindible de *New York Times*. Tenía tiempo para mí hasta la hora de la comida.

*«No si tuvieras un recién nacido —dijo una voz. Alcé la vista y, de pie, delante de mí, apareció una dama de cabello oscuro—. Tampoco si tuvieras un crío de un año —continuó diciendo mientras me miraba a los ojos— o uno de estos niños que requieren toda tu atención en lugar de uno de tres años que hace pipí solito, que ya no toma biberón, que puede jugar solo durante una hora, es más, que, con sus mil días de vida, ya entiende lo que significa esperar, esperar sin gritar, en silencio, a que sus deseos sean realizados.»*

*Era la mujer independiente que llevaba dentro, la mujer que vivía en un mundo totalmente ajeno a Benjamin.*

*«De lo contrario, no estarías aquí concibiendo otro cuento —dijo—. Andarías cansada, nerviosa, siempre con el niño en brazos, cambiando pañales, detrás del biberón que no encuentras mientras rebuscas dentro de un enorme saco lleno de pañales, anillos de dentición y mudas de ropa.» Y luego, sin compasión, retrocedió aún más en el tiempo: «Estarías recostada contra el respaldo de tu asiento como tu vecina de al lado, tratando solo de dormir o descansar, atrapada en tu interior, ese que cada vez te cuesta más describir conforme pasan los meses, el auténtico origen de la comprensión y confianza que hay en ti. Cuando llores, no sabrás decir por qué; cuando rías discretamente o con aspavientos, tampoco sabrás explicártelo».*

*Entonces, esa mujer dentro de mí que siempre vivió sola, esa mujer inalcanzable, invulnerable al amor o a la amistad, sacudió su tupida y negra melena, y, satisfecha con su convincente discurso, se sentó.*

*En su lugar apareció otra mujer, menos teatral que la anterior. Su color de pelo no era tan oscuro, aunque tampoco era rubia. La ropa que vestía era menos llamativa. Tenía una cara más triste, más avejentada, y unos ojos que alternaban miradas amables y furiosas, pues creía que entre las dos mujeres*

ella era la más sabia. Estaba segura de que, sin su sabiduría, perseverante como las tres comidas diarias de las familias civilizadas de clase media, la mujer más morena perdería peso y energía, probablemente también el deseo, incluso podría llegar a morir. Y ella, la segunda luchadora que ansiaba mi alma, no dejaría de reconocer su valor ni por un momento, un valor merecido.

«Ser madre no es solamente cumplir con las obligaciones domésticas, es algo más profundo que sentirse abrumada por sus detalles opresivos —dijo con una confianza admirable—. No puedes hablar de agotamiento, de pañales sucios y otros pormenores y hacer una montaña de un grano de arena de la noche a la mañana pretendiendo que eso es todo lo que tienes que decir. No puedes quejarte de las noches en vela y luego callar. ¿Y la suavidad que sienten tus pezones cuando das de mamar? ¿Y ese pompis redondo como la luna, ese pompis suave y delicado como el algodón puro y recién lavado? Fíjate cómo cambia el pompis con el paso de las semanas y los meses. Al principio, no aprecias la diferencia de color entre la parte superior de las nalgas y la hendidura que termina en el esfínter. Toda la piel es de un mismo tono, uniforme. Del esfínter asoman unas deposiciones compuestas de leche clara y dorada que se deslizan en forma de cintas, y el ano, pequeño y circular, que se pierde en un agujerito en la lejanía, mantiene el mismo color. Un día, por causas desconocidas, llega el estreñimiento sin previo aviso, y el niño empuja por primera vez, a veces durante horas o incluso durante días, hasta que, en lugar de las cintas doradas, el hueco expulsa unas bolitas compactas, duras y abombadas, una-dos-tres, y por último expulsa una más grande, redonda como una pelota dejando unas huellas como rayos rojos que parten desde el pequeño sol negro del centro. La piel que rodea el ano, enrojecida con el paso de los días, acaba cobrando un tono casi tostado o marrón, más oscuro que el resto de la piel de la hendidura que se curva hasta la parte posterior de las nalgas. Entonces, en algún momento, descubres que tu propio cuerpo estuvo dotado de la misma suavidad, inmaculado como la arena húmeda que circunda el hueco donde el molusco acaba de enterrarse, un hueco que respira junto a la orilla, alejándose de ti.

*»Y fíjate en el cuerpo que, sin mácula ni arañazo, con el paso los años, empieza a ser vulnerado, lesionado, a gotear sangre, a sufrir irritaciones al arrancarle de cuajo una tirita de su piel; una piel que hasta ahora nunca ha sido dañada de esta manera.*

*»¿Ves a dónde quiero llegar?», insistió la madre que llevo dentro, con las manos sobre las caderas y un aire desafiante.*

*Yo lo sabía, pero aun así lo pregunté.*

*Y ella volvió la cabeza, enfadada. «Mi caso no puede explicarse con palabras, como el tuyo», le dijo a la mujer de pelo oscuro que esperaba su turno agazapada.*

*Quería saber si diría algo más concreto, algo a lo que agarrarme, en lugar de seguir lanzando metáforas interminables, creyendo que su discurso era claro y comprensible. Entonces, la dama oscura se levantó y me habló de nuevo.*

*«No me refiero a los detalles más nimios y a las responsabilidades prácticas —dijo con voz severa—. Quiero que te fijas en todo lo que suscitan esas constantes obligaciones en tu espíritu.»*

*Esta última mujer era elocuente, fuerte y dominante. Tenía mucha confianza en sí misma, en su capacidad de tolerar el dolor, y por eso yo la quería. Olvidando que tenía un hijo, me incorporé en el asiento y esperé con impaciencia y entusiasmo, apoyándola y sin decir palabra, a que demoliera a la madre y, de paso, terminara con su poesía inacabable.*

*«La energía humana es finita; tanto la energía mental como la física deben utilizarse con discreción, sabiduría y respeto. Vistas las exigencias que han de cubrir todos los padres de niños pequeños, ¿pretendes conseguir algo más que un compromiso superficial con los otros terrenos de la vida? Me refiero a la tremenda vulnerabilidad que te arrastra a diario, que te cansa y te vence, para acabar debilitándote por las noches. ¿No has temido mil veces haber sido mala madre? ¿Y no es este sentimiento infinitamente más doloroso que el miedo a haber escrito un cuento tosco o a sacar malas notas en tu último examen? ¿No es el sentido de culpabilidad el que tanto te abrumba y te obliga solo a querer dormir, y nada más que dormir, como único sustento?*

»Os he visto a todas, vosotras, madres, fijándoos en esos detalles interminables, harto desagradables, y os he oído hablar, hablar, hablar de vuestros métodos, comparándoos las unas con las otras una y otra vez, aburriendo a todo el mundo. Sin embargo, ya he comprobado que lo que reclamaba vuestra atención no era el truco de remojar el chupete en la miel para sosegar los cólicos del bebé; ni tan siquiera os interesaba luchar por el delicado y necesario equilibrio entre autoridad y cariño a fin de enseñarles con delicadeza a controlar el esfínter. Lo que hacíais era buscar desesperadamente la seguridad.

»La maternidad destruye la seguridad. Tarde o temprano el niño os decepciona, incluso a veces os aterroriza, sea por un pequeño problema de desarrollo o un indicio de debilidad de carácter. Y esta constante muerte y resurrección de la confianza en vosotras que os acosa a diario acaba por paralizar a la orgullosa y brillante prima donna que lleváis dentro hasta que pierde la voz. ¿Qué os queda?», preguntó la dama oscura con voz de madre misericordiosa, consciente de tener que ser dura y realista por tu propio bien.

«Afróntalo. Cuando tienes hijos sacrificas todo tu potencial. Cualquier cosa se convierte en un compromiso y, cuantos más hijos tienes, con más ferocidad destruyes tu alma independiente.»

Retrocedió con un gesto esplendoroso de seguridad. Y yo, habiéndome rendido a su virtuoso razonamiento, me quedé aturdida. Me arrellané en el asiento, convencida de que tenía razón en todo, y miré con desdén a la madre que, aparentemente ilesa, se me acercaba de nuevo.

«Érase una vez —empezó con la voz firme e inquebrantable de las actrices profesionales— un recién nacido. Nadie dudaba de que el niño no sabía andar, ni hablar ni siquiera llevarse el dedo a la boca a voluntad. Si quería darse la vuelta en la cuna, tenían que hacerlo otros por él, al igual que vestirlo o alimentarlo. Todo esto era obvio. Pero mostraba otras limitaciones que no eran evidentes a los ojos del primer extraño, ni siquiera a los del amigo más íntimo. Solo quienes lo cuidaban día y noche se percataban de que el niño no tenía conciencia de sí mismo. A veces reaccionaba al cuerpo de sus padres con la misma pasión que frente a su visión borrosa de la manta de la cama. Y cuando sorbía del pecho de su

madre o del biberón que su padre le daba amorosamente, ambos se preguntaban si sería capaz de advertir que el resto de sus cuerpos tenían algo que ver con la parte que le proporcionaba la leche. ¿O solo amaba la leche caliente que expulsaba el dúctil pezón porque su nariz se topaba con algo suave? ¿O tal vez no amaba en absoluto? ¿Era consciente de que era un niño sumamente valioso para sus padres, de manera que algún día podría sentirse él mismo valioso? Esto, es lo que sus padres deseaban para su hijo por encima de todo.»

Me acomodé en el asiento. Historias. Cuentos y metáforas era todo cuanto podía extraer. Pero ella continuó, indiferente ante mi clara y manifiesta impaciencia.

«Pasaron los años, años que cambiaron a los padres y los dejaron abatidos y resignados a ceñirse a las limitaciones de la vida. Y un día, cuando el niño ya tenía cuatro años, sus padres oyeron desde la cocina una conversación entre su hijo y una señora invitada a comer.

—Eres un niño muy atolondrado —dijo la mujer, sin querer insultarlo, tan solo reprochándole que había atravesado la sala como un vendaval llevándose todo por delante.

—¿Y qué? —replicó el niño, sin los modales que sus padres esperaban de él—. Yo soy así. No tengo que ser como el resto de la gente.

»Impresionada, pues ella quería mucho a este niño, se alegró de verlo crecido y más seguro de sí mismo, rio con admiración y dijo:

—¿Sabes que eres muy guapo?

—Ya lo sé —respondió el niño sin pretensiones.

»Los padres, después de oírlo, recordaron a la misteriosa criatura que habían tenido en brazos sorbiendo leche caliente, ese pequeño animalito que se reservaba con ahínco sus secretos más ocultos, que a veces los descorazonaba y los obligaba a avanzar a palos de ciego mientras rogaban a Dios que les indicara el buen camino, intercambiaron una mirada de orgullo. Aquella noche hicieron el amor con una recuperada intimidad y durmieron a pierna suelta.»

Tuve que reconocer que la mujer había dejado bien clara su postura. Permanecí cómodamente sentada en el asiento con una sensación placentera.



*«La satisfacción es enemiga de la creatividad —advirtió la dama oscura, levantándose y yendo hacia la madre a pasos largos—. La vida doméstica intercepta los mensajes del mundo interior que por sí solo puede nutrirte de vida y productividad. Al fin y al cabo, ¿qué es la convencionalidad? Es el culto a la uniformidad, el miedo a la intensidad, la búsqueda de las emociones predecibles, todas esas cosas que supuestamente conforman el ambiente idóneo para criar a los niños. Por eso pocas veces las grandes mujeres han sido madres.»*

*«Eres una romántica y una sentimental —interrumpió la madre, señalando con el dedo a la dama oscura con un aire acusador—. Una madre puede ser una persona cualquiera, genial o corriente, con tendencia a la moderación o a la vehemencia, propensa a la agresividad más combativa o a la receptividad. Pero, seas del tipo de mujer que seas, ser madre te obliga a aceptar las limitaciones, y cuando aprendes a aceptarlas como madre, empiezas a aceptarlas en otros terrenos de la vida. Las fricciones de la maternidad que te consumen día tras día te brindarán la oportunidad, por lo menos, de renunciar a tu ego. Y por fin dejarás de ser una niña. Entonces, a los adultos se les abre un mundo, si bien menos colorido, más prometedor y deslumbrante que el del niño, un mundo más proporcionado y doloroso. Los gigantes de tu infancia empequeñecen y recobran su tamaño. Los cuentos de hadas recuperan sus finales infelices. Incluso tus padres, una vez malvados y poderosos, ahora merecen tu compasión.»*

*Pero la dama oscura añadió: «Yo vivo en un mundo mágico, conservo una mirada infantil del mundo y evito las opiniones vulgares. Tener un hijo solo ha disipado la posibilidad de vivir aventuras y de conservar la inocencia. Otro hijo, a mí me mataría».*

*«Deja de ser tan egoísta y teatral —dijo la madre—. Benjamin necesita un hermano o una hermana.»*

*La miré fijamente. Las palabras flotaban en el aire y el succulento banquete de aquel diálogo se deshizo en una papilla de fácil digestión. ¿Era ese, entonces, el tema crucial de la discusión? Sobresaltada y llena de ira, clavé la mirada en ambas mujeres antes de volver a mi vecina embarazada y a la seguridad pasajera que me había transmitido.*

«Estás atrapada en el nudo materno —me dijo casi siseando—. ¿No te gustaría volver a sentir los movimientos de un bebé en tu vientre? ¿No quieres repetir ese momento único de dolor atroz que te parte en dos, mientras generas una nueva vida? ¿Y esa antigua sensación mundana de las primeras semanas de vida que te proporciona el alimentar a otro ser con tu propio cuerpo? Ahora que ya sabes que pronto se separará de ti, sería un acto único y precioso. ¿Cómo te sentirías ahora si Pamela no existiera? Benjamin necesita un hermano.»

«Me matará —advirtió la dama oscura—. No doy para más. Quiero ser libre y tener mucha energía. Quiero comer con vino y especias, basta ya de leche y patatas.»

Alargué el brazo buscando su mano arrepentida, como harías con tu hijo preferido, sabiendo que después la querrás más que a nadie.

«No le hagas caso —dijo la madre—. No es tan delicada como quiere hacerte creer. Siempre estará allí, esperándote.»

«¿Otra vez? —les inquirí a las dos—. ¿Ese dolor y ese tormento otra vez? ¿Volver a recluirte durante meses y meses, sumergirte bajo el agua sin oxígeno, en un mundo lejos del mundo, descendiendo a las profundidades conforme pasan los meses hasta que finalmente nace y, entonces, alcanzas el nivel más hondo posible, lo más alejado de la vida cotidiana, para vivir aislada bajo el océano durante dos o tres años?»

«En cuanto al dolor puedo ayudarte, estoy acostumbrada», dijo una voz que supuse que era la de la madre. Pero en el momento en que alcé la vista, vi que quien hablaba era la dama oscura. Me miraba con bondad, pero luego hizo algo increíble. Empezó a arrancarse la piel de la cara; tiraba de un lado, luego del otro, hasta que vi que lo que se arrancaba del rostro era una máscara perfecta, impecable. Estaba hecha a medida. La suplantación había sido absolutamente convincente; mientras la máscara iba desapareciendo al mismo tiempo que su radiante melena negra, de pie delante de mí, sudorosa y exhausta después de su actuación, apareció la propia madre. Apenas hizo falta mirar hacia el lugar donde la madre había estado de pie, ya que ahora supe lo que ambas se llevaban entre manos. Sin la intención de robarles el telón final, por fin volví la cabeza y, allí donde había estado la madre, de pie, sosteniendo la máscara con las manos, se hallaba la dama oscura.

Llegando a San Francisco, intenté mantener a flote mis pensamientos, pellizcándome para comprobar que no estaba soñando todavía mientras trataba de divisar por la ventana el Gran Cañón que el piloto acababa de mencionar.

Miré de frente otra vez, imaginando el rostro adulto de Pamela, esforzándome en olvidar a la Pamela niña que no se separaba de mí, la que lloraba porque no recordaba cómo era su madre. Una vez, me preguntó si yo podía ser su mamá. Reí con amargura cuando pensé que con solo nueve años ya esperaban todo eso de mí. No obstante, dije que sí.

Peleando para que las asociaciones de ideas no interfirieran en mis pensamientos, cerré los ojos en el momento en que las luces rojas de las señales de salida se encendieron, vetando el paso a más intrusiones: el viaje había resultado sorprendentemente tranquilo; Benjamin había dormido, había comido, incluso había visto una película con James. Solo al final, en la última hora de vuelo, comenzó a quejarse.

«¿Cuándo llegaremos?», dijo cuarenta y nueve veces durante lo que quedó de viaje.

Bueno, era comprensible. Yo también lo había hecho.

«Quiero ver a Pamela ahora mismo», dijo sin pensar. Mi amigo Peter, que no tiene hijos, habría dicho: «A ver, Benjamin. Piénsalo bien. ¿Es posible esto que pides? Nosotros estamos aquí, arriba, en el cielo, y Pamela está abajo, ¿cómo pretendes...?», sin saber nada de los niños, ellos, que nunca suelen hablar superficialmente.

«Quiero ver a Pamela ahora mismo», me dije desde mi fuero interno.

La mujer embarazada se levantó y echó a andar por el avión. Recorrió el pasillo, lentamente, como hacían antes los padres de los recién nacidos esperando a que saliera el médico y les dijera: «Felicidades, ha sido un...», y esos hombres, fumando un cigarrillo, exhalaban el humo con orgullo y se acercaban al cristal a mirar a..., así era, según me había contado mi padre.

Después, la mujer embarazada regresó hacia mí y me miró como diciendo: «Ya casi llegamos; tú, tu paciente niño, yo y mi pobre y dolorido vientre estamos a punto de llegar. Ha llegado la hora de salir de aquí».

¿De dónde provenía esa belleza que iluminaba su rostro, de dónde la gracia patosa de sus zancadas?

«Ya no la adoro», pensé. Ya no me engaño pensando que es feliz o que está realizada. Solo sé que sigue. Con los años, *los años*, aprenderá a expresar amor cuando solo sienta odio y fatiga. Pronto estas dos emociones no serán tan esencialmente distintas. En mitad de la noche oscura número cuatrocientos, durante un momento efímero destinado a desvanecerse, solo habrá una mano que acaricia rítmicamente la piel de un niño; el amor está en los dedos. La cólera que horada el corazón no dañará al niño, de momento.

¿Cómo puedo llamarla «reina» o incluso «general de infantería»? Ella es solo una soldado que mata y a quien matan. Una desertora y una mujer que muere como una heroína. No hay nada tan verdadero como la sangre. Una soldado raso que ha perdido su regimiento. ¿Cómo puedo venerarla, tan sucia y cubierta de mugre?

«Sin embargo —dirá la gente—, ¡es la madre de nuestros hijos, la generación que viene, el futuro del mundo!» Y suenan las trompetas.

«Sí», respondo mientras tiro de mi gorra con alegría calándomela en la frente; mis ojos miran con malicia, una sonrisa astuta se dibuja en mi rostro mientras desfilo ante todos ellos. Sí, veo a los niños. Me deslumbran. Danzan en círculo rodeándome con sus cuerdas, atándome los brazos contra el vientre mientras tú te sientas entre el público y aplaudes. No te atrevas a señalarme a los niños, a no ser que hayan defecado sobre tus manos arrugadas las bolas verdes y olorosas de sus cólicos. No tendrás derecho a pronunciar discursos en mi honor hasta que tus sueños se hayan esfumado por la ventana miles de veces. Solo cuando hayas cometido los suficientes errores como para que tu nombre figure junto al mío en la lista de Asesinos de Niños Malogrados. La única alternativa sensata que nos queda es vivir en casas separadas. Tú en la tuya. Los niños en la mía.

Los últimos quince minutos de descenso, con los cinturones abrochados en nuestros asientos, Benjamin y yo nos cogimos de la mano. No dejaba de mirarme con su sonrisa, una sonrisa llena de ilusión y de emoción, la misma que solíamos reservarnos para ocasiones especiales. No fueron necesarias palabras para comunicarme con él.

James también me miró con una sonrisa que decía: «Sé que tenemos miedo, ¿qué hacemos aquí arriba en el cielo?», y entrelazó sus dedos con los de Benjamin. Dediqué unos minutos a meditar cómo nos desabrocharíamos a

toda prisa los cinturones si ardíamos en llamas, para poder morir abrazados. Una vez que lo resolví, me quedé más tranquila.

—Mami, ¿tú quieres a Pamela más que a mí? —preguntó Benjamin cuando aterrizábamos.

—Te quiero de una manera distinta —le respondí, agradecida de que algunas respuestas surgieran automáticamente.

—Pero ¿a quién quieres más? —dijo.

—Benjamin, estas cosas no se pueden medir —dije abruptamente, pero Benjamin no entendió la palabra *medir*.

—Yo te quiero ochenta y cuatro —dijo él alzando los hombros, confiado, preguntándose por qué las cosas que a él le parecían tan simples sobrepasaban la inteligencia de su madre.

—Yo también te quiero ochenta y cuatro —coincidí, cayendo en la trampa.

—Entonces, ¿cuánto quieres a Pamela y a papi? —preguntó, y James se rió disimuladamente.

—¿Cuánto me quieres? —le pregunté a James.

—Ochenta y cuatro —respondió él.

—¿Cuánto me querías antes de tener a Benjamin?

—Unos cincuenta o cincuenta y uno —dijo.

*James, hermano, compañero de celda, camarada, duro superviviente de la desaparición del amor, ¿podremos con otro hijo?*

—¡Mami! —clamó Benjamin, esperando una respuesta.

—Quiero a Pamela ochenta y cuatro como hermana y a papá ochenta y cuatro como marido —dije, rezando para no equivocarme.

—¿Cuánto quieres a la abuela? ¿Y a tío Ricky? ¿Y a Joan y al señor Carter que vive al lado de María?

Suspiré y me rendí, buscando una respuesta más concreta.

—Sesenta, sesenta, cincuenta y siete, y al señor Carter no lo quiero nada, solo me cae bien. Mira cuántas luces, Benjamin.

Todos miramos al mismo tiempo las luces de la ciudad.

—¡Allí está! —gritó Benjamin, pero afuera solo había miles de luces amarillas dándonos la bienvenida.

«Bien, señorita —habría dicho él si estuviera aquí ahora—, en solo dos minutos volveremos a ver a tu hermana.» Le gustaba que yo fingiera entusiasmo delante de él, pero sus mejillas se sonrojaban al imaginar que pronto se iba a reunir con sus dos hijas.

«Bien, Benjamin —dije, ruborizándome yo ahora— en apenas unos minutos veremos a tía Pamela.»

Ensimismada en mis recuerdos, miré cómo Benjamin daba saltos en su asiento, captando la atención de todo el mundo, riéndose a carcajadas.

La mujer embarazada recogió sus bolsas, se cepilló el pelo, se volvió hacia mí y se despidió con una sonrisa. Incliné la cabeza con respeto y la saludé.

## Agradecimientos

Me gustaría hacer constar mi sincero agradecimiento a Magda Anglès y al equipo de Las afueras por esta nueva edición de *El nudo materno*. Es un regalo especial saber que una obra escrita tantos años atrás sigue vigente y es acogida por una generación más joven de madres y lectores. Querría expresar un agradecimiento especial a todos los que hicieron posible la escritura de estas memorias hace muchos años y a todos los que me han apoyado desde entonces.

Un buen número de amigos míos, antiguos y recientes, y demasiado abundantes para enumerar aquí, me ayudaron a ordenar mis pensamientos y mis sensaciones acerca de la maternidad, experiencia esencial para mi libro y para mi vida. De nuevo agradezco a todos ellos su inestimable ayuda.

Joyce Johnson fue la editora del manuscrito original y la primera responsable de sacar a la luz esta obra.

En los últimos años, este libro ha contado con el apoyo de varias personas cuya ayuda y energía me gustaría agradecer aquí: mi agente Wendy Wail, cuya integridad y amistad valoro en innumerables aspectos; Sara Ruddick, cuyo apoyo como amiga y como escritora ha sido inestimable para este libro; Tillie Olsen, cuya obra es de referencia e inspiradora para cualquiera que esté comprometido con la maternidad o con el lenguaje poético; y Nancy Huston, cuya delicada obra ha sido reveladora tanto para la experiencia de la maternidad como para la condición de hija.

Estoy profundamente agradecida a todos los colaboradores de Duke University Press por dar respaldo a mi obra. Le doy gracias expresas a mi editora, Valerie Millholland y a todo el departamento de marketing, con especial mención de Emily Young.

Las palabras que escribí para la primera edición acerca de mi hermana, Emily Lazarre, siguen presentes: gracias al amor infinito que profeso por ella he logrado entender todavía con más profundidad las experiencias vividas en tanto que madre, hija y hermana.

Gracias a mi suegra, Lois Meadows White, que me ha apoyado en muchos aspectos durante la escritura de este libro y que desde entonces sigue prestándome su apoyo de muchas maneras.

Y como en todas mis obras, expreso las gracias a mi familia, Douglas Hughes White, Adam Lazarre-White y Karry Lazarre-White por todo lo que me han enseñado, por su comprensión y por su amistad.



*estar en las afueras también es estar dentro*

—Pablo García Casado

En Las afueras entendemos la literatura como un espacio y la lectura como la indagación de sus límites. Porque en muchos aspectos, leer es como caminar. Por eso, frente a la fugacidad en la que vivimos instalados y que se ha extendido a todos los ámbitos de la existencia, reivindicamos las horas suspendidas de la lectura, similares a las de quien vaga sin rumbo ni objeto. Os invitamos a emprender este camino juntos.

A todos vosotros: bienvenidos a Las afueras.

## Notas

1. El método Lamaze nació en los años cincuenta de la mano del obstetra francés Ferdinand Lamaze y promueve técnicas para un parto consciente sin dolor. También se conoce como método psicoprofiláctico. (Todas las notas son del editor).
2. El test de Friedman, o test del conejo, consistía en tomar una muestra de orina femenina e inyectarla en una coneja. Si los ovarios del animal se dilataban era síntoma de que estaba reaccionando a la gonadotropina coriónica, una hormona presente en la orina de las mujeres embarazadas.
3. Leroy Eldridge Cleaver (1935-1998) fue un escritor y activista estadounidense. Destacado dirigente de las Panteras Negras, su libro *Soul on Ice* (1968) en el cual se incluían proclamas revolucionarias y escritos sobre raza y sexualidad, fue muy popular en la época.
4. El pediatra Benjamin Spock publicó en 1946 el exitoso manual *Baby and Child Care*. En él se animaba a los padres a ser flexibles y afectuosos con sus hijos, así como a respetar sus demandas en contraposición a las estrictas recomendaciones pediátricas del momento.
5. Bobby Seale y Ericka Huggins, líderes de las Panteras Negras, fueron encarcelados tras ser acusados de haber participado en el crimen de Alex Rackley. Sospechoso de ser confidente del FBI, Rackley fue torturado y asesinado por otros compañeros de la organización que a su vez involucraron a Seale y Huggins. El proceso judicial fue muy criticado y en 1971 ambos fueron liberados sin que el jurado pudiera alcanzar un veredicto definitivo.
6. Bruno Bettelheim (1903-1990) fue un psicoanalista y psicólogo austriaco. El impacto de su obra, que atribuía el autismo al estilo de crianza de los padres, fue enorme. Actualmente sus teorías han sido criticadas y reemplazadas por otras con base en evidencias científicas y datos experimentales.